PIEDRAS BRILLANTES
INTERNATIONAL GEMOLOGICAL LABORATORIES
ANTWERP
DIAMOND DISTRICT
HELGA DUNSTADT
DUISBURG - AMBERES
ANÁLISIS DE FLUJOS
Y TRAZABILIDAD
DUISBURG
AMBERES
G
VS2
1.47 CT.
EX. VG
IGL 526781
VAN BASTEN
CAPITAL
la línea invisible
no es ética
es arquitectura
SALVADOR RANGEL ABUD

**PIEDRAS BRILLANTES**

**Salvador Rangel Abud**

---

## SINOPSIS

La piedra no tiene historia todavía. Extraída de la cuenca del río Kasaï, opaca e irregular, inicia un recorrido que no es geográfico sino conceptual: de mano en mano, de documento en documento, de un valor declarado de cuatro dólares con cincuenta centavos hasta los cuatro mil ochocientos de un diamante brillante redondo certificado en Amberes. En ese espacio —en la arquitectura invisible que separa las dos cifras— vive Helga Dunstadt.

*Piedras Brillantes* es la historia de una mujer que comprendió, desde una habitación con libros subrayados en un barrio cansado del norte de Duisburg, que el valor no reside en el objeto sino en la narrativa que lo rodea. Y que quien controla la narrativa controla el valor. Durante nueve años construyó, con la paciencia de los talladores que buscan el plano de clivaje, una intervención en el sistema diamantífero europeo tan silenciosa y tan precisa que ningún organismo de control fue capaz de detectarla de manera independiente. Lo que nadie pudo construir en el mismo tiempo fue un modelo que incluyera la variable Franco Van Basten: el único elemento de su vida que no podía integrar en su sistema sin alterar algo esencial.

Una novela sobre el valor construido, la confianza como activo y el precio que no aparece en ningún certificado.

---

## ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene un crimen sin sangre y sin armas, ejecutado con documentos, paciencia y una comprensión del sistema que sus propios guardianes no tenían. Contiene también una relación entre dos personas construida sobre la misma honestidad que el sistema que los rodea no practica. Y contiene una muerte que no es el clímax de la historia sino su consecuencia más irreversible. Los lectores que buscan villanos inequívocos y héroes sin sombra encontrarán en *Piedras Brillantes* un territorio más incómodo: el de las decisiones coherentes con su propia lógica interna y devastadoras en sus efectos sobre quienes no eligieron estar en esa lógica.

---

## SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

---

## DETALLES DE PUBLICACIÓN

**Título:** Piedras Brillantes

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Género:** Thriller financiero / Novela de personaje / Drama moral

**Estructura:** Prólogo + 14 capítulos + Epílogo

**Ambientación:** Duisburg, Amberes, Ámsterdam, Rotterdam, La Haya, Bruselas, Dubái

**Idioma:** Español

**Año de publicación:** 2026

**Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto

**Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

---

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta aparentemente técnica: ¿cómo funciona el sistema de trazabilidad del diamante europeo? Y de una segunda pregunta que la primera contiene sin saberlo: ¿qué ocurre cuando alguien estudia ese sistema con la paciencia suficiente para entenderlo mejor que quienes lo administran? La respuesta no es un manual de fraude sino una exploración de la naturaleza del valor: por qué existe, quién lo construye, y qué se pierde cuando alguien que entiende esa construcción decide usarla sin los límites que el sistema da por supuestos. Helga Dunstadt no es un personaje simpático ni un personaje monstruoso. Es un personaje coherente, que es la categoría más difícil de sostener en la ficción y la más frecuente en la realidad.

---

## LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

**Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

---

## PALABRAS CLAVE

diamante · Amberes · sistema financiero · trazabilidad · fraude documental · thriller financiero · Europa · valor · narrativa · crimen perfecto · impunidad institucional · moral ambigua · novela de personaje · novela en español · Bélgica · mercado negro · certificación

---

## TEMAS PRINCIPALES

*Piedras Brillantes* no trata sobre el robo sino sobre la naturaleza del valor: cómo se construye, quién lo sostiene y qué ocurre cuando alguien con suficiente comprensión estructural decide reconfigurarlo desde dentro. A lo largo de sus catorce capítulos, la novela explora la confianza como tecnología de control en los sistemas financieros complejos, la vulnerabilidad de todo sistema que depende de la fe compartida para funcionar, la relación entre inteligencia y soledad como condición no elegida sino construida, la impunidad como consecuencia sistémica y no como habilidad individual, y el precio que no aparece en ningún balance: el de las decisiones correctas en su lógica interna que producen consecuencias irreversibles sobre quienes no pidieron ser parte de esa lógica.

---

## CITAS DESTACADAS

"La piedra puede ser perfecta; si el papel falla, la piedra no existe para el sistema."

"El crimen más difícil de detectar no es el que no deja rastro, sino el que deja exactamente el rastro que cualquiera esperaría encontrar."

"No era un plan. Era una observación. Pero era la clase de observación que, en la mente de Helga Dunstadt, tenía la costumbre de convertirse en algo más."

"Prefiero ser yo quien cargue con eso que no haberte ayudado cuando me lo pediste."

"El crimen fue perfecto. La factura no tiene fecha de vencimiento."

---

## COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Piedras Brillantes* un territorio narrativo cercano, con el anclaje europeo y financiero que le es propio.

Irving Wallace (*El documento R*, *La palabra*): la investigación minuciosa de un mundo cerrado como motor narrativo, los personajes construidos desde la acumulación de datos concretos antes de ser lanzados al argumento, y la tensión sostenida entre lo que los sistemas declaran y lo que realmente hacen.

John le Carré (*El topo*, *El espía que surgió del frío*): la inteligencia como soledad, la lealtad como variable de cálculo, y los finales que no absuelven a nadie porque el sistema que produce los crímenes también produce la imposibilidad de juzgarlos.

Patricia Highsmith (*El talento de Mr. Ripley*): el protagonista moralmente ambiguo cuya coherencia interna resulta más perturbadora que cualquier monstruosidad convencional, y la impunidad como desenlace que no es triunfo sino otra forma de condena.

---

## PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Helga Dunstadt estudia el sistema diamantífero durante años antes de intervenir en él. ¿Es esa paciencia una virtud, un rasgo de carácter o una forma de frialdad? ¿Cambia su respuesta si sabe que fue aprendida en la infancia como mecanismo de supervivencia?

El sistema de certificación diamantífero europeo tiene vulnerabilidades estructurales que Helga identifica y explota. ¿De quién es la responsabilidad de esas vulnerabilidades: de quien las crea, de quien no las corrige o de quien las usa?

Franco Van Basten sabe, en la conversación de Chez Jules, que Helga no le está contando todo. Elige confiar de todas formas. ¿Es esa decisión sabiduría, ingenuidad o una forma de amor que no necesita nombrarse?

Navarre y Lamaitre construyen un expediente sólido que el sistema institucional se niega a usar. ¿Son víctimas del sistema, cómplices de él o simplemente personas que hicieron su trabajo hasta donde el trabajo les permitía llegar?

El epílogo muestra a Helga recuperando el atlas del taller vacío de Franco. ¿Qué representa ese gesto? ¿Es duelo, culpa, memoria o las tres cosas al mismo tiempo?

---

## CÓMO CITAR ESTA OBRA

**APA:** Rangel Abud, S. (2026). *Piedras Brillantes*. Internet Archive. https://archive.org

**MLA:** Rangel Abud, Salvador. *Piedras Brillantes*. Internet Archive, 2026.

**Chicago:** Rangel Abud, Salvador. *Piedras Brillantes*. Internet Archive, 2026.

---

## OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de ciento setenta novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de intriga familiar, la ficción onírica, la novela histórica genealógica, la novela contrafactual y —como demuestra esta entrega— el thriller financiero de ambientación europea con resolución moralmente ambigua.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

---

## MENSAJE FINAL

El mercado del diamante mueve ochenta mil millones de dólares al año sobre un principio que ningún certificado nombra con claridad: que el valor no reside en la piedra sino en el acuerdo colectivo de que esa piedra vale. *Piedras Brillantes* es la historia de alguien que entendió ese principio mejor que los sistemas diseñados para protegerlo. No es una historia sobre cómo robar. Es una historia sobre cómo funciona el mundo cuando nadie tiene incentivo para decir en voz alta lo que todos saben en silencio.

Y sobre lo que se pierde, de manera irreversible, cuando esa comprensión se usa sin incluir en el modelo a las personas que no pidieron estar en él.

## ÍNDICE


**PRÓLOGO: La arquitectura invisible del diamante**
**CAPÍTULO 1: El origen de la grieta**
**CAPÍTULO 2: El lenguaje del valor**
**CAPÍTULO 3: Franco Van Basten**
**CAPÍTULO 4: Los primeros ensayos**
**CAPÍTULO 5: El mapa oculto**
**CAPÍTULO 6: Alonzo Monet**
**CAPÍTULO 7: La empresa**

**CAPÍTULO 8: La vigilancia silenciosa**
**CAPÍTULO 9: La línea invisible**
**CAPÍTULO 10: El uso de Franco**
**CAPÍTULO 11: La convergencia**
**CAPÍTULO 12: La venganza de Monet**
**CAPÍTULO 13: La verdad sin uso**
**CAPÍTULO 14: El silencio**
**EPÍLOGO: El precio invisible**

**PIEDRAS BRILLANTES**

**Por: Salvador Rangel Abud**

## PRÓLOGO

### La arquitectura invisible del diamante

*Amberes, Bélgica. Sin fecha precisa.*

La piedra no tiene historia todavía.

Es opaca, irregular, del tamaño de una almendra pequeña, con la superficie rugosa de cualquier fragmento mineral arrancado de la tierra a cientos de metros de profundidad. No hay en ella ningún indicio de lo que será, de la misma forma en que un recién nacido no lleva inscrita en la frente la magnitud de sus decisiones futuras. Fue extraída en la cuenca del río Kasaï, en la República Democrática del Congo, por un hombre que no conoce su nombre, en el sentido en que los diamantes tienen nombre. La depositó en una lata con otras piedras similares, recibió a cambio el equivalente a cuatro dólares con cincuenta centavos, y no volvió a pensar en ella.

La piedra comenzó entonces su educación.

De la lata pasó a un saco, del saco a una camioneta, de la camioneta a un intermediario que operaba desde una habitación sin letrero en Mbuji-Mayi, y que revisó las piedras con la lupa sostenida entre el ojo derecho y el arco superciliar, como hacen los hombres que han aprendido el oficio de su padre y no de ningún libro. Ese intermediario no tenía nombre en ningún registro oficial. Pagó en efectivo, como siempre, y tampoco volvió a pensar en la piedra.

En algún punto del recorrido —y aquí la trazabilidad, que es la columna vertebral del comercio legítimo del diamante, comenzó a construirse— la piedra adquirió papeles. Un documento de origen que la situaba en una zona de extracción legal. Un certificado de paso fronterizo. Una declaración de valor que alguien estimó en setecientos dólares, sin que nadie preguntara con qué criterio ni con qué instrumento. Los papeles no describían la misma piedra que el primer intermediario había sostenido con los dedos; describían una narrativa sobre esa piedra. Y esa distinción, que a primera vista parece menor, es en realidad la diferencia entre la materia prima y el activo financiero.

Amberes recibió la piedra dieciséis días después de su extracción.

El Barrio Diamantífero de Amberes procesa anualmente más del cincuenta por ciento del diamante bruto del mundo. Es un área de cuadrícula apretada entre la estación central y el barrio judío: edificios de fachadas discretas, portones de seguridad que no llaman la atención precisamente porque no intentan llamarla, cámaras colocadas en ángulos que no dejan ángulo muerto. La piedra entró en ese barrio en un sobre de papel manila dentro de un maletín de mano, cruzó tres mostradores en dos días y llegó a las manos de un tallador de la calle Hovenierstraat que la sostuvo exactamente como el intermediario congoleño, con la lupa entre el ojo y el hueso, y emitió un juicio que no firmó en ningún documento pero que definió el destino inmediato de la piedra: buena para brillante redondo, probablemente G en color, claridad VS2, orientación del corte hacia norte-sur para aprovechar la estructura cristalina.

Ese juicio valía, en términos del mercado, entre cuatro mil y cuatro mil ochocientos dólares.

El tallador no era un hombre deshonesto. En cuarenta años de oficio había rechazado piedras de procedencia dudosa en más ocasiones de las que podía recordar. Pero esta piedra tenía papeles, y los papeles no eran distintos a los de las otras piedras que llegaban esa semana, y él no tenía forma de verificar si los papeles describían una realidad o una construcción. Nadie en la cadena tenía esa capacidad. El sistema del diamante no está diseñado para la verificación universal; está diseñado para la confianza distribuida, lo cual es más eficiente y más vulnerable al mismo tiempo.

Esa vulnerabilidad no es un secreto. Está documentada en informes de organismos internacionales, en estudios académicos de economía del crimen, en las actas de conferencias de Kimberley. Los actores del sistema la

conocen, la discuten en privado y la toleran en público, porque reformarla de verdad implicaría ralentizar el comercio de un mercado que mueve ochenta mil millones de dólares anuales, y nadie con poder suficiente para reformarlo tiene incentivo para hacerlo.

La piedra fue tallada, pulida y certificada por el Laboratorio Gemológico Internacional en diecinueve días. Al salir del proceso tenía nombre: diamante brillante redondo de 1.47 quilates, color G, claridad VS2, corte muy bueno. El certificado tenía número de serie, firma digital, código QR. La narrativa era completa, coherente y, en todos sus datos técnicos, absolutamente verdadera.

No importaba que el valor declarado en origen fuera setecientas veces inferior al precio de venta final.

No importaba que el primer hombre que la sostuvo cobrara menos de cinco dólares por el trabajo de extraerla.

No importaba, sobre todo, que en algún punto impreciso de su recorrido la piedra hubiera servido de vehículo para algo que no quedó registrado en ninguno de sus documentos.

El diamante no habla. Esa es su virtud y su peligro.

El valor no reside en la piedra; reside en la historia que se cuenta sobre ella. Y toda historia, por sólida que parezca, fue construida por alguien. Lo que fue construido puede, en manos de quien comprenda la arquitectura, ser reconstruido.

En Amberes hay mujeres y hombres que han dedicado su vida a entender esa arquitectura. La mayoría trabaja para mantenerla en pie. Alguna la estudia para saber, con precisión milimétrica, dónde exactamente deja de sostenerse sola.

Esta es la historia de una de ellas.

## CAPÍTULO 1

### El origen de la grieta

*Duisburg, Alemania. 1987–2001.*

El padre de Helga Dunstadt murió un martes de febrero, cuando ella tenía siete años, en circunstancias que nadie en la familia explicó con precisión suficiente. Lo que quedó fue una versión oficial de geometría conveniente: accidente laboral en los altos hornos de la acería donde llevaba once años trabajando, indemnización pagada en dos cuotas por una empresa que cerró tres años después sin que nadie respondiera por nada, y un silencio doméstico que Helga aprendió a interpretar como la forma en que los adultos procesan lo que no pueden cambiar.

Su madre, Ingrid, era una mujer de complexión delgada y manos siempre en movimiento, que hacía el turno de la mañana en una lavandería industrial del puerto y el turno de la tarde en la caja de un supermercado de la cadena

Rewe dos calles más al norte. Llegaba a casa a las ocho y cuarto de la noche con los pies hinchados y el cabello impregnado de vapor y detergente, calentaba lo que hubiera en la nevera, preguntaba si Helga había hecho los deberes, y se dormía en el sofá antes de que terminara el telediario. No era una mala madre. Era una mujer que trabajaba el equivalente a dos vidas con el presupuesto de media.

Helga hizo sus deberes siempre.

El apartamento era de dos habitaciones en un bloque de los años sesenta en el barrio de Marxloh, un sector del norte de Duisburg que en los mapas turísticos no aparece porque en Duisburg no hay mapas turísticos, o si los hay, Marxloh no figura en ellos. Era un barrio de obreros que ya no tenían fábricas donde ser obreros, de familias turcas y polacas que habían llegado con el boom industrial y se habían quedado cuando el boom terminó, de comercios con carteles escritos en tres idiomas y de una iglesia evangélica que los domingos llenaba el estacionamiento de coches viejos pero limpios. No era un barrio peligroso en el sentido cinematográfico; era un barrio cansado, que es una variante del peligro más difícil de narrar pero igualmente eficaz a largo plazo.

Helga creció mirando ese cansancio con una atención que los adultos de su entorno confundían con timidez. No era timidez. Era observación. Desde los ocho o nueve años desarrolló el hábito de sentarse en lugares donde pudiera ver sin ser vista: el último banco del aula, la silla del rincón en el comedor escolar, el escalón superior de la escalera desde donde se oía la conversación de su madre con la vecina del cuarto sin que ninguna de las dos supiera que había una niña escuchando.

No tomaba notas porque no necesitaba hacerlo. Tenía una memoria que funcionaba como una cámara de alta resolución: registraba detalles, los catalogaba en algún lugar que no podía describir con palabras, y los recuperaba semanas o meses después con una exactitud que a veces la sorprendía incluso a ella misma.

Lo que registraba con mayor frecuencia eran las inconsistencias.

La primera que recordó con claridad ocurrió cuando tenía nueve años, en la dirección del colegio. El director, un hombre de apellido Brenner que usaba corbata todos los días y que olía a tabaco de pipa con una regularidad que Helga encontraba casi admirable, había convocado a los padres de dos alumnos por un incidente en el patio: una pelea entre Kemal Yilmaz, hijo de un mecánico turco del barrio, y Philipp Meurer, hijo de un concejal del distrito. Helga no había presenciado la pelea, pero conocía a los dos. Kemal era más fuerte y más rápido, pero Philipp era quien había empezado.

Eso lo sabían todos en el patio. Era información de dominio común, verificable por docena y media de testigos.

Kemal fue suspendido tres días. Philipp recibió una amonestación verbal.

Helga no protestó, no fue a hablar con el director, no redactó ninguna queja. Se quedó sentada en su banco del fondo y registró la inconsistencia con la misma neutralidad con que un sismógrafo registra un temblor: sin juzgar, sin indignarse, simplemente midiendo. Lo que aprendió ese día no fue que el mundo era injusto, aunque también lo era. Lo que aprendió fue algo más preciso y más útil: que las reglas no operan de manera uniforme, y que quien controla su aplicación controla, en realidad, el resultado. El poder no estaba en la regla. Estaba en quien decidía cuándo y a quién aplicarla.

Siguió aprendiendo variaciones de esa misma lección durante años.

A los doce descubrió los libros de economía en la biblioteca municipal, una sala alargada con olor a papel viejo y calefacción insuficiente donde la bibliotecaria, una mujer llamada Frau Schreiber que llevaba el cabello recogido en un moño tan apretado que parecía dolerle, la miraba con una mezcla de desconfianza y curiosidad cada vez que devolvía un libro y pedía otro del mismo estante.

—¿Los entiendes? —le preguntó un día, refiriéndose a un manual de macroeconomía que Helga había tenido en préstamo durante dos semanas.

—Más o menos —respondió Helga.

—Es un libro universitario.

—Ya.

Frau Schreiber la estudió un momento por encima de los lentes.

—¿Qué parte no entendiste?

—La parte de los mercados perfectos —dijo Helga—. Dice que en un mercado perfecto la información está disponible para todos los participantes de manera simultánea e igual. Pero eso no pasa en ningún mercado real. Entonces no entiendo para qué sirve el modelo.

La bibliotecaria no respondió de inmediato. Fue al estante, sacó otro libro, más delgado, con el lomo descolorido, y lo puso sobre el mostrador.

—Empieza por este —dijo—. Se llama *Información asimétrica*. Es más honesto.

Fue la conversación más útil que Helga tuvo en toda su infancia.

En el colegio era una alumna que los maestros encontraban difícil de clasificar. Sacaba las mejores notas en matemáticas, economía y ciencias sociales sin aparente esfuerzo, y notas mediocres en educación física y en la clase de música del profesor Haas, un hombre entusiasta que creía sinceramente que el trabajo en equipo era una habilidad que podía enseñarse a través del canto coral y que Helga consideraba, en privado, uno de los conceptos más sobrevalorados de la pedagogía occidental.

No era antisocial; tenía dos o tres amigas con quienes comía y hablaba de manera regular. Pero no necesitaba la aprobación del grupo con la urgencia que la mayoría de sus compañeros parecían necesitarla, y esa independencia la hacía, a ojos de sus maestros, ligeramente incómoda.

El maestro que más claramente la subestimó fue el señor Krause, que impartía economía en los dos últimos años del bachillerato y que llevaba veintidós años explicando los mismos conceptos con los mismos ejemplos y la misma satisfacción de quien nunca ha tenido razones para dudar de su competencia. Era un hombre de unos cincuenta y cinco años, con bigote cuidado y la costumbre de apoyar ambas manos sobre el escritorio cuando quería enfatizar un punto, como si el escritorio necesitara ser sujetado.

Un jueves de octubre, en el último año de bachillerato, Krause explicaba el concepto de valor intrínseco aplicado a los metales preciosos.

—El oro tiene valor —dijo, con las manos sobre el escritorio— porque es escaso, porque es duradero y porque tiene propiedades físicas que lo hacen útil industrialmente. El valor está en la materia.

Helga esperó a que terminara la frase.

—Eso no es del todo correcto —dijo desde el fondo.

Krause la miró con la expresión de quien no esperaba interrupción.

—¿Perdón?

—El valor del oro no está en la materia. Está en el acuerdo colectivo de que esa materia vale. Si mañana todos decidiéramos que el aluminio es el nuevo patrón de valor, el oro sería un metal bonito y nada más. El valor es una convención social, no una propiedad física.

Hubo un silencio breve en el aula. Algunos compañeros se volvieron a mirarla.

—Lo que describes —dijo Krause, con una paciencia levemente condescendiente— es una teoría filosófica, no economía aplicada.

—Es Keynes —respondió Helga—. Y también es el fundamento del sistema Bretton Woods, que fue economía aplicada durante veintisiete años, hasta que Nixon lo desmanteló en 1971 porque el acuerdo colectivo se había vuelto insostenible. Si el valor fuera intrínseco, eso no habría podido ocurrir.

Krause carraspeó, reorganizó sus papeles, y continuó con la clase sin responder directamente. Al final de la hora, cuando los demás salían, la llamó.

—Dunstadt.

Helga se acercó al escritorio.

—Tu intervención fue correcta en lo técnico —dijo Krause, en voz baja—. Pero en clase no se trata solo de tener razón. Se trata de saber cuándo intervenir y cuándo no.

Helga lo miró.

—¿Y cómo se sabe cuándo no?

—Cuando interrumpir resulta inconveniente para el que dirige la sesión.

—Eso es lo que le explicaron a Kemal Yilmaz en cuarto de primaria —dijo Helga—, aunque con otras palabras.

Salió antes de que Krause pudiera responder.

Lo que esa conversación le confirmó no era nuevo, pero fue la primera vez que lo tuvo formulado con esa claridad: la inteligencia no es para ser exhibida en público. La inteligencia es una herramienta, y las herramientas se guardan hasta que se necesitan.

Esa noche, en el apartamento de Marxloh, mientras su madre dormía en el sofá con el telediario encendido a volumen bajo, Helga se sentó a la mesa de la cocina con un cuaderno de espiral y escribió durante una hora. No era un diario; era más parecido a un sistema de anotaciones que había desarrollado en los últimos años, sin ningún modelo consciente, para registrar lo que llamaba, en su propio vocabulario privado, patrones de operación. La estructura de los sistemas que la rodeaban: cómo funcionaba el ayuntamiento cuando quería y cómo no funcionaba cuando no le convenía, cómo el banco de la esquina aplicaba las comisiones de manera diferencial según el saldo de la cuenta, cómo el propietario del edificio cumplía con las reparaciones en función no de la urgencia sino de quién las pedía.

Eran observaciones de una chica de diecisiete años en un barrio del norte de Duisburg. No tenían consecuencias todavía.

Pero tenían una lógica que, vista con el tiempo necesario, apuntaba siempre en la misma dirección: los sistemas grandes no son esencialmente distintos a los sistemas pequeños. Están construidos sobre las mismas asimetrías, sostenidos por las mismas convenciones, vulnerables en los mismos puntos. La diferencia es de escala, no de naturaleza. Y la escala, para quien tuviera la paciencia de estudiarla, no era un obstáculo sino simplemente una variable más.

Helga cerró el cuaderno, lavó el vaso que había dejado sobre la mesa, apagó la luz de la cocina y fue a dormir.

Al día siguiente entregó su solicitud de admisión a la Universidad de Colonia, programa de Administración de Empresas, con una carta de motivación de cuatrocientas palabras que el comité de admisiones calificó de "notable madurez analítica para una candidata de su edad." Obtuvo plaza con beca parcial.

Ingrid Dunstadt se enteró esa misma tarde, cuando llegó del supermercado con los pies hinchados y el olor habitual a detergente.

—Colonia —repitió, sosteniéndose en el marco de la puerta de la cocina—. ¿Y cómo vas a pagar lo que no cubre la beca?

—Trabajaré —dijo Helga—. Los primeros dos años hay un puesto de asistente de investigación en el departamento de economía. He hablado con el coordinador.

—¿Ya hablaste con él?

—Por correo. Esta semana.

Su madre la miró un momento con una expresión que no era del todo orgullo ni del todo miedo, sino algo entre las dos cosas que no tenía nombre sencillo.

—Eres igual que tu padre —dijo finalmente—. Él también siempre tenía todo pensado.

—¿Y eso es bueno o malo?

Ingrid soltó una pequeña risa seca, sin alegría pero tampoco sin afecto.

—Depende del martes —dijo, y fue a calentarse la cena.

Helga no respondió. Se quedó sentada a la mesa, con el sobre de la universidad todavía en la mano, escuchando el sonido familiar del microondas y el telediario de fondo, y pensando en lo que su madre acababa de decir sin saber que lo decía: que los martes podían cambiar todo. Que la solidez de cualquier sistema —familiar, laboral, vital— dependía de variables que nadie controlaba del todo.

Ese pensamiento no la perturbó.

La tranquilizó.

Porque si nadie controlaba del todo ningún sistema, entonces la pregunta correcta no era cómo evitar las variables, sino cómo llegar a ellas antes que los demás.

## CAPÍTULO 2

## El lenguaje del valor

*Amberes, Bélgica. 2004–2006.*

Helga llegó a Amberes en septiembre de 2004 con una maleta mediana, un maletín de mano con tres libros y su portátil, y una dirección en el barrio de Berchem que resultó ser un apartamento de un solo ambiente en el tercer piso de un edificio sin ascensor, con una ventana que daba a un patio interior donde un gato gris dormía invariablemente sobre el mismo cajón de madera, como si el cajón fuera suyo desde antes de que existiera el edificio.

El apartamento costaba quinientos ochenta euros al mes, que era cuarenta más de lo que había calculado, y lo tomó de todas formas porque estaba a veinte minutos en bicicleta del Barrio Diamantífero y porque el propietario, un hombre de unos sesenta años llamado Monsieur Defays que hablaba un alemán funcional aprendido en algún punto no especificado de su vida, no exigía aval.

El empleo lo había conseguido dos semanas antes de llegar, por correo electrónico, tras responder a un anuncio en una bolsa de trabajo de logística internacional. La empresa se llamaba Nordia Transit y operaba como intermediaria de transporte y documentación para una docena de clientes del sector de bienes de alto valor, entre los cuales había tres empresas vinculadas al comercio del diamante.

El puesto era de auxiliar administrativo: gestión de archivos, seguimiento de envíos, coordinación con aduanas, redacción de correspondencia en alemán, inglés y, eventualmente, neerlandés. El salario era de mil novecientos euros brutos, que después de impuestos dejaban algo menos de mil cuatrocientos, suficiente para el apartamento, la bicicleta usada que compró en el mercado de la Vrijdagmarkt y una dieta que dependía más del pan de centeno y las legumbres que de cualquier otra cosa.

No le importó. Había llegado a aprender, no a vivir bien.

La oficina de Nordia Transit ocupaba el segundo piso de un edificio de fachada anodina en la calle Pelikaanstraat, a una manzana de la Hoveniersstraat donde se concentraban los talladores y los comerciantes de primera línea. Desde su escritorio, situado junto a la ventana del fondo, Helga podía ver el tráfico discreto del barrio: hombres con maletines de mano, mensajeros con sobres acolchados, furgonetas de seguridad que llegaban y partían con una puntualidad que le pareció, desde el primer día, casi ceremonial. Era un barrio que se tomaba a sí mismo muy en serio, y eso, en su experiencia, significaba que tenía cosas que proteger.

Su jefa directa era una mujer flamenca llamada Els Vermeersch, de unos cuarenta años, pelo castaño cortado a la altura del mentón y una eficiencia administrativa que Helga reconoció y respetó de inmediato. Els no era afectuosa pero tampoco era difícil; era precisa, lo cual para Helga era preferible a cualquier variante del calor humano que interfiriera con el trabajo.

El primer día, Els le entregó una carpeta con los procedimientos internos, la presentó al resto del equipo —cuatro personas más, de las cuales dos hablaban alemán— y la sentó frente a su escritorio.

—El archivo histórico está en el servidor compartido —dijo Els—. Los tres primeros días quiero que lo leas completo. No para memorizarlo, sino para entender cómo trabajamos.

—¿Cuántos documentos hay?

—En el archivo activo, unos cuatro mil. En el histórico, no sé. Nadie lo ha revisado desde 2001.

—¿Puedo acceder también al histórico?

Els la miró con una expresión brevemente evaluativa.

—¿Para qué lo necesitas?

—Para entender cómo ha cambiado el trabajo en los últimos años. Los procedimientos actuales siempre tienen sentido cuando sabes qué problema resolvieron.

Hubo una pausa de dos segundos.

—Sí —dijo Els—. Puedes acceder.

Helga tardó no tres días sino doce en leer el archivo completo. Lo hizo con la meticulosidad de quien no busca nada en particular porque no sabe todavía

lo que va a encontrar, que es la única actitud intelectualmente honesta ante un territorio desconocido. Tomaba notas en un cuaderno de espiral, con una letra pequeña y regular que ocupaba el mínimo de espacio posible, y al final de cada jornada sintetizaba lo que había leído en tres o cuatro líneas que no describían el contenido sino la estructura: qué tipo de documento, qué flujo representaba, qué actores involucraba, qué punto del proceso documentaba.

Al cabo de doce días tenía un mapa.

No era completo, porque ningún mapa construido desde un solo punto de observación puede serlo. Pero era suficientemente detallado para identificar algo que le llamó la atención desde la primera semana y que fue confirmándose con cada día adicional de lectura: en la documentación de Nordia Transit había una asimetría sistemática entre los valores declarados en los documentos de origen y los valores registrados en los documentos de destino. No en todos los envíos. En una proporción que Helga estimó, sin poder verificarlo todavía con precisión, en torno al doce por ciento de las operaciones vinculadas al diamante.

Podía ser error de conversión de divisas. Podía ser diferencia entre valor bruto y valor neto tras el tallado. Podía ser una docena de explicaciones técnicas perfectamente legítimas que ella, en ese momento, no tenía los conocimientos suficientes para evaluar.

O podía ser otra cosa.

No preguntó todavía. Siguió mirando.

El momento que definió su comprensión del sistema no ocurrió frente a una pantalla sino en la sala de reuniones, un jueves por la tarde, cuando Els la convocó para que tomara acta de una reunión con un cliente. El cliente era un hombre de unos cincuenta años, de apellido Oosterlinck, que dirigía una empresa de importación de diamantes en bruto y que llegó con un asistente joven y una carpeta bajo el brazo. Helga se sentó en la esquina con su cuaderno y su bolígrafo, en la posición que había aprendido desde la infancia: visible pero no focal, presente pero no protagonista.

La reunión trataba sobre un envío demorado en la aduana de Schiphol. Oosterlinck estaba irritado con moderación, el tipo de irritación controlada de quien sabe que perder los nervios no acelera ningún trámite. Els explicaba los pasos que Nordia Transit había seguido, los documentos presentados, los contactos con el agente aduanero.

—El problema —dijo Els— es que el certificado de origen tiene una discrepancia en el peso declarado. Cuatro décimas de quilate de diferencia con la factura del proveedor.

—Cuatro décimas —repitió Oosterlinck, con una entonación que sugería que esa cifra era simultáneamente ridícula y costosa.

—Es suficiente para que el sistema automatizado lo marque como anomalía y lo derive a revisión manual.

—¿Y cuánto tarda la revisión manual?

—En este momento, entre ocho y doce días hábiles.

Oosterlinck se recostó en la silla y miró el techo un momento.

—¿Tienen relación con alguien en Schiphol que pueda agilizarlo?

—Tenemos contacto con el agente —dijo Els, con una neutralidad muy cuidada—. Pero el proceso de revisión manual no admite intervención directa.

—No le estoy preguntando por intervención directa. Le estoy preguntando si conocen a alguien.

Els no respondió de inmediato. Anotó algo en su bloc, lo cual era una forma educada de ganar dos segundos.

—Vamos a hacer lo que esté en nuestra mano —dijo finalmente.

Oosterlinck asintió, como quien acepta una respuesta sin creerla del todo, y la reunión continuó con otros puntos menores. Helga tomó el acta con precisión, escribiendo exactamente lo que se decía y no lo que se insinuaba, que es la única manera honesta de tomar un acta y también, comprendió en ese momento, la que menos información útil transmite a quien la lee años después.

Cuando Oosterlinck y su asistente se fueron, Els recogió sus papeles y miró a Helga.

—¿Entendiste de qué iba eso?

—Entendí la parte técnica —dijo Helga—. El certificado de origen y la factura no coincidían en el peso, y eso activó una revisión automática.

—¿Y la otra parte?

Helga pensó un momento antes de responder.

—Que el valor de un envío no depende solo de la piedra. Depende de que los documentos que lo describen sean coherentes entre sí. Y que cuando no lo son, aunque sea por una diferencia mínima, el sistema se detiene.

Els la miró con algo que no era exactamente aprobación pero se le parecía.

—Eso es exactamente correcto —dijo—. Y es lo que hace que este trabajo sea más delicado de lo que parece desde fuera. Aquí no movemos diamantes. Movemos documentación sobre diamantes. La piedra puede ser perfecta; si el papel falla, la piedra no existe para el sistema.

Esa frase se instaló en Helga con la solidez de un axioma. No la anotó en el cuaderno porque no necesitaba anotarla: ya estaba catalogada en el lugar de su memoria donde guardaba las cosas que reorganizaban la manera de ver todo lo demás.

La piedra puede ser perfecta; si el papel falla, la piedra no existe para el sistema.

El corolario lógico, que tardó exactamente tres días en formularse con precisión, era igualmente simple: si la piedra no existe sin el papel, entonces quien controla el papel controla la existencia de la piedra. Y si quien controla

el papel puede hacer desaparecer una piedra real, también puede, en principio, hacer aparecer una piedra que no tiene la historia que los documentos dicen que tiene.

No era un plan. Era una observación.

Pero era la clase de observación que, en la mente de Helga Dunstadt, tenía la costumbre de convertirse en algo más.

Durante los meses siguientes desarrolló lo que, con el tiempo, reconocería como su metodología fundamental: el estudio de los momentos de transición. Cada vez que un diamante cambiaba de manos en el proceso que Nordia Transit documentaba, había un instante en que el objeto real y los documentos que lo describían se separaban físicamente.

La piedra iba por una ruta; los papeles iban por otra. Durante ese intervalo, que podía durar desde horas hasta días, la coherencia entre ambos dependía no de verificación directa sino de confianza institucional. Nadie abría el sobre y comparaba la piedra con el certificado en cada punto del recorrido. Se confiaba en que la cadena anterior había hecho su trabajo.

Esa confianza era el verdadero activo del sistema.

Y como todo activo, podía ser gestionado, transferido o, bajo las condiciones correctas, redirigido.

El hombre que le reveló los mecanismos internos de esa confianza se llamaba Martin Govaerts. Llevaba doce años en Nordia Transit, tenía cuarenta y tres, una barba descuidada que sugería indiferencia hacia su apariencia y una memoria para los detalles administrativos que Helga reconoció de inmediato como el resultado de haber hecho el mismo trabajo durante mucho tiempo con la atención de quien no encuentra el trabajo aburrido. Martin era el tipo de empleado invisible en cualquier empresa: demasiado especializado para ascender, demasiado valioso para prescindir de él.

La primera conversación formal que tuvieron fue un lunes por la mañana, en la sala de descanso, sobre la estructura del sistema Kimberley.

—Entiendo para qué sirve el certificado —dijo Helga—. Lo que no entiendo es quién verifica que el certificado describe realmente lo que dice que describe.

Martin la miró por encima de su taza de café.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Me refiero a que el certificado de origen lo emite el gobierno del país exportador. Pero el gobierno del país exportador no siempre tiene capacidad técnica ni interés político en verificar cada partida. ¿Quién audita al auditor?

Martin depositó la taza sobre la mesa con la lentitud de quien va a decir algo que no dice frecuentemente en voz alta.

—Nadie —dijo—. En la práctica, nadie. El sistema Kimberley es un mecanismo de declaración, no de verificación. Los países firmantes declaran

que sus exportaciones cumplen los requisitos. Si mienten, y algunos lo hacen, el sistema no tiene herramientas coercitivas reales para sancionarlos.

—¿Y los compradores lo saben?

—Los compradores grandes lo saben. Los compradores medianos lo saben si quieren saberlo. Los compradores pequeños a menudo compran la narrativa completa porque es más cómodo que no hacerlo.

—¿Y los certificadores privados?

Martin sonrió levemente, sin alegría.

—Los certificadores privados certifican lo que les presentan. Pueden verificar el color, la claridad, el peso, la calidad del corte. No pueden verificar si la piedra que tienen delante recorrió la ruta que los documentos dicen que recorrió. Eso no está en su mandato ni en su tecnología.

Helga asintió despacio.

—Entonces la fortaleza del sistema —dijo— es también su debilidad. Funciona porque todos los actores asumen que los demás están haciendo su parte.

—Exactamente —dijo Martin—. Es un sistema de confianza distribuida. Eficiente, estable, y completamente dependiente de que nadie decida dejar de cumplir su parte sin que los demás lo noten.

Bebió el resto de su café y se levantó.

—Bienvenida al negocio del diamante —dijo, con un tono que no era cínico sino simplemente descriptivo, que era peor.

Un viernes de marzo, cuando llevaba poco más de año y medio en Nordia Transit, Helga llegó antes que nadie a la oficina. Preparó su café, encendió el ordenador y abrió el archivo de operaciones del último trimestre. Buscó las entradas vinculadas a tres empresas cuyos patrones de documentación había estado siguiendo durante semanas: dos importadoras medianas y una certificadora de tercera categoría con oficinas en Ámsterdam. Comparó fechas, valores, rutas, organismos emisores de certificados.

La asimetría que había detectado al principio se mantenía. Doce por ciento, con una regularidad que ya no podía atribuirse a error.

Alguien, en algún punto de esa cadena, estaba haciendo exactamente lo que Martin había descrito: dejando de cumplir su parte sin que los demás lo notaran. No de manera espontánea ni improvisada. Con una consistencia que requería conocimiento del sistema, acceso a sus puntos de menor vigilancia y, sobre todo, paciencia.

Helga cerró el archivo y miró por la ventana el patio interior del edificio de enfrente, donde una mujer tendía ropa en un balcón estrecho con los movimientos automáticos de quien lleva años haciendo lo mismo. Pensó en los cuatro dólares con cincuenta centavos que recibió el primer hombre que sostuvo la piedra, y en los cuatro mil ochocientos dólares que valía al salir

del laboratorio de certificación. Pensó en el espacio entre esas dos cifras: en su arquitectura, en sus paredes, en sus puertas.

Pensó en quién tenía las llaves.

Cuando Els llegó media hora después, Helga tenía sobre su escritorio el acta de la reunión con Oosterlinck, corregida y lista para archivar, y una lista de preguntas sobre procedimientos de validación cruzada entre certificados de origen y facturas de proveedor.

—¿Hay alguien más en el equipo con quien pueda hablar sobre esto? —preguntó, entregando la lista—. Alguien que conozca los casos en que la discrepancia documental no llegó a revisión manual y por qué.

Els tomó la lista y la revisó un momento.

—Habla con Martin —dijo—. Ha gestionado casi todo lo que no está en el manual.

—Ya hablé con él sobre el sistema Kimberley —dijo Helga—. Pero esto es más específico. Son patrones que he notado en el archivo histórico.

Els levantó la vista de la lista.

—¿Qué clase de patrones?

Helga sostuvo su mirada con la calma de quien ha ensayado este momento, aunque no conscientemente.

—Inconsistencias menores que se repiten con demasiada regularidad para ser aleatorias —dijo—. Probablemente tengan una explicación técnica que yo no conozco todavía. Por eso pregunto.

Els la estudió durante dos o tres segundos más de los habituales.

—Habla con Martin —repitió finalmente, y volvió a sus papeles.

Helga fue a buscar a Martin.

Y mientras caminaba por el pasillo hacia su escritorio, con la lista en la mano y el café todavía caliente, comprendió algo que el sistema del diamante no podía enseñarle ningún manual: que el crimen más difícil de detectar no es el que no deja rastro, sino el que deja exactamente el rastro que cualquiera esperaría encontrar.

## CAPÍTULO 3

### Franco Van Basten

*Amberes, Bélgica. Otoño de 2005.*

La librería se llamaba De Tweesprong, que en neerlandés significa la encrucijada, y estaba en una calle lateral de la Nationalestraat que no aparecía en ninguna guía de la ciudad porque sus propietarios nunca habían considerado necesario aparecer en ninguna guía de ninguna ciudad. Era un local estrecho con el suelo de madera oscura y crujiente, estantes que llegaban hasta el techo y una escalera de mano con ruedas que corría sobre un riel de hierro, del tipo que Helga había visto en fotografías de bibliotecas

inglesas del siglo diecinueve y que nunca había esperado encontrar en una librería de segunda mano en el centro de Amberes.

El propietario era un hombre de unos setenta años que dormía en una silla detrás del mostrador con una regularidad que sugería que el sueño era su estado natural y la vigilia una concesión ocasional a los clientes.

Helga había llegado ahí por accidente, o por lo que ella llamaba accidente, que era en realidad la acumulación de decisiones pequeñas que la llevaban con frecuencia a lugares donde no había planeado estar: había salido de la oficina un viernes a las seis de la tarde con la intención de ir directamente al apartamento, había doblado por la Nationalestraat porque la acera de la calle paralela estaba en obras, y había visto el letrero de madera pintada sobre la puerta, De Tweesprong, y había entrado sin pensarlo dos veces porque los lugares con libros viejos tenían sobre ella el efecto que los bares tienen sobre otros tipos de personas.

Buscaba un atlas. No un atlas cualquiera: llevaba semanas pensando en un mapa histórico de las rutas comerciales medievales entre Europa y el Oriente Próximo, un tema que había surgido en una lectura lateral sobre los orígenes del comercio de piedras preciosas y que había derivado en una curiosidad genuina sobre cómo las rutas del valor habían organizado la geografía política del mundo antes de que existieran los estados nación. Era el tipo de interés que no tenía utilidad inmediata y que por esa razón le resultaba más honesto que los que sí la tenían.

El hombre que buscaba el mismo atlas estaba en la sección de cartografía cuando ella llegó, con la escalera de mano corrida hasta el extremo derecho del estante y el cuerpo a medio metro del suelo, revisando lomos con la concentración de quien busca algo específico y no está dispuesto a rendirse.

Era alto, de unos treinta años, con las manos de alguien que trabaja con objetos pequeños y de precisión: dedos largos, movimientos controlados, ningún gesto innecesario. Llevaba un jersey azul marino con un pequeño agujero en el codo derecho que no parecía importarle.

Helga se detuvo al pie de la escalera.

—¿Busca algo en particular? —preguntó, en neerlandés, porque llevaba ya más de un año en Amberes y el neerlandés ya no le resultaba incómodo, solo ligeramente más lento que el alemán.

El hombre la miró desde arriba.

—Un atlas de rutas comerciales medievales —dijo—. Hay uno aquí, lo vi hace tres semanas, pero alguien lo ha movido.

Helga procesó eso un momento.

—Yo también lo busco —dijo.

Él la miró con una expresión que no era sorpresa sino algo más cercano a la curiosidad genuina.

—¿También?

—Rutas entre Europa y el Oriente Próximo. Siglos doce al quince, preferiblemente.

El hombre bajó de la escalera con cuidado y quedó de pie frente a ella. Era considerablemente más alto de lo que había parecido a medio metro del suelo.

—Franco Van Basten —dijo, extendiendo la mano.

—Como el futbolista —dijo Helga.

—Como mi abuelo, que se llamó así antes de que existiera el futbolista. —Hizo una pausa—. Y usted es alemana, por el acento.

—Duisburg.

—¿Trabaja en el barrio?

—En la Pelikaanstraat. Logística.

Franco asintió con la expresión de quien conoce el barrio suficientemente para no necesitar más explicaciones.

—Yo tallo —dijo—. Hoveniersstraat, el taller de mi padre. Bueno, ahora también mío.

El propietario dormido detrás del mostrador emitió en ese momento un sonido que podría haber sido un ronquido o una tos, y ninguno de los dos le prestó atención.

—El atlas —dijo Helga—, si lo encuentra primero, ¿le importaría avisarme? Podría dejar mi tarjeta.

Franco la miró un momento.

—¿O podríamos buscarlo juntos y decidir después? —dijo—. Tengo experiencia con este señor. —Señaló al propietario—. El sistema de catalogación es completamente personal. Hay que saber cómo piensa.

—¿Y sabe cómo piensa?

—Más o menos. Los libros de historia están mezclados con los de geografía porque para él son la misma materia. Los de economía están con los de filosofía porque le parece que la economía es una rama de la filosofía moral. Y los atlas están en la sección que él llama herramientas, junto a los diccionarios y los manuales de botánica.

Helga lo miró.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Vengo aquí desde los catorce años. Mi padre me traía los sábados. Decía que un tallador que no sabe historia de su oficio es solo un artesano.

Tardaron veinte minutos en encontrar el atlas, que estaba efectivamente en la sección de herramientas, entre un diccionario de términos náuticos del siglo dieciocho y un manual de identificación de líquenes europeos. Era un volumen de tamaño folio, con la cubierta de tela marrón gastada en las esquinas y mapas interiores a doble página en una tinta que había sido azul y se había convertido en algo entre el verde y el gris con el paso del tiempo.

Lo abrieron sobre la mesa que el propietario tenía junto al mostrador, presumiblemente para ese propósito, y estuvieron un momento mirando la doble página central, que mostraba las rutas de la Ruta de la Seda con una precisión que contrastaba con la escasez de nombres de ciudades que el cartógrafo había considerado necesario incluir.

—Las rutas del diamante no están aquí —dijo Franco—. En el siglo trece, los diamantes venían principalmente de la India, pero los cartógrafos medievales no distinguían entre piedras preciosas. Todo era genéricamente "especias y piedras."

—¿Y cuándo empieza Amberes?

—Como centro diamantífero, siglo quince. Antes era Brujas. Cuando Brujas declinó comercialmente, los judíos sefarditas expulsados de España en 1492 trajeron el oficio a Amberes. Traían las piedras, las rutas y el conocimiento. Todo junto.

Helga lo miró.

—¿Eso lo aprendió en este tipo de libros?

—En estos y en mi padre. Él decía que tallar un diamante sin saber su historia es como operar un instrumento sin saber música. Puedes producir sonidos, pero no sabes lo que estás haciendo.

El propietario se despertó en ese momento, miró a los dos con la expresión benevolente de quien encuentra satisfactorio que su establecimiento cumpla su función, y volvió a dormirse.

Acordaron comprar el atlas a medias, lo cual era una solución práctica que ninguno de los dos había propuesto conscientemente hasta que Franco lo dijo en voz alta y Helga consideró la geometría del acuerdo y lo encontró razonable. Pagarían la mitad cada uno, lo tendría Franco en el taller los meses pares y Helga en el apartamento los meses impares, y ninguno de los dos especificó qué pasaría cuando uno de ellos quisiera terminar el acuerdo, porque ese tipo de conversaciones no se tienen el día que se conoce a alguien.

Salieron juntos de la librería a las siete y cuarto de la tarde, con el atlas en una bolsa de papel que el propietario había producido de debajo del mostrador con la lentitud solemne de quien ejecuta un ritual. Afuera llovía con esa lluvia belga de octubre que no tiene prisa y tampoco tiene intención de parar, y caminaron los dos una manzana bajo el mismo paraguas de Franco, que era grande y de color negro y que él sostuvo sin hacer comentarios sobre el hecho de que Helga no llevara uno, lo cual ella valoró porque no le gustaba que la gente comentara sus imprevisiones.

—¿Qué le interesa de las rutas medievales? —preguntó Franco, mientras cruzaban la Nationalestraat hacia la parada del tranvía.

—El valor —dijo Helga—. Cómo se construye, cómo viaja, cómo cambia de naturaleza cuando cambia de manos. Una piedra que sale de la India vale

una cantidad. Cuando llega a Venecia vale diez veces más. La piedra es la misma; la narrativa que la rodea es diferente.

Franco no respondió de inmediato. Caminaron media manzana en silencio.

—Mi padre decía algo parecido sobre el tallado —dijo luego—. Que el tallador no añade valor a la piedra. Revela el valor que ya estaba ahí, oculto en la estructura cristalina. Pero yo siempre pensé que eso era una forma poética de decir que el valor lo pone quien sabe mirar.

—¿Y quién sabe mirar?

—Quien ha aprendido a hacerlo. Lo cual no es muy diferente de lo que usted acaba de describir.

Llegaron a la parada del tranvía. La lluvia seguía con su ritmo indolente, y el andén estaba iluminado con esa luz anaranjada de las farolas belgas que hacía que todo pareciera ligeramente más antiguo de lo que era.

—¿Toma esta línea? —preguntó Franco.

—El cuatro, hasta Berchem.

—Yo el dos. —Hizo una pausa—. Hay una friterie buena a dos manzanas, si prefiere esperar el tranvía con algo caliente.

Helga consideró la propuesta con la brevedad con que consideraba cualquier decisión que no tuviera consecuencias sistémicas.

—De acuerdo —dijo.

La friterie se llamaba Chez Jules y olía a aceite caliente y a la sal específica que solo tienen las papas fritas belgas, que es distinta a la sal de cualquier otro país de manera que resulta difícil de describir pero inmediata de reconocer. Se sentaron en dos taburetes junto a la barra de formica, con los abrigos todavía húmedos, y comieron con tenedorcillos de plástico y hablaron durante una hora sobre historia del comercio, sobre el oficio del tallado, sobre la diferencia entre Brujas y Amberes como centros del poder diamantífero, y sobre por qué el neerlandés de Amberes suena diferente al de Bruselas de una manera que Franco intentó explicar y que Helga, con toda honestidad, no terminó de entender.

No hablaron de trabajo en el sentido profesional inmediato. No hablaron de dinero. No hablaron de nada que Helga catalogara internamente como información útil para ninguno de sus propósitos actuales.

Y sin embargo, cuando salió de Chez Jules a las nueve menos cuarto con el número de Franco en el teléfono y el tranvía cuatro esperando en la esquina, Helga notó algo que no supo catalogar de inmediato: la conversación no había tenido estructura. No había ido de un punto a otro siguiendo una lógica que ella pudiera identificar. Había ido a donde había ido, sin propósito aparente, como los ríos que no tienen pendiente pronunciada y simplemente se mueven porque el agua no puede quedarse quieta.

Le resultó incómodo.

Le resultó también, y esto fue lo que no supo catalogar, algo que se parecía a alivio.

Durante las semanas siguientes se vieron tres veces. Una vez en la misma friterie, por acuerdo explícito. Otra vez por encuentro genuinamente accidental en el mercado dominical de la Vrijdagmarkt, donde Franco compraba herramientas de segunda mano con una selectividad que Helga encontró interesante porque aplicaba criterios que no eran evidentes para un observador externo pero que él podía articular con precisión cuando ella preguntó.

La tercera vez fue en el taller de la Hoveniersstraat, adonde Helga fue un miércoles por la tarde porque Franco le había dicho que podía pasar a ver cómo se trabajaba una piedra, y ella fue porque quería entender el proceso desde dentro y no solo desde la documentación.

El taller era un espacio de techo bajo con luz natural por tres ventanas orientadas al norte, que es la luz que los talladores prefieren porque no produce reflejos ni sombras engañosas. Había cuatro puestos de trabajo, cada uno con su propio conjunto de herramientas, y en ese momento solo estaba Franco, porque su socio había salido a una reunión.

Trabajaba en una piedra de tamaño mediano que estaba en la fase de lo que él llamó el pulido de la corona, con una concentración que Helga reconoció como el estado en que una persona está completamente presente en lo que hace y completamente ausente del mundo que la rodea.

La observó trabajar durante diez minutos sin decir nada. Él no le preguntó si quería sentarse ni si quería algo de beber: entendió, de alguna manera que Helga no supo explicar, que ella quería mirar y no ser atendida.

Cuando terminó la fase y depositó la piedra en su soporte, se volvió hacia ella.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Alguien que sabe exactamente lo que está haciendo —dijo Helga.

—¿Y qué más?

Helga miró la piedra en el soporte. Bajo la luz del norte tenía un brillo que no era espectacular sino preciso, como si la luz no rebotara en ella sino que la atravesara y volviera cambiada.

—Alguien que cree que lo que hace importa —dijo—. No en términos abstractos. En términos concretos. Esta piedra específica, este corte específico.

Franco la miró un momento.

—Sí —dijo—. Eso es. —Hizo una pausa—. La mayoría de la gente que viene aquí a ver cómo se trabaja pregunta cuánto vale la piedra. Usted no preguntó eso.

—No es lo primero que me interesa.

—¿Y qué es lo primero?

—Cómo se construye el valor —dijo Helga—. No cuánto es.

Franco asintió despacio, con la expresión de quien acaba de escuchar algo que ya sabía pero que no había oído formulado de esa manera.

—Mi padre hubiera querido conocerla —dijo.

—¿Murió?

—Hace cuatro años. Esta era su silla. —Señaló el puesto junto a la ventana central—. Yo me senté aquí cuando tenía ocho años por primera vez. Me puso una piedra en la mano y me dijo: mírala hasta que veas lo que quiere ser. Estuve mirando cuarenta minutos. Él esperó sin decir nada.

—¿Y qué vio al final?

—Nada. Tenía ocho años. —Sonrió levemente—. Pero aprendí a mirar durante cuarenta minutos sin impacientarme. Que era probablemente lo que él quería enseñarme.

Helga miró la silla junto a la ventana central. Pensó en su madre durmiendo en el sofá con el telediario encendido. Pensó en el tipo de paciencia que se aprende de personas que no saben que la están enseñando.

—¿Le importa si vuelvo otro día a observar? —preguntó.

—No —dijo Franco—. No me importa.

Y en su voz no había ni exceso de bienvenida ni restricción calculada. Solo la respuesta directa de alguien que dice lo que piensa porque no ha desarrollado el hábito de decir otra cosa.

Eso, en la experiencia de Helga, era más raro de lo que la mayoría de las personas suponía.

## CAPÍTULO 4

### Los primeros ensayos

*Amberes y Rotterdam. 2006–2007.*

El primer experimento fue pequeño hasta la insignificancia, y esa era exactamente la idea.

Helga llevaba ya dos años en Nordia Transit cuando encontró la primera oportunidad, y la encontró no porque la buscara activamente sino porque el sistema se la presentó con la naturalidad de un objeto que rueda hacia la mano extendida. Era un martes de enero, tarde en la tarde, cuando el equipo ya había reducido su presencia a dos personas además de ella.

Revisaba el archivo de envíos pendientes de cierre documental cuando localizó una partida de Rotterdam cuya certificación de peso tenía una discrepancia de tres décimas de quilate con la factura del proveedor, exactamente el tipo de inconsistencia que había aprendido a identificar en sus primeros meses de trabajo.

Lo que hizo a continuación fue técnicamente simple y, en términos del impacto inmediato, completamente inocuo: no reportó la discrepancia al

sistema automatizado de alertas, sino que la corrigió directamente en el documento de cierre, ajustando la cifra del certificado para que coincidiera con la factura.

Era una operación que un empleado con acceso administrativo podía realizar. No requería autorización especial. No dejaba ningún registro de modificación porque el sistema de Nordia Transit, que databa de 2001 y nadie había actualizado desde entonces, no tenía registro de auditoría en los documentos de cierre.

Lo hizo, guardó el archivo, y estuvo sentada frente a la pantalla durante aproximadamente dos minutos sin hacer nada.

No había robado nada. No había desviado ningún valor. Había corregido un número en un documento administrativo de tercer nivel, el tipo de corrección que Els o Martin habrían realizado sin pensarlo dos veces si hubieran estado en la oficina.

La única diferencia era que ella no lo había reportado primero, no había pedido autorización, y había elegido conscientemente no dejar rastro del proceso de decisión.

Era, en todos los sentidos que importaban, un ensayo.

Lo que quería saber no era si podía hacerlo —eso ya lo sabía— sino qué pasaba después. Si el sistema reaccionaba. Si alguien notaba la ausencia de alerta. Si la partida cerraba sin incidentes o si en algún punto del flujo posterior había un mecanismo de verificación que ella no había identificado.

La partida cerró sin incidentes en cuatro días.

Nadie preguntó nada. Nadie notó nada. El envío llegó a su destino, el cliente recibió su documentación completa y correcta, y el archivo de la operación quedó archivado con el estado de cerrado satisfactoriamente junto a las otras ochocientas operaciones que Nordia Transit había procesado ese mes.

Helga anotó el resultado en su cuaderno de espiral con tres líneas: fecha, naturaleza de la intervención, resultado observable. Sin conclusiones. Era demasiado pronto para conclusiones.

Durante los seis meses siguientes realizó nueve variaciones del mismo experimento, cada una ligeramente distinta en algún parámetro: el tipo de documento, el momento en el flujo en que intervenía, el volumen de la discrepancia corregida, el cliente involucrado.

En ninguno de los nueve casos el sistema reaccionó de manera observable. En dos de ellos hubo consultas posteriores de los clientes sobre detalles menores de la documentación, pero ninguna de esas consultas estaba relacionada con las modificaciones que ella había realizado.

Lo que aprendió de esos nueve experimentos no era que el sistema fuera descuidado. Era algo más preciso: el sistema estaba diseñado para detectar anomalías en los valores declarados, no en el proceso de documentación en sí. Vigilaba el qué, no el cómo. Y esa distinción, que parecía técnica, tenía

implicaciones que Helga empezó a catalogar con creciente detalle en su cuaderno.

Un miércoles de abril de 2006, Martin Govaerts se asomó a su escritorio con una taza de café en la mano y el aspecto de quien ha decidido hacer una pausa porque la alternativa es seguir mirando la misma pantalla.

—¿Sabes qué hace que este trabajo sea diferente a cualquier otro trabajo de logística? —dijo, sin preámbulo.

Helga levantó la vista.

—Dígame.

—Que el error no tiene precio fijo. En logística de productos industriales, si pierdes un contenedor de tornillos, sabes exactamente cuánto cuesta el error. En diamantes, el error puede costar lo mismo que el envío o diez veces más, dependiendo de quién sea el cliente y qué consecuencias tenga para su cadena. Así que aquí nadie reporta los errores que puede no reportar. No por deshonestidad. Por miedo al coste de la transparencia.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Helga.

—Es el problema central. Porque significa que el archivo histórico de esta empresa contiene exactamente lo que la empresa quiso que contuviera, no lo que realmente ocurrió. Son dos cosas distintas.

—¿Y usted sabe dónde están las diferencias?

Martin la miró con una expresión que era simultáneamente cómoda e incómoda, como la de alguien que acaba de decir más de lo que pretendía.

—Algunas —dijo—. Las que llevo suficientes años aquí para haber visto en tiempo real.

—¿Y las documenta?

—Las documento para mí. No para la empresa.

—¿Por qué me cuenta esto?

Martin consideró la pregunta con la seriedad que merecía.

—Porque llevas dos años haciendo preguntas que la mayoría de los auxiliares administrativos no hacen —dijo—. Y porque me parece que más vale que lo sepas de mí que descubrirlo de otra manera.

Fue una advertencia cortés, formulada con toda la ambigüedad necesaria para que cada uno pudiera interpretarla según su conveniencia. Helga la recibió como lo que era: una señal de que Martin era más observador de lo que su apariencia de empleado invisible sugería, y de que convenía calibrar la velocidad de sus experimentos.

Redujo la frecuencia. No los detuvo.

El salto cualitativo ocurrió en Rotterdam, en octubre de 2006, durante una visita de trabajo que Els le encargó para revisar in situ la documentación de un cliente nuevo que operaba desde el puerto.

Era la primera vez que Nordia Transit la enviaba fuera de Amberes en representación de la empresa, lo cual era un indicador de confianza que Helga valoró no en términos emocionales sino en términos de lo que implicaba: acceso a nuevos entornos, nuevos sistemas, nuevos puntos de observación.

El cliente en Rotterdam era una empresa de nombre Van Hoecke & Zonen que importaba diamantes industriales, una categoría distinta a los diamantes de joyería en términos de valor unitario pero idéntica en términos de los procedimientos documentales que Helga conocía.

La reunión fue con el director de operaciones, un hombre de unos cuarenta y cinco años llamado Pieter Brands, que tenía el aspecto de alguien acostumbrado a gestionar volúmenes grandes con márgenes pequeños y que valoraba ante todo la eficiencia en las reuniones.

—Nordia Transit nos ha sido recomendada por tres clientes distintos —dijo Brands, abriendo la reunión sin cortesías—. Lo que necesito saber es si pueden manejar el volumen que manejamos y si entienden la especificidad de los diamantes industriales.

—El volumen no es un problema —dijo Helga—. En cuanto a la especificidad, me gustaría entender primero en qué difiere su proceso documental del de los diamantes de joyería, para asegurarme de que la respuesta que le dé sea precisa y no general.

Brands la miró con una expresión de ligera sorpresa, como si esperara una presentación comercial y hubiera recibido en cambio una pregunta técnica.

—La diferencia principal —dijo— es que los diamantes industriales se certifican por lotes, no individualmente. Un lote puede contener entre cien y diez mil unidades. La trazabilidad individual es imposible en esa escala, así que el sistema trabaja con promedios estadísticos de calidad y peso.

—¿Y quién verifica que el promedio declarado corresponde al promedio real?

—El laboratorio de certificación toma muestras. Habitualmente entre el dos y el cinco por ciento del lote.

—¿Y el resto?

—El resto se acepta por extrapolación estadística.

Helga procesó eso durante un segundo.

—Entonces entre el noventa y cinco y el noventa y ocho por ciento de cada lote no es verificado individualmente.

—Así funciona el sistema —dijo Brands, con la neutralidad de quien describe una realidad que no inventó—. Si quisiéramos verificar cada unidad, el coste de certificación superaría el valor de muchos de los lotes.

—Entiendo —dijo Helga—. Y en ese noventa y cinco por ciento no verificado, ¿ha tenido discrepancias significativas entre lo declarado y lo recibido?

Brands la miró un momento más de lo habitual.

—¿Cuánto tiempo lleva en este sector? —preguntó.

—Dos años.

—Cuando lleve diez, entenderá que esa pregunta no se hace en una primera reunión.

—Tiene razón —dijo Helga—. La retiro. Lo que me interesa para efectos de la documentación es saber cuál es el margen de variación que el sistema acepta antes de generar una alerta. Eso sí está en los protocolos estándar.

—Entre el tres y el siete por ciento, dependiendo del tipo de diamante industrial y del mercado de destino.

—Perfecto —dijo Helga—. Con eso puedo estructurar un proceso documental que sea eficiente para su volumen y compatible con los estándares de certificación.

La reunión terminó con Van Hoecke & Zonen convirtiéndose en cliente de Nordia Transit. En el tren de regreso a Amberes, Helga abrió su cuaderno y escribió durante cuarenta minutos. No sobre el cliente nuevo ni sobre los procedimientos que había descrito. Sobre el margen del tres al siete por ciento.

Si el sistema aceptaba una variación de hasta el siete por ciento entre lo declarado y lo real antes de generar una alerta, entonces existía un espacio dentro del cual era posible introducir desviaciones sistemáticas que permanecieran por debajo del umbral de detección.

No en cada operación individual, donde cualquier desviación sería visible. Sino distribuidas entre múltiples operaciones, de manera que el promedio general se mantuviera dentro del rango aceptable mientras el desvío acumulado, sumado a lo largo del tiempo, representara una cantidad significativa.

Era un problema matemático antes que un problema logístico. Y los problemas matemáticos, en su experiencia, siempre tenían solución si se formulaban con precisión suficiente.

Esa noche llegó al apartamento de Berchem a las nueve menos cuarto, calentó sopa de la que había preparado el domingo, y estuvo trabajando en la mesa de la cocina hasta las doce y media. Cuando terminó tenía tres páginas de notas y un modelo preliminar de distribución de desviaciones que, sobre el papel, era matemáticamente coherente.

El modelo todavía no era un plan. Era la estructura sobre la que un plan podía construirse.

Llamó a Franco antes de dormir, no porque tuviera algo específico que decirle sino porque en los últimos meses había desarrollado el hábito de hablar con él al final de los días en que había trabajado durante horas en algo que no podía compartir con nadie. Era una forma de compensación, aunque no lo hubiera formulado así.

Franco contestó al segundo tono.

—¿Cómo fue Rotterdam? —preguntó. Sabía que había ido, porque Helga se lo había dicho antes de salir.

—Útil —dijo Helga.

—¿La ciudad o la reunión?

—Las dos. Rotterdam es ordenada de una manera que Amberes no es. Todo en su lugar. Las calles, los contenedores, los procedimientos.

—¿Y eso te gusta?

Helga consideró la pregunta.

—Me resulta legible —dijo—. Cuando algo es muy ordenado, es más fácil identificar dónde está la grieta.

Hubo una pausa breve.

—¿Siempre piensas en términos de grietas? —preguntó Franco. No había juicio en la pregunta. Era curiosidad genuina, el tipo que él tenía con frecuencia.

—Es una manera de ver los sistemas —dijo Helga—. Todo sistema tiene un punto donde la estructura es menos sólida de lo que parece desde fuera. No es un defecto. Es geometría.

—Mi padre decía algo parecido sobre las piedras —dijo Franco—. Que el tallador busca el plano de clivaje, el lugar donde la piedra quiere separarse naturalmente. Si fuerzas un corte en el lugar equivocado, la piedra se rompe. Si encuentras el plano correcto, se abre sola.

—¿Y siempre hay un plano correcto?

—Siempre. En cada piedra. Aunque a veces tardas semanas en encontrarlo.

Helga no respondió de inmediato. Miró sus tres páginas de notas sobre la mesa de la cocina, el modelo de distribución de desviaciones, los números alineados con la precisión de quien ha revisado cada cifra dos veces.

—Buenas noches, Franco —dijo.

—Buenas noches.

Colgó, recogió las notas, las guardó en la carpeta que mantenía en el fondo del segundo cajón del escritorio de su habitación, debajo de los estados de cuenta bancarios y un manual de derecho mercantil belga que había comprado en De Tweesprong dos meses antes.

Apagó la luz y estuvo un momento en la oscuridad, escuchando la lluvia sobre el patio interior donde el gato gris dormía sobre su cajón de madera.

Pensó en planos de clivaje. Pensó en el lugar donde una estructura quiere separarse naturalmente, sin fuerza, sin fractura visible.

Pensó que Franco había descrito, sin saberlo, exactamente lo que ella estaba buscando.

Y que eso era lo que más le costaba de él: que lo veía todo con tanta claridad, y que esa claridad no tenía ninguna intención detrás.

## CAPÍTULO 5

## El mapa oculto

*Amberes, Ámsterdam, Londres. 2007–2008.*

El mapa no estaba en ningún lugar específico. Estaba distribuido, como el sistema que representaba, en fragmentos que nadie había reunido porque nadie había tenido razón para hacerlo. Helga tardó catorce meses en construirlo, y lo hizo de la misma manera en que los cartógrafos medievales construían sus mapas del mundo: a partir de relatos de viajeros, registros de mercaderes, rumores verificados y deducciones geométricas sobre territorios que nunca habían visitado pero cuya lógica podían inferir de los territorios adyacentes que sí conocían.

Su material de trabajo eran los archivos de Nordia Transit, las conversaciones con Martin, las reuniones con clientes a las que Els la llevaba con frecuencia creciente porque resultaba útil en ellas, y tres fuentes que había desarrollado por cuenta propia durante el año anterior: una suscripción a un boletín sectorial de comercio de diamantes publicado en Amberes que costaba doscientos veinte euros anuales y que nadie más en la empresa leía, una relación epistolar con un investigador de la Universidad de Amberes que estudiaba la economía de los recursos naturales y que respondía con generosidad a sus preguntas porque las encontraba, según le escribió en un mensaje, "inusualmente precisas para alguien que no trabaja en academia", y un acceso al archivo público del Consejo Mundial del Diamante que estaba disponible en línea para cualquier persona que tuviera la paciencia de navegar su estructura de carpetas, diseñada aparentemente por alguien que no tenía interés en que nadie encontrara nada.

De esas fuentes extraía información. La información, por sí sola, no era el mapa. El mapa era la estructura que emergía cuando uno dejaba de mirar los datos individualmente y empezaba a mirar las relaciones entre ellos.

La primera relación fundamental que identificó era entre los actores y sus roles de confianza. El sistema del diamante no funcionaba como una cadena lineal sino como una red de nodos, y cada nodo tenía un nivel de confianza asignado implícitamente por los demás actores en función de su antigüedad, su reputación y sus relaciones históricas. Un intermediario con veinte años en el mercado podía operar con márgenes de verificación que un intermediario nuevo no obtenía. Esa asimetría de confianza no estaba escrita en ningún reglamento; era una convención social acumulada que todos conocían y nadie discutía.

La segunda relación era entre los momentos de verificación y los volúmenes de operación. Cuanto mayor era el volumen de una transacción, mayor era la atención que recibía. Cuanto menor era el volumen, más probable era que los mecanismos de verificación se relajaran. No porque los actores fueran descuidados, sino porque el tiempo de verificación tiene un coste fijo que

solo se justifica económicamente a partir de cierto umbral de valor. Por debajo de ese umbral, verificar costaba más que el riesgo que se mitigaba.

La tercera relación, la más importante, era la que existía entre la reputación de un actor y su capacidad de operar sin supervisión directa. En el sistema del diamante, como en cualquier sistema basado en confianza distribuida, la reputación acumulada funcionaba como una licencia de autonomía. Un actor con suficiente reputación podía realizar operaciones que un actor sin ella no podría, no porque las reglas fueran diferentes para él, sino porque nadie consideraba necesario aplicarlas con la misma rigurosidad.

Esas tres relaciones definían la arquitectura del sistema. Y la arquitectura del sistema definía, con precisión que Helga encontró casi satisfactoria en su claridad, dónde estaban los puntos de entrada.

En febrero de 2008, Nordia Transit la envió a Ámsterdam para una reunión con un auditor externo que revisaba periódicamente los procedimientos de la empresa. Era la primera vez que Helga participaba en una auditoría, y lo hizo no porque Els la considerara indispensable sino porque Martin había pedido reducir su carga de viajes ese mes por un asunto familiar que no especificó, y Helga era la siguiente en la jerarquía con suficiente conocimiento del archivo para responder preguntas técnicas.

El auditor se llamaba Norvquist Wulong. Era un hombre de unos cuarenta años, de origen chino y nacionalidad holandesa, con un acento en el inglés que no era de ninguna ciudad específica sino del tipo que se forma en personas que han estudiado en tres países distintos y han absorbido algo de cada uno. Trabajaba para una firma de auditoría especializada en comercio de bienes de alto valor y llevaba, según la hoja de perfil que Nordia Transit había distribuido antes de la reunión, doce años en el sector.

La reunión fue en las oficinas de la firma en el centro de Ámsterdam, un edificio de canal con fachada del siglo diecisiete e interior de los años noventa que producía la sensación levemente perturbadora de estar en dos épocas simultáneamente. Norvquist recibió a Helga y a la directora financiera de Nordia Transit, una mujer llamada Sofie que llevaba los números con la misma eficiencia discreta con que Els llevaba las operaciones, en una sala de reuniones con vistas al canal y una mesa de madera clara sobre la que ya había cuatro carpetas organizadas con una precisión que Helga reconoció como la de alguien que prepara el terreno antes de que llegue el otro.

Los primeros cuarenta minutos fueron sobre procedimientos estándar: Norvquist hacía preguntas, Sofie respondía con los documentos correspondientes, Helga complementaba con detalles operativos cuando era necesario. Era una revisión de rutina y todos en la sala lo sabían, incluido Norvquist, que hacía las preguntas con la eficiencia de quien lleva años haciéndolas y sabe de antemano que las respuestas serán correctas.

En la pausa del café, mientras Sofie atendía una llamada en el pasillo, Norvquist se volvió hacia Helga.

—¿Cuánto tiempo lleva en Nordia Transit? —preguntó, con una capacidad de conversación que era demasiado calibrada para ser casual.

—Casi cuatro años —dijo Helga.

—¿Y antes?

—Universidad de Colonia. Administración de empresas.

—¿Por qué Amberes?

—Por el sector. Quería entenderlo desde dentro.

Norvquist la miró con una atención que era diferente a la que había tenido durante la reunión. Más enfocada, menos protocolar.

—¿Y lo ha entendido?

—Entiendo mejor cómo funciona el flujo documental —dijo Helga—. Lo que todavía me resulta opaco es la lógica de los precios en la zona de diamantes de talla media, entre uno y tres quilates. Las variaciones de precio para la misma calidad certificada son mayores de lo que los modelos estándar predicen.

Norvquist depositó su taza sobre la mesa.

—Las variaciones en ese rango —dijo— responden frecuentemente a factores que no aparecen en la documentación formal. Relaciones entre compradores y vendedores, condiciones de pago no explícitas, acuerdos de volumen a largo plazo. El precio certificado es el precio público. El precio real es otra conversación.

—¿Y esa otra conversación ocurre con qué frecuencia?

—Con más frecuencia de lo que los auditores podemos documentar —dijo Norvquist, y en su voz había algo que Helga identificó como honestidad profesional sin ingenuidad—. Lo cual no significa que sea ilegal. Significa que el mercado del diamante tiene una dimensión informal que coexiste con la dimensión formal, y que ambas se necesitan mutuamente para funcionar.

—¿Y la dimensión informal tiene sus propias reglas?

—Tiene sus propias convenciones. Que son más rígidas que las reglas formales, paradójicamente, porque no tienen mecanismo de apelación. Si rompes una convención del mercado formal, hay un proceso. Si rompes una convención del mercado informal, simplemente dejas de existir en ese mercado.

Sofie regresó del pasillo en ese momento y la conversación volvió a los procedimientos estándar. Pero Helga guardó cada palabra de ese intercambio con la misma precisión con que guardaba todo lo que le resultaba estructuralmente útil.

La dimensión informal tenía sus propias convenciones. Y las convenciones, a diferencia de las reglas, no tenían registro escrito.

Lo que no está escrito no puede ser auditado. Lo que no puede ser auditado no puede ser verificado. Lo que no puede ser verificado existe en el espacio

de la confianza, donde el único control es la reputación, y la reputación es una construcción colectiva que puede, con el tiempo y la paciencia suficientes, ser gestionada.

De regreso a Amberes en el tren de la tarde, Helga abrió su cuaderno y trabajó durante la hora y cuarenta minutos del trayecto. Cuando llegó a la estación central de Amberes tenía el mapa completo por primera vez: no en todos sus detalles, porque algunos nunca serían accesibles desde su posición actual, pero sí en su arquitectura fundamental. Los nodos, las relaciones, los puntos de confianza, los umbrales de verificación, los espacios donde la dimensión formal y la informal se tocaban sin fusionarse.

El mapa mostraba algo que ninguno de los actores del sistema podía ver porque ninguno de ellos tenía acceso a todos sus fragmentos: que el sistema del diamante, visto en su totalidad, no era una cadena de custodia sino una cadena de confianza delegada. Cada actor confiaba en el siguiente sin verificarlo completamente, y esa delegación acumulada creaba, en el conjunto, una fragilidad que no existía en ninguno de sus componentes individuales.

Era la paradoja que el prólogo había sugerido sin nombrar: que la fortaleza del sistema residía en su complejidad, y que esa misma complejidad lo hacía vulnerable de maneras que nadie que viviera dentro de él podía ver desde dentro.

Esa noche, en el apartamento de Berchem, Helga cenó de pie frente a la ventana del patio interior, mirando el gato gris que dormía sobre su cajón con la indiferencia monumental de los gatos ante todo lo que no sea su propio bienestar. Luego fue a la mesa de la cocina, abrió el cuaderno en una página nueva y escribió, por primera vez con esa claridad, lo que el mapa implicaba como posibilidad concreta.

No era un plan todavía. Era la formulación precisa de lo que un plan debería lograr: introducir una desviación sistemática en el flujo de valor del sistema, distribuida de manera que permaneciera por debajo de los umbrales de detección en cada nodo individual, acumulada de manera que el resultado total fuera significativo, y sostenida por una reputación construida con suficiente solidez para que la confianza del sistema operara en su favor en lugar de en su contra.

Requería tres cosas que todavía no tenía: una posición dentro del sistema con acceso suficiente, una reputación construida desde esa posición, y una estructura que le permitiera operar con independencia de Nordia Transit sin perder la credibilidad que había construido en ella.

Tres problemas. Tres soluciones necesarias. Un orden lógico en el que abordarlos.

Llamó a Franco a las once de la noche. Él contestó desde el taller, donde a veces trabajaba hasta tarde en piezas que requerían luz controlada.

—¿Todavía en el taller? —preguntó Helga.

—Hay una piedra que no me deja —dijo Franco. Se oía el fondo leve de alguna música, algo que Helga no reconoció—. El plano de clivaje no está donde debería estar. O estoy mirando mal.

—¿Cuánto tiempo llevas buscándolo?

—Desde las seis.

—Son las once.

—Ya lo sé —dijo Franco, con la serenidad de quien no encuentra eso problemático—. Pero si la dejo esta noche, mañana tendré que empezar a mirar desde el principio. Prefiero quedarme hasta encontrarlo.

—¿Y si no está?

—Siempre está. Solo hay que tener paciencia suficiente para encontrarlo.

Helga miró su cuaderno abierto sobre la mesa de la cocina, las tres páginas escritas esa tarde en el tren, el mapa que había tardado catorce meses en construir y que ahora era, finalmente, legible.

—¿Cómo sabes cuándo lo has encontrado? —preguntó.

—Porque la piedra deja de resistirse —dijo Franco—. No es dramático. Es más como... una sensación de que la conversación ha terminado. Que ya sabes lo que necesitabas saber.

—¿Y siempre llega ese momento?

—Siempre. Aunque a veces llega a las dos de la mañana.

Helga sonrió levemente, algo que hacía con poca frecuencia y siempre en privado.

—Llámame cuando lo encuentres —dijo—. No importa la hora.

Hubo una pausa breve.

—¿En serio? —dijo Franco.

—En serio.

Colgó, cerró el cuaderno, y fue a dormir con la claridad ordenada de quien ha resuelto un problema que llevaba meses sin forma definida y que ahora, finalmente, la tiene.

Franco la llamó a la una y cuarto de la madrugada.

—Lo encontré —dijo, sin preámbulo.

—¿Dónde estaba?

—Tres grados al norte de donde lo buscaba. Un error de orientación mío, no de la piedra.

—¿Y cómo se siente?

Franco tardó un momento en responder.

—Como cuando terminas un libro bueno —dijo—. Satisfecho y un poco triste al mismo tiempo.

Helga no respondió de inmediato. Escuchó el silencio del taller al otro lado de la línea, la música de fondo que seguía sin que ella pudiera identificarla.

—Buenas noches, Franco —dijo finalmente.

—Buenas noches.

Colgó y se quedó en la oscuridad del apartamento, con el gato del patio invisible debajo de la ventana y la lluvia de Amberes cayendo sobre los tejados con su ritmo habitual, sin prisa, sin pausa.

Pensó en tres grados al norte de donde uno busca. Pensó en errores de orientación que no son de la piedra sino de quien la mira.

Pensó que el mapa estaba completo.

Y que lo que venía a continuación requería dejar de mirar el sistema desde fuera y empezar a construir un lugar dentro de él.

## CAPÍTULO 6

### Alonzo Monet

*Amberes, Bélgica. Primavera de 2008.*

Alonzo Monet no era el tipo de hombre que aparece en los expedientes policiales con fotografía de frente y de perfil. Llevaba veintidós años en el mercado paralelo del diamante sin haber sido imputado formalmente por nada, lo cual no era consecuencia de la impericia de los investigadores sino de una disciplina operativa que bordeaba lo monástico: no dejaba rastros escritos, no usaba intermediarios que supieran más de lo necesario, no realizaba ninguna operación cuyo beneficio no justificara el riesgo con un margen que él mismo calculaba y que nunca era inferior al triple. Era un hombre de reglas propias, aplicadas con una consistencia que la mayoría de los actores del mercado formal no alcanzaban.

Tenía cincuenta y tres años, era de origen marsellés, y llevaba viviendo en Amberes desde los treinta y uno, cuando llegó con un capital de origen no especificado y se instaló en el sector de una manera tan gradual y tan discreta que para cuando alguien consideró necesario preguntarse quién era, ya tenía suficientes relaciones para que la pregunta resultara incómoda.

Vivía en un apartamento del barrio de Zurenborg, en un edificio art nouveau de fachada espectacular que nadie habría asociado con el tipo de actividades que financiaban su alquiler. Vestía bien, sin ostentación. Hablaba cuatro idiomas con fluidez desigual pero funcional. Y tenía la costumbre, que los que lo conocían consideraban su rasgo más característico, de escuchar durante más tiempo del que la mayoría de las personas toleran el silencio antes de responder.

Helga llegó a él a través de una ruta que tardó tres meses en construir, porque no había ruta directa y las rutas indirectas requieren tiempo. El primer eslabón fue Martin Govaerts, que sin saberlo le proporcionó el nombre de un intermediario menor que operaba en los márgenes del mercado legal,

un hombre de nombre Ruben al que Martin había mencionado una vez en conversación como ejemplo de alguien que conocía el sector desde sus costuras.

El segundo eslabón fue Ruben, al que Helga encontró en una recepción del gremio diamantífero a la que asistió en representación de Nordia Transit y con quien habló durante veinte minutos sobre discrepancias documentales de una manera lo suficientemente específica como para que él entendiera que ella sabía de qué hablaba, y lo suficientemente ambigua como para que no pudiera determinar exactamente cuánto. El tercer eslabón fue el nombre que Ruben pronunció con la cautela de quien entrega algo de valor: Monet.

Solo el apellido. Sin número de contacto, sin dirección, sin más información que la indicación de que si ella tenía algo genuinamente interesante que ofrecer, el camino para llegar a él no era difícil de encontrar para quien supiera buscarlo.

Encontrarlo tardó seis semanas adicionales. Cuando finalmente se sentaron frente a frente, en una cafetería de la calle De Keyserlei a las cuatro de la tarde de un martes de mayo, Monet ya sabía quién era ella. Eso Helga lo supuso antes de llegar y lo confirmó en los primeros treinta segundos de la reunión, porque la manera en que él la miró cuando ella se sentó no era la de alguien que recibe información nueva sino la de alguien que verifica información que ya tiene.

—Nordia Transit —dijo Monet, como saludo, en un francés que él mantuvo durante toda la conversación y que Helga respondió en el mismo idioma con un acento que era funcional y nada más—. Cuatro años. Auxiliar administrativa al principio, coordinadora de operaciones desde hace ocho meses. Formación en Colonia. Antes de eso, Duisburg.

—Antes de eso, Duisburg —confirmó Helga, sin alterarse.

—¿Le incomoda que lo sepa?

—Me parecería más preocupante que no lo supiera. Significaría que no verifica a las personas antes de reunirse con ellas.

Monet la miró durante un momento con la expresión de quien registra algo sin comentarlo.

—¿Qué quiere de mí? —dijo.

—Información —dijo Helga—. Específicamente, información sobre los flujos de diamantes que no pasan por los canales de certificación estándar. Volúmenes, rutas, actores, márgenes.

—¿Para qué?

—Para entender la parte del sistema que los archivos de Nordia Transit no me muestran.

—Eso es mucha información para dársela a alguien que acabo de conocer.

—Lo sé —dijo Helga—. Por eso no espero que me la dé hoy. Espero que evaluemos si existe una base para una relación de trabajo que sea mutuamente útil.

Monet ordenó un café para él y esperó a que la camarera se alejara antes de continuar.

—¿Qué tiene usted que ofrecerme a cambio?

—Acceso a la dimensión formal del sistema que usted no tiene directamente. Nordia Transit procesa documentación de actores que operan en niveles del mercado a los que usted difícilmente puede llegar sin levantar sospechas. Yo tengo acceso a esos documentos, a esas relaciones, y a una comprensión de los procedimientos de verificación que podría ser útil para optimizar ciertas operaciones.

—¿Está describiéndome un esquema de blanqueo?

—Estoy describiéndome como alguien que conoce los límites del sistema de verificación y que está dispuesta a utilizar ese conocimiento de manera selectiva —dijo Helga—. Cómo se llame eso depende del uso específico que hagamos de ello, que es precisamente lo que todavía no hemos discutido.

Monet bebió su café sin apartar los ojos de ella. Era una mirada de evaluación sostenida que habría resultado incómoda para la mayoría de las personas que se sentaran frente a él, y él lo sabía, y usaba ese conocimiento con deliberación. Helga lo sostuvo con la misma neutralidad con que habría sostenido cualquier otra condición ambiental que no dependiera de ella.

—¿Cuántas personas saben que está aquí? —preguntó Monet.

—Nadie.

—¿Y si le pregunto cómo llegó hasta mí?

—Le diré que prefiero no comprometer a quien me facilitó el contacto, lo cual usted probablemente interpretará correctamente como señal de que entiendo el valor de la discreción.

—¿Y si esa discreción opera también en su contra? ¿Si nadie sabe que está aquí y algo le ocurre al salir?

Era una pregunta que podía leerse como amenaza o como evaluación de su nivel de preparación. Helga optó por leerla como lo segundo, porque la primera interpretación no le era útil en ese momento y porque los hombres como Monet, en su experiencia construida desde los libros y los archivos y las conversaciones de los últimos cuatro años, no hacen amenazas directas en primeras reuniones. Eso sería operativamente torpe, y Monet no era torpe.

—Si algo me ocurriera —dijo Helga—, hay un documento sellado en poder de una tercera persona que contiene suficiente información sobre esta reunión y sobre la cadena de contactos que me llevó hasta ella para crear problemas significativos. No para usted directamente, porque no tengo información suficiente todavía para eso. Pero sí para algunos de los intermediarios que

me conectaron con usted, que a su vez tienen conexiones con usted que preferiría no ver expuestas.

Era una mentira construida con precisión quirúrgica. No había ningún documento sellado. Pero era exactamente el tipo de precaución que una persona inteligente habría tomado, y Monet era demasiado experimentado para no reconocerlo.

—Interesante —dijo, y en su voz no había ni aprobación ni desaprobación. Era una valoración pura, la del hombre que acaba de medir algo y registra el resultado—. ¿Y cuánto tiempo lleva planeando esta conversación?

—Tres meses desde que tuve su nombre. Seis meses antes de eso construyendo el contexto que me permitió obtenerlo.

—Nueve meses —dijo Monet.

—Nueve meses.

Monet depositó la taza vacía sobre el platillo con un movimiento completamente controlado, el de alguien que ha aprendido a no hacer ningún gesto sin intención.

—Trabajo con personas que necesitan algo de mí, señorita Dunstadt —dijo—. No con personas que me necesitan a mí para algo que yo no entiendo todavía. Y todavía no entiendo exactamente qué quiere usted construir. Entiendo los componentes. No entiendo la estructura.

—Es pronto para la estructura —dijo Helga—. La estructura requiere confianza, y la confianza requiere tiempo. Lo que puedo ofrecerle hoy es el primer componente: información sobre los procedimientos de verificación de dos operadores medianos del mercado formal que tienen relación con rutas que usted, presumiblemente, conoce desde el otro lado. Esa información le permitirá evaluar si lo que puedo aportarle tiene valor real o solo valor aparente.

Monet la miró un momento más.

—¿Y a cambio?

—A cambio, información equivalente sobre el lado que yo no veo. No operativa. Estructural. Quién es quién, cómo funcionan las relaciones, qué convenciones rigen ese mercado.

—Lo que me pide es un intercambio de inteligencia entre dos personas que no se conocen y que no tienen ninguna razón para confiar la una en la otra.

—Lo que le propongo es un intercambio de bajo riesgo para los dos, cuyo único propósito es establecer si existe base para algo de mayor alcance. Si la información que intercambiamos resulta útil para ambos, tenemos razón para seguir hablando. Si no, no hemos perdido nada que no pudiéramos perder.

Hubo un silencio de aproximadamente veinte segundos. Afuera, en la calle De Keyserlei, pasaba el tranvía con su sonido metálico y regular, y la tarde

de mayo entraba por los ventanales de la cafetería con esa luz larga del norte de Europa que hace que las cinco de la tarde parezcan las tres.

—Vuelva el jueves —dijo Monet—. A la misma hora. Sola, como hoy. Y tráigame algo concreto, no una descripción general de lo que podría traerme.

—De acuerdo —dijo Helga.

Se levantó, recogió su abrigo y su bolso, y fue hacia la puerta. Monet no se levantó ni la acompañó, lo cual era una forma de decirle que la reunión había terminado en sus términos y no en los de ella, lo cual era cierto y ambos lo sabían.

En la calle, caminando hacia la parada del tranvía con el sol de mayo todavía alto y el bullicio de la tarde en la arteria comercial más concurrida de Amberes, Helga hizo el recuento que hacía siempre al salir de una reunión importante: qué había obtenido, qué había cedido, qué había revelado que no pretendía revelar, qué había ocultado con éxito.

Había obtenido una segunda reunión, que era todo lo que necesitaba en esta etapa.

Había cedido información sobre sus métodos de investigación que era más de lo que habría preferido revelar, pero que era inevitable si quería que Monet la tomara en serio.

No había revelado el objetivo final, que era lo único que importaba proteger.

Y había ocultado con éxito la magnitud de lo que todavía no tenía: la posición, la estructura, la reputación construida. Todo lo que haría que el plan fuera posible estaba todavía en el futuro. Lo que había llevado a esa reunión era solo la comprensión del sistema. La comprensión, por sí sola, no era poder. Era solo el mapa. Y los mapas no llevan a ningún lugar si uno no empieza a caminar.

El jueves volvió. Y el jueves siguiente. Y el jueves después de ese.

Durante cuatro meses, Helga y Monet se reunieron en la misma cafetería a la misma hora, y construyeron un intercambio de información que era preciso, útil para los dos, y perfectamente equilibrado en términos de riesgo compartido: ninguno de los dos entregaba al otro más de lo que el otro ya podría obtener de otras fuentes con suficiente esfuerzo, pero ambos obtenían del intercambio algo que hubiera requerido meses conseguir por cuenta propia.

Lo que Helga obtuvo de esos cuatro meses fue el lado del mapa que los archivos de Nordia Transit no podían mostrarle: las rutas informales, los actores sin nombre en los registros oficiales, las convenciones no escritas del mercado paralelo, los márgenes reales de las operaciones que en la documentación formal aparecían con valores muy distintos. Era la información que completaba el mapa que había construido durante catorce meses.

Lo que Monet obtuvo fue acceso a información sobre los procedimientos de verificación del mercado formal que le permitió optimizar dos operaciones que llevaba meses resolviendo de manera subóptima, y la convicción creciente de que Helga Dunstadt era, en sus propios términos, alguien con quien valía la pena seguir hablando.

Lo que ninguno de los dos obtuvo, porque ninguno de los dos lo buscaba todavía, era confianza. Lo que tenían era algo más preciso y más frágil: utilidad mutua sostenida por la ausencia de mejores alternativas.

En la última reunión de septiembre, Monet llegó cinco minutos antes que ella por primera vez, lo cual era una variación en su patrón que Helga registró sin comentar.

—Tiene algo en mente que va más allá de lo que hemos hablado —dijo Monet, sin preámbulo, cuando ella se sentó.

—Sí —dijo Helga.

—¿Y cuándo va a decirme qué es?

—Cuando tenga la estructura necesaria para presentarlo de manera que sea creíble. Todavía me falta algo.

—¿Qué le falta?

—Una posición propia dentro del sistema. No como empleada de Nordia Transit. Como operador independiente con reputación suficiente para que el mercado me otorgue el nivel de confianza que necesito.

Monet la miró.

—¿Está pensando en fundar su propia empresa?

—Estoy pensando en fundar la empresa correcta, en el momento correcto, con el posicionamiento correcto —dijo Helga—. Lo cual no es lo mismo.

—¿Y cuánto tiempo necesita para eso?

—Tres años. Tal vez dos y medio si las condiciones son favorables.

Monet asintió muy despacio, con la expresión del hombre que acaba de recibir una confirmación de algo que ya calculaba.

—Cuando esté lista —dijo—, vuelva a verme. Con la estructura completa esta vez.

—Lo haré —dijo Helga.

Pagó su café, recogió su abrigo, y salió a la calle De Keyserlei bajo un cielo de septiembre que ya anunciaba el otoño con esa frialdad específica del norte de Bélgica, que no es el frío brusco del invierno sino su antesala deliberada, como si el clima también tuviera la costumbre de preparar el terreno antes de actuar.

Tenía un mapa completo, un interlocutor en el mundo que necesitaba conocer, y una claridad sobre los pasos siguientes que hacía semanas no tenía.

Lo que faltaba era construir. Y construir, siempre, requería empezar.

## CAPÍTULO 7

## La empresa

*Amberes, Bélgica. 2009–2011.*

Fundar una empresa en Bélgica requería, en términos estrictamente administrativos, entre dos y tres semanas. Fundar la empresa correcta requería otra cosa: un nombre que sonara a neutralidad profesional sin sonar a anonimato calculado, una estructura accionaria que fuera transparente sin ser reveladora, un posicionamiento en el mercado que ocupara un nicho real con demanda real, y una reputación construida desde el primer día con la paciencia del que sabe que la reputación no se compra ni se acelera.

Helga pasó cuatro meses en la fase de diseño antes de registrar nada.

El nombre lo decidió en una tarde de enero de 2009, en el apartamento de Berchem, con tres páginas de opciones descartadas sobre la mesa de la cocina. Polaris Diamond Consult. Polaris porque la estrella polar es el punto fijo sobre el que gira la navegación, y la navegación documental era exactamente lo que ofrecería la empresa: orientación en un sistema complejo para clientes que no querían perderse en él.

Diamond porque la especificidad del sector era su ventaja competitiva, la que ninguna consultora generalista podía replicar. Consult porque era la palabra que en el mercado europeo de servicios financieros especializados generaba el nivel correcto de expectativas: no una empresa de logística, no un despacho legal, sino algo intermedio y más sutil, un actor que entendía el sistema desde sus costuras.

Franco oyó el nombre por primera vez en el taller, un sábado por la mañana, mientras trabajaba en una piedra de talla esmeralda que requería una atención que repartía entre la piedra y la conversación con la facilidad de quien ha aprendido a hacer las dos cosas simultáneamente.

—Polaris Diamond Consult —repitió, sin levantar la vista de la piedra—. ¿Cuándo lo registras?

—La semana que viene. Ya tengo el notario.

—¿Y dejas Nordia Transit?

—En seis meses. Necesito salir de manera que Els no lo interprete como deserción. Que lo interprete como evolución lógica.

Franco depositó la herramienta sobre la mesa y miró a Helga con esa atención que tenía, directa sin ser invasiva.

—¿Le has dicho algo a Els?

—Todavía no. Se lo diré cuando tenga los primeros dos clientes confirmados. Así la conversación será sobre un hecho y no sobre una intención.

—¿Y tienes los dos clientes?

—Tengo uno confirmado y otro en proceso. El confirmado es un importador mediano de Gante que lleva dos años buscando a alguien que entienda sus procedimientos de certificación mejor que él. El segundo es una certificadora de Ámsterdam que necesita un consultor externo para revisar sus protocolos de trazabilidad.

Franco asintió despacio.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

Era la pregunta que Helga había esperado y para la que tenía una respuesta preparada, aunque no lo hubiera planeado conscientemente de esa manera. La respuesta preparada era: en nada, por ahora, gracias. Era la respuesta correcta desde el punto de vista de la seguridad operativa. Era también la respuesta que habría dado a cualquier otra persona que se lo preguntara.

—En nada por ahora —dijo—. Pero si en algún momento necesito una referencia del sector que no venga de mi trabajo en Nordia Transit, te lo digo.

—Cuando quieras —dijo Franco, y volvió a la piedra.

Lo que Helga no dijo, y lo que Franco no preguntó porque no era su hábito hacer preguntas que la otra persona no había invitado a hacer, era que Polaris Diamond Consult no era simplemente la evolución lógica de una carrera en el sector. Era la condición necesaria para todo lo que vendría después. Sin una posición propia, sin una reputación construida sobre esa posición, el plan que llevaba tres años madurando en su cuaderno de espiral no tenía punto de entrada. La empresa era la llave. Todo lo demás era lo que la llave abría.

Registró Polaris Diamond Consult en febrero de 2009, con un capital inicial de cuarenta y dos mil euros que había acumulado en cinco años de Nordia Transit mediante una combinación de ahorro sistemático, un bono anual que Els había gestionado para ella dos años consecutivos, y un préstamo personal de doce mil euros de un banco que no era el suyo habitual y que le concedió las condiciones que solicitó porque el plan de negocio que presentó era, en palabras del gestor que lo revisó, "inusualmente sólido para una empresa de primer año."

Los primeros seis meses fueron de construcción pura: diseño de los servicios, desarrollo de los materiales de presentación, construcción de una presencia en los foros sectoriales donde los actores del mercado diamantífero se reunían física o virtualmente para intercambiar información y contactos.

Helga asistió a cuatro conferencias en ese semestre, en Amberes, Ámsterdam, Ginebra y Londres, y en cada una de ellas hizo exactamente lo mismo: escuchó más de lo que habló, hizo preguntas precisas que demostraban conocimiento sin exhibirlo, y dejó tarjetas a personas específicas que había identificado de antemano como actores con los que valía la pena tener relación.

No intentó conseguir clientes en esas conferencias. Intentó ser recordada como alguien que sabía de lo que hablaba.

El segundo cliente confirmado llegó en agosto de 2009, tres semanas después de la conferencia de Ginebra: la certificadora de Ámsterdam firmó un contrato de consultoría de seis meses por dieciocho mil euros, que era un precio que Helga había calculado como el máximo que un cliente nuevo pagaría a una empresa de primer año sin referencias previas, y que era también suficiente para cubrir los costes operativos de Polaris durante ese periodo con un margen que, reinvertido en presencia sectorial, pagaría dividendos en el año siguiente.

Dejó Nordia Transit en octubre de 2009.

La conversación con Els fue exactamente como Helga la había planeado: breve, profesional, sin dramatismo. Els escuchó, revisó los términos de preaviso, confirmó que podían cubrirse las funciones, y dijo al final, con la economía emocional que la caracterizaba, que lamentaba perderla pero que entendía la lógica.

—Si en algún momento necesitas una referencia —dijo Els—, no dudes en pedírmela.

—Lo haré —dijo Helga.

No lo necesitaría. Pero la oferta era otro ladrillo en la pared de la reputación, y los ladrillos no se rechazan.

El año 2010 fue el año de la consolidación. Polaris Diamond Consult terminó el ejercicio con ocho clientes activos, unos ingresos de ciento cuarenta y dos mil euros y una reputación en el sector que Helga medía no por los ingresos sino por el tipo de llamadas que recibía: ya no eran clientes que la buscaban porque era la opción accesible sino clientes que la buscaban porque alguien en quien confiaban le había dado su nombre. Esa distinción, invisible en las cuentas pero determinante en la estructura del negocio, era el indicador que seguía con mayor atención.

En ese año también ocurrió algo que no había planeado con la misma precisión: Polaris comenzó a construir una reputación que iba más allá de lo que Helga había previsto en su modelo original. Dos de sus clientes la recomendaron a actores del mercado de primer nivel, el tipo de empresas que manejaban volúmenes que ninguna consultora de primer año debería alcanzar en tan poco tiempo.

Helga aceptó las reuniones con cuidado, presentó propuestas calibradas para no parecer excesivamente ansiosa ni excesivamente modesta, y cerró uno de los dos contratos: una empresa de comercialización de diamantes de talla con sede en Amberes y operaciones en Dubái y Mumbai, que necesitaba un consultor externo para revisar su estructura de cumplimiento documental en los tres mercados.

Era un contrato de noventa y seis mil euros por doce meses.

Era también, aunque el cliente no podía saberlo, el primero que le otorgaba acceso a la información que necesitaba para el siguiente nivel de su plan.

La noche en que firmó ese contrato, Helga fue al taller de Franco. No lo había llamado antes, simplemente apareció a las siete de la tarde con una botella de vino blanco alsaciano que sabía que a él le gustaba y que había comprado en la vinatería de la Nationalestraat que quedaba de camino.

Franco abrió la puerta con las manos todavía con el polvo fino del trabajo de pulido y la miró con la expresión de quien recibe algo inesperado y no sabe exactamente qué es.

—¿Qué celebramos? —preguntó.

—Un contrato —dijo Helga, entrando.

—¿Grande?

—Suficientemente grande.

Franco buscó dos vasos en el armario de la pequeña cocina adyacente al taller, los limpió con un trapo que probablemente no era el más indicado para esa función, y sirvió el vino con la seriedad levemente solemne que ponía en los gestos que consideraba merecían serlo.

—¿Por qué aquí? —preguntó, entregándole el vaso—. Podrías haber llamado a alguien de la empresa, o haber ido a un bar.

—No tengo a nadie de la empresa a quien llamar —dijo Helga—. Soy la única persona de la empresa.

—¿Y los clientes?

—Los clientes no son personas a quienes celebrar las cosas. Son el motivo de que haya cosas que celebrar, que es diferente.

Franco sonrió levemente y levantó su vaso.

—Por Polaris Diamond Consult —dijo.

—Por Polaris Diamond Consult.

Bebieron, y estuvieron un momento en el silencio del taller, con el olor a polvo de diamante y aceite de pulido que Helga había aprendido a reconocer como el olor específico de ese espacio, distinto a cualquier otro olor de la ciudad.

—¿Estás bien? —preguntó Franco.

Era una pregunta que él hacía con frecuencia, directa y sin adornos, y que Helga había aprendido a no responder con el automatismo con que respondía las mismas palabras de otras personas.

—Sí —dijo, después de un momento—. Pero es extraño celebrar algo que llevas tanto tiempo construyendo. Cuando llega el momento, ya estás pensando en lo siguiente.

—¿Y qué es lo siguiente?

Helga miró su vaso.

—Construir la reputación suficiente para que el sistema confíe en mí de la misma manera en que confía en los actores que llevan veinte años en él —dijo—. Eso no se acelera. Requiere tiempo y consistencia.

—Como el tallado —dijo Franco.

—Como el tallado.

Franco asintió, sin ironía, porque no era un hombre que usara la ironía como distancia.

—¿Cuánto tiempo más?

—Un año. Tal vez dos.

—¿Y después?

Helga lo miró. En los seis años que llevaban conociéndose, Franco nunca había preguntado más allá de lo que ella ofrecía voluntariamente. Que lo hiciera esa noche, con la pregunta más directa que le había hecho nunca sobre sus planes, le pareció un cambio de registro que no supo interpretar del todo.

—Después veremos —dijo.

Franco asintió de nuevo y no presionó. Era, pensó Helga, la respuesta más honesta que le había dado en meses. Y también, aunque no lo nombrara, la más incompleta.

Se quedaron otra hora en el taller, hablando de otras cosas: de una piedra excepcional que Franco había trabajado esa semana, de un libro que Helga había leído sobre la historia del mercado de gemas en la India mogola, de la lluvia que había empezado afuera con el ritmo habitual de Amberes en noviembre.

Cuando se fue, Franco la acompañó hasta la puerta y se quedó en el umbral mientras ella bajaba los tres escalones a la calle.

—Helga —dijo.

Ella se volvió.

—Me alegra que hayas venido aquí —dijo Franco.

No dijo nada más. No necesitaba decirlo. Helga lo miró un momento, asintió levemente, y echó a andar por la Hoveniersstraat bajo la lluvia de noviembre, sin paraguas como siempre, con la botella vacía en la bolsa y el contrato de noventa y seis mil euros firmado en su maletín y la certeza de que el plan, que llevaba años siendo una estructura abstracta en un cuaderno de espiral, había empezado a tener peso real en el mundo.

También tenía, aunque no lo pusiera en esos términos, la certeza de que esa noche había cruzado una línea que no era la del plan.

Era otra línea, más vieja y más difícil de trazar con precisión.

Y que haberla cruzado, a diferencia de todas las demás cosas que había cruzado en los últimos años, no era el resultado de un cálculo.

## CAPÍTULO 8

## La vigilancia silenciosa

*Europol, La Haya. Banco Nacional de Bélgica, Bruselas. 2011.*

Marko Navarre había aprendido a desconfiar de la elegancia.

Era una lección que tardó doce años en formularla con esa precisión, pero que había estado presente desde el principio de su carrera en la unidad de crimen financiero de Europol, desde la primera vez que un expediente llegó a su escritorio con los números perfectamente alineados y las explicaciones perfectamente coherentes y la sensación perfectamente articulada de que algo no encajaba sin que él pudiera decir exactamente qué.

En aquel primer caso resultó ser un esquema de facturación duplicada en el sector textil portugués que había pasado por tres auditorías externas sin que nadie lo detectara, precisamente porque las auditorías buscaban lo que era evidente y el esquema operaba en lo que no lo era.

Desde entonces, cada vez que un patrón era demasiado limpio, Navarre buscaba al que lo limpiaba.

Tenía cuarenta y cuatro años, era de origen esloveno y llevaba dieciséis en La Haya, donde vivía en un apartamento de dos habitaciones en el barrio de Scheveningen con una colección de novelas de detectives en papel que ocupaba dos paredes enteras y que sus colegas consideraban irónica dado su trabajo, aunque él no lo veía así: los detectives de ficción, argumentaba, pensaban mejor que los reales porque no tenían que rellenar formularios.

Era metódico hasta el extremo, fumaba en pipa en el balcón porque en el interior estaba prohibido, y tenía la costumbre, que sus colaboradores encontraban a la vez admirable e irritante, de no llegar a ninguna conclusión hasta que los datos la alcanzaban por sí solos.

El expediente que iba a cambiar el año 2011 llegó a su escritorio en marzo, derivado por la unidad de inteligencia financiera holandesa, con una nota de remisión que decía simplemente: *anomalías en flujos documentales del sector diamantífero belga, posible patrón sistémico, evaluación inicial requerida.* Era el tipo de nota que en Europol recibían decenas por semana y que la mayoría de las veces conducían a nada, o a algo tan menor que el coste de investigarlo superaba el beneficio de documentarlo.

Navarre lo leyó en veinte minutos, lo dejó sobre el escritorio, fue a buscar un café, y volvió a leerlo.

Lo que la nota describía no era un delito. Era una serie de irregularidades menores en la documentación de operaciones del mercado diamantífero belga durante el período 2009-2011: discrepancias de valor entre certificados de origen y facturas de destino que individualmente eran inferiores al umbral de alerta del sistema automatizado, pero que en conjunto, cuando uno los sumaba, representaban una cifra que no era menor. El problema era que nadie los había sumado, porque los datos estaban distribuidos entre tres organismos distintos —la aduana belga, el

registro mercantil de Amberes y la base de datos del Consejo Mundial del Diamante— que no tenían protocolo de intercambio de información en tiempo real.

Lo que había hecho la unidad holandesa era ensamblar los tres conjuntos de datos por primera vez. Y el resultado de ese ensamblaje era lo que Navarre tenía frente a él: un patrón que, visto en su totalidad, no se parecía a ningún error. Se parecía a un diseño.

Llamó a su colaborador directo, un analista de treinta y dos años llamado Pieter Hooft que tenía la virtud de ser rápido con los números y la paciencia necesaria para trabajar con Navarre, cuya lentitud deliberada en las conclusiones desesperaba a los analistas menos experimentados.

—Pieter —dijo, desde el umbral de su despacho—. Ven un momento.

Hooft apareció con su portátil bajo el brazo.

—¿El expediente diamantífero?

—Has leído la nota.

—La leí cuando llegó. —Hooft se sentó frente al escritorio de Navarre—. ¿Qué ve usted que yo no vea?

—No lo sé todavía. Eso es el problema. —Navarre señaló la nota con un dedo —. Estas discrepancias, ¿cómo las interpretas?

Hooft revisó las cifras un momento.

—Error de conversión de divisas, diferencia entre valor bruto y valor tras el tallado, o discrepancia intencionada dentro del margen de tolerancia del sistema.

—¿Y cuál de las tres?

—Los errores de conversión se distribuyen aleatoriamente. Los errores de tallado también. Estos no son aleatorios. —Hooft señaló una columna de números—. Mire la distribución. Siempre por debajo del umbral de alerta. Nunca por encima. La probabilidad estadística de que eso sea aleatorio es prácticamente cero.

—¿Cuánto tiempo llevas viendo esto?

—Desde que llegó la nota. Pero no quería decirlo antes de que usted lo viera también.

Navarre lo miró.

—La próxima vez dilo antes —dijo—. No trabajo mejor cuando la gente espera mi validación para opinar.

—De acuerdo —dijo Hooft, sin alterarse.

—¿Puedes rastrear el origen de las operaciones con mayor concentración de anomalías?

—Ya lo hice. —Hooft abrió el portátil y giró la pantalla hacia Navarre—. Hay tres operadores que aparecen de manera desproporcionada en las operaciones con discrepancias. Dos son importadores medianos con sede en

Gante y Rotterdam. El tercero es una consultora de Amberes llamada Polaris Diamond Consult. Fundada en 2009, directora única, una sola empleada administrativa a tiempo parcial. Facturación creciente, reputación sectorial aparentemente sólida.

—¿La directora?

—Helga Dunstadt. Alemana, de Duisburg. Treinta y un años. Formación en administración de empresas, Colonia. Antes de fundar Polaris trabajó cuatro años en Nordia Transit, una empresa de logística documental del sector diamantífero.

Navarre leyó el nombre en la pantalla sin comentarlo. Lo anotó en su bloc con la caligrafía pequeña y regular que usaba para las cosas que quería pensar más despacio.

—¿Tiene antecedentes?

—Ninguno. Ni siquiera una multa de tráfico.

—¿Y las dos importadoras?

—Tampoco. Son empresas con cinco y ocho años de actividad respectivamente, sin incidencias previas. Lo cual —Hooft hizo una pausa breve— podría significar que son víctimas de una manipulación externa de su documentación, o que son participantes que no dejan rastro.

—¿O que son pantalla? —dijo Navarre.

—También esa posibilidad.

Navarre se levantó, fue al balcón, encendió la pipa con la lentitud ritual que le era característica, y estuvo tres minutos mirando el canal que pasaba a media manzana sin decir nada. Hooft esperó, porque ya sabía que ese silencio era parte del proceso y que interrumpirlo era contraproducente.

—El problema —dijo Navarre finalmente, volviendo al interior— es que lo que tenemos no es un delito. Es un patrón. Y un patrón no se lleva al fiscal.

—¿Qué necesitamos para que sea un delito?

—Necesitamos saber qué se está moviendo, no solo cómo se mueve. El patrón documental sugiere una desviación de valor. Pero valor que va dónde, cómo, a través de qué estructura. Eso no está en los documentos de aduana ni en el registro mercantil.

—¿Y dónde está?

—En algún lugar que todavía no hemos mirado —dijo Navarre—. Lo cual significa que tenemos que encontrar a alguien que esté mirando desde otro ángulo.

El alguien que estaba mirando desde otro ángulo trabajaba en Bruselas, en el departamento de análisis de riesgo financiero del Banco Nacional de Bélgica, y se llamaba Diana Lamaitre.

Tenía cuarenta y nueve años, era de origen francófono, había estudiado econometría en la Universidad Libre de Bruselas y completado un doctorado

en Cambridge sobre estructuras de blanqueo en mercados de bienes tangibles que nadie fuera de su campo había leído pero que dentro de él era considerado una referencia.

Trabajaba con la intensidad de alguien que encuentra genuinamente interesante lo que hace, lo cual en su entorno era más raro de lo que debería ser, y tenía la costumbre de hablar rápido cuando algo la entusiasmaba y de quedarse en silencio absoluto cuando algo la perturbaba, sin estados intermedios apreciables.

Lo que la perturbaba en ese momento de abril de 2011 era un conjunto de datos que había estado construyendo durante seis meses y que no cuadraba con ninguno de los modelos que conocía.

Trabajaba sobre los flujos de valor en el mercado de bienes tangibles de alto precio en la región del Benelux, con foco especial en el sector diamantífero, porque era el sector con mayor opacidad documental y por tanto el más susceptible a estructuras de blanqueo sofisticadas. Su metodología era estadística: construía modelos de comportamiento esperado a partir de datos históricos y comparaba esos modelos con los datos actuales, buscando las desviaciones que excedían el rango de variación natural.

Lo que había encontrado en el sector diamantífero belga no era una desviación puntual. Era una desviación sistemática, distribuida de manera que ningún organismo de control individual podía verla en su totalidad, pero que sus modelos agregados identificaban con una claridad que le resultaba, al mismo tiempo, satisfactoria e inquietante.

Satisfactoria porque significaba que sus modelos funcionaban. Inquietante porque significaba que alguien con acceso a información estructural del sistema había diseñado una intervención que era prácticamente invisible para cualquier mecanismo de control convencional.

Ese jueves por la tarde, su asistente le pasó una llamada de La Haya.

—¿Diana Lamaitre? —dijo la voz al otro lado, en un francés con acento que no era de ningún país específico.

—Sí.

—Me llamo Marko Navarre. Trabajo en la unidad de crimen financiero de Europol. Nos han pasado un expediente sobre anomalías en el sector diamantífero belga que se solapa con trabajo que usted podría estar haciendo. ¿Tiene diez minutos?

Lamaitre miró la pantalla donde tenía abierto su modelo de distribución de desviaciones.

—Tengo más que diez minutos —dijo—. ¿Cuándo puede venir a Bruselas?

Navarre llegó a Bruselas el martes siguiente, a las diez de la mañana, con el expediente en papel porque era de la generación que imprime lo que quiere pensar bien. Lamaitre lo recibió en su despacho, que era un espacio de trabajo de densidad considerable: tres pantallas, dos impresoras, cuatro estantes con carpetas clasificadas por año y sector, y una pizarra en la pared

con un diagrama de nodos y conexiones que Navarre estudió durante un momento antes de sentarse.

—¿Cuánto tiempo lleva en esto? —preguntó, señalando la pizarra.

—Seis meses en el sector diamantífero. Dos años en el marco general.

—¿Y qué ve?

Lamaitre se levantó y fue a la pizarra con un rotulador en la mano, con el movimiento de alguien que piensa mejor de pie.

—Veo una intervención en el flujo de valor que opera en tres niveles simultáneos —dijo, señalando los nodos del diagrama—. El primero es el nivel documental: discrepancias menores entre valores declarados en distintos puntos de la cadena, siempre por debajo del umbral de detección automática.

El segundo es el nivel estructural: las discrepancias no son aleatorias, siguen un patrón de distribución que maximiza el desvío acumulado mientras minimiza la visibilidad individual. El tercero es el nivel temporal: el patrón empezó de manera muy gradual y ha ido escalando de forma que el sistema lo absorbe sin reaccionar porque el incremento en cada paso es inferior al ruido estadístico normal.

Navarre la escuchó sin interrumpir. Cuando terminó, abrió su expediente y puso tres páginas sobre la mesa de Lamaitre.

—Esto es lo que tenemos nosotros —dijo.

Lamaitre las leyó en silencio durante cuatro minutos. Navarre no habló durante esos cuatro minutos, lo cual Lamaitre apreció sin decirlo.

—Polaris Diamond Consult —dijo, sin levantar la vista de las páginas.

—¿La conoce?

—Aparece en mis datos desde hace dieciocho meses. Lo que no había podido establecer es si es el origen de las anomalías o simplemente el nodo con mayor concentración de ellas. —Levantó la vista—. Usted tampoco lo sabe todavía.

—No —admitió Navarre—. Lo que sé es que el patrón que usted describe y el expediente que yo tengo son el mismo animal visto desde lados distintos.

—¿Qué propone?

—Propongo compartir datos con un protocolo de confidencialidad estricto y establecer si la suma de lo que vemos cada uno nos da suficiente para construir un caso que un fiscal pueda sostener.

Lamaitre depositó las páginas sobre la mesa y miró a Navarre con la evaluación directa de quien no tiene tiempo para rodeos.

—¿Y si la suma nos da un caso que técnicamente podemos sostener pero que procesalmente conviene no llevar?

Era una pregunta que Navarre no esperaba en esa primera reunión. La mayoría de los analistas con quienes trabajaba no llegaban a esa pregunta

hasta mucho más tarde, cuando el expediente ya tenía nombre y apellido y el fiscal ya había sido informado.

—¿Por qué lo pregunta ahora? —dijo.

—Porque llevo seis meses estudiando este sector —dijo Lamaitre— y sé que cualquier exposición pública de una intervención de esta naturaleza y esta escala en el sistema de certificación diamantífero europeo tendría consecuencias en el mercado que los actores institucionales considerarían inaceptables. Lo cual significa que si llegamos a ese punto, vamos a enfrentar una resistencia que no va a venir del sospechoso sino del sistema que el sospechoso manipuló.

Navarre la miró durante un momento. Luego sacó la pipa del bolsillo, la miró, y la volvió a guardar porque estaba en un interior.

—Una cosa a la vez —dijo—. Primero construyamos el caso. Luego veremos quién quiere que no lo construyamos.

Lamaitre asintió, con la expresión de quien acepta una respuesta sin considerar que resuelve la pregunta.

Trabajaron durante cuatro horas ese día, con los datos de los dos sobre la mesa, construyendo la primera versión del mapa conjunto: dónde se solapaban sus datos, dónde se complementaban, dónde existían lagunas que ninguno de los dos podía llenar desde su posición actual. Al final de las cuatro horas tenían algo que no era todavía un caso pero que era más que un patrón: era una hipótesis con suficiente sustento para justificar una investigación formal.

Y en el centro de esa hipótesis, con la precisión geométrica de un punto focal, estaba el nombre de Polaris Diamond Consult y el de su directora única.

Navarre tomó el tren de regreso a La Haya a las seis de la tarde. En el trayecto abrió su bloc y escribió durante cuarenta minutos, con la caligrafía pequeña y regular de sus notas de trabajo, todo lo que había escuchado de Lamaitre y todo lo que había pensado mientras la escuchaba.

En la última página escribió una sola línea, que no era una conclusión sino una pregunta:

*¿Qué tipo de persona construye algo así, y por qué?*

No era una pregunta que el expediente respondería. Era el tipo de pregunta que solo se respondía cuando uno conocía a la persona. Y conocer a la persona requería tiempo que todavía no tenían, y cuidado suficiente para no asustarla antes de entender completamente lo que había construido.

Porque lo que había construido, eso ya estaba claro, no era un crimen ordinario.

Era una obra de ingeniería.

## CAPÍTULO 9

**La línea invisible**

*Amberes, Ámsterdam, Dubái. 2011–2012.*

El plan no tenía fecha de inicio porque no era el tipo de plan que se inicia. Era el tipo de plan que se convierte gradualmente en realidad hasta que en algún punto uno comprende, sin que haya habido un momento dramático ni una decisión singular, que ya no está en el lado del diseño sino en el lado de la ejecución. Helga cruzó ese umbral en el otoño de 2011, y lo cruzó de la misma manera en que se cruzan los umbrales que importan: sin ceremonia, casi sin notarlo, con la misma concentración con que había cruzado todos los pasos anteriores.

Lo que cambió en el otoño de 2011 no fue la naturaleza de las operaciones sino su escala y su propósito. Hasta ese momento, las modificaciones que introducía en los flujos documentales de sus clientes eran de naturaleza exploratoria: ajustes menores, verificaciones de reacción del sistema, construcción de comprensión. A partir de ese otoño, las modificaciones tenían un destino. No un destino dramático ni inmediato; un destino acumulativo, distribuido en el tiempo con la misma paciencia con que había construido todo lo anterior, pero un destino al fin.

El mecanismo era técnicamente simple y operativamente sofisticado. Polaris Diamond Consult prestaba servicios de consultoría documental a doce clientes activos que en conjunto procesaban un volumen considerable de operaciones de certificación y trazabilidad. Para cada uno de esos clientes, Helga gestionaba documentación que cruzaba entre tres y cinco puntos de la cadena del diamante. En cada cruce, existía un margen de variación aceptado por el sistema: entre el tres y el siete por ciento, dependiendo del tipo de operación y del mercado de destino. Dentro de ese margen, las discrepancias no generaban alertas.

Lo que Helga introducía era una desviación que, en cada operación individual, permanecía dentro del margen inferior del rango aceptable. Pero que, sumada a través de todas las operaciones de todos los clientes durante un período suficientemente largo, representaba un desvío acumulado de valor que fluía hacia una estructura que había construido con el mismo cuidado que había construido Polaris: una serie de entidades en jurisdicciones distintas, conectadas por relaciones documentales legítimas, que absorbían el valor desviado y lo integraban en flujos comerciales reales.

No era sencillo. Requería una atención constante a cuatro variables simultáneas: el volumen de cada operación, la distribución de las desviaciones entre clientes distintos para que ninguno concentrara una proporción anómala, el ritmo de acumulación en las entidades receptoras para que no superara los umbrales de reporte bancario, y la coherencia de toda la estructura con los flujos comerciales reales que la legitimaban. Era un trabajo de equilibrio continuo, ejecutado en silencio, sin asistentes, sin documentación interna que describiera lo que hacía.

El sistema no reaccionó en los primeros tres meses. Absorbió las anomalías como había hecho siempre, con la capacidad de digestión que Helga había medido durante años y que era, precisamente, la condición de posibilidad de todo lo demás.

En enero de 2012 hizo el primer balance real. No en un documento; en su memoria, que era el único lugar donde ese balance podía existir con seguridad. El resultado era coherente con sus proyecciones: el desvío acumulado en los primeros tres meses representaba aproximadamente el sesenta y dos por ciento de lo que había estimado para ese periodo. La diferencia respecto a la estimación no era un error del modelo; era la consecuencia de haber sido deliberadamente conservadora en los primeros meses para calibrar la respuesta del sistema antes de escalar.

Podía acelerar. Decidió no hacerlo todavía.

El cliente que le daba más acceso y más margen de maniobra era la empresa de comercialización con sede en Amberes y operaciones en Dubái y Mumbai, el contrato de noventa y seis mil euros que había firmado en noviembre de 2010 y que había renovado por otros doce meses con un incremento del quince por ciento que la empresa consideró razonable dado el valor que Polaris había aportado en el primer año. Ese cliente procesaba volúmenes de operación significativamente mayores que el resto, lo cual significaba que las desviaciones que Helga introducía en sus flujos, aunque proporcionalmente equivalentes a las de los demás clientes, tenían un valor absoluto mayor.

Era también el cliente con el que pasaba más tiempo en reuniones presenciales, porque su director de operaciones, un hombre belga de nombre Frederic Claes, consideraba que la consultoría de alto valor requería contacto regular y no solo intercambio de documentos. Helga asistía a esas reuniones con la puntualidad y la preparación que Claes esperaba, y las usaba para dos propósitos simultáneos: el explícito, que era revisar los procedimientos de cumplimiento y proponer mejoras que el cliente valoraba genuinamente, y el implícito, que era mantener una visibilidad directa sobre los flujos de información dentro de la empresa que le permitía calibrar si alguna de sus intervenciones estaba generando alguna conversación interna que no debería estar generando.

En ninguna de las reuniones de ese período detectó nada que sugiriera alarma.

En febrero de 2012, Claes la llamó un martes por la mañana, fuera del ciclo habitual de reuniones.

—Helga, necesito verte esta semana si puedes. Tenemos una situación con la documentación de la partida de Mumbai que quiero revisar contigo.

—¿Qué tipo de situación? —preguntó Helga, con la neutralidad que reservaba para las conversaciones que podían ser cualquier cosa.

—Nada grave. La certificadora de Mumbai ha cambiado su formato de reporte y hay algunas discrepancias con lo que nuestra aduana espera recibir. Probablemente sea un problema de traducción de formatos, pero quiero que lo revises tú antes de que lo vea alguien de la aduana.

—El jueves por la mañana puedo —dijo Helga.

—Perfecto. A las diez.

Colgó y estuvo treinta segundos mirando la pared de su despacho en Polaris, que para entonces ocupaba un espacio propio en la Italielei, a diez minutos caminando del Barrio Diamantífero. Treinta segundos era el tiempo que permitía que pasara entre una información y la primera evaluación de sus implicaciones.

El cambio de formato de la certificadora de Mumbai era exactamente lo que Claes decía que era: un problema de traducción de formatos. Lo supo antes de llegar a la reunión del jueves porque lo había verificado directamente con la certificadora el miércoles por la tarde, con la discreción de quien hace una consulta de rutina. Pero el hecho de que Claes hubiera identificado la discrepancia y hubiera considerado necesario revisarla con ella antes de que la aduana la viera era información relevante: significaba que el nivel de atención interna de ese cliente a las discrepancias documentales era mayor de lo que Helga había calculado.

Ajustó su modelo. No de manera drástica; de manera quirúrgica. Redujo en un veinte por ciento la frecuencia de las desviaciones en las operaciones de ese cliente específico durante los tres meses siguientes, mientras mantenía el ritmo en los demás. El resultado neto sobre el desvío acumulado era una reducción del ocho por ciento respecto a la proyección original para ese trimestre. Aceptable.

La reunión del jueves fue exactamente lo que debía ser: Helga revisó la documentación de Mumbai, identificó el origen del problema de formato, propuso una solución que el equipo de Claes podía implementar sin asistencia externa, y salió de la oficina cuarenta minutos después con la certeza de que ninguna de las conversaciones de esa mañana había rozado nada que no debiera rozar.

Franco la llamó esa tarde, lo cual era menos habitual que Helga llamando a Franco.

—¿Estás libre esta noche? —preguntó.

—Depende de para qué.

—Hay una exposición en el MAS. Objetos de la Ruta de la Seda. Pensé que te podría interesar.

El MAS era el Museo Aan de Stroom, el gran edificio de diez plantas junto al puerto antiguo que desde su apertura en 2011 se había convertido en el museo más visitado de Amberes. Helga había estado una vez, sola, en los primeros meses de apertura.

—¿A qué hora? —preguntó.

—A las siete. Hay una visita guiada con un historiador de Gante que según el programa conoce bien el período.

—De acuerdo.

La exposición ocupaba la cuarta planta del museo y seguía las rutas comerciales entre Asia y Europa desde el siglo diez hasta el quince, con objetos que incluían tejidos, especias, instrumentos de navegación, monedas y, en una vitrina central que Helga se detuvo a mirar más tiempo del que se había detenido en ninguna otra, varias piedras preciosas en distintos estados de elaboración: desde el bruto sin tratar hasta el tallado de mercado, con una tarjeta que explicaba la diferencia de valor en cada etapa.

El historiador era un hombre de unos sesenta años, de apellido Verstraeten, que hablaba el neerlandés con el acento específico de Gante y que tenía el don, poco frecuente en los académicos, de hacer que la historia económica sonara como algo que había ocurrido entre personas reales y no entre categorías abstractas.

—El secreto del comercio de piedras preciosas en la Edad Media —dijo Verstraeten, deteniéndose frente a la vitrina central— no era el objeto. Era la información sobre el objeto. Quien sabía identificar la calidad de una piedra antes de que existieran los instrumentos de certificación modernos tenía una ventaja que se traducía directamente en poder económico. El conocimiento era el activo. La piedra era solo el vehículo.

Franco miró a Helga.

Helga miraba la vitrina.

—¿Sigues ahí? —dijo Franco, en voz baja.

—Sigo —dijo ella.

Después de la visita guiada, caminaron por el puerto antiguo hacia el centro, con el frío de febrero sobre el Escalda y las luces del puerto reflejadas en el agua con esa calidad específica de las noches de invierno en las ciudades portuarias, que es una luz que no termina de ser reflejo ni de ser brillo sino algo entre las dos cosas.

—¿En qué pensabas delante de la vitrina? —preguntó Franco.

—En lo que dijo el historiador. Que el conocimiento era el activo y la piedra el vehículo.

—¿Y?

—Que eso sigue siendo verdad. Que en cuatrocientos años el principio no ha cambiado. Solo los instrumentos de certificación.

Franco caminó un momento en silencio.

—¿Cómo van las cosas en Polaris? —preguntó.

—Bien. El año pasado fue bueno y este empieza con solidez.

—¿Y estás conforme?

Era una pregunta que en boca de otra persona Helga habría respondido con una variante de sí, perfectamente. En boca de Franco requería un momento más de consideración, porque él preguntaba lo que preguntaba y no otra cosa.

—Estoy en el punto en que el trabajo que hago y el trabajo que tenía pensado hacer coinciden —dijo—. Eso no siempre ocurre.

Franco asintió.

—¿Y fuera del trabajo?

Helga lo miró.

—Estoy aquí —dijo.

Franco no respondió de inmediato. Caminaron media manzana más antes de que él dijera, con la sencillez que lo caracterizaba:

—Me alegra.

No dijo nada más, y Helga tampoco. Caminaron hasta la parada del tranvía de la Groenplaats y esperaron el cuatro juntos, con el frío de febrero entre ellos y alrededor de ellos, y cuando llegó el tranvía Helga subió y Franco se quedó en la parada porque él tomaba otra línea, y se miraron un momento a través del cristal antes de que el tranvía arrancara.

Fue en el tranvía, mirando las calles de Amberes pasar con la velocidad moderada del transporte urbano, cuando Helga hizo el recuento que hacía siempre al final de los días que contenían más de una cosa importante: qué había ocurrido, qué significaba, qué implicaba para lo que seguía.

El modelo funcionaba. El sistema seguía absorbiendo. El cliente más atento había mostrado una señal de alerta que ella había identificado, evaluado y neutralizado sin que el cliente lo supiera.

Y había pasado una noche en un museo con Franco, caminado por el puerto en febrero, y dicho estoy aquí cuando él preguntó fuera del trabajo, que era la respuesta más honesta que había dado en mucho tiempo y también, aunque no lo nombrara así, la que más le costaba sostener.

Porque estar ahí, en ese sentido, requería una atención que el plan no había previsto en su diseño original.

Y las variables no previstas en el diseño original eran, por definición, las más peligrosas.

## CAPÍTULO 10

## El uso de Franco

*Amberes, Bélgica. Marzo–abril de 2012.*

El problema surgió en marzo, con la precisión irritante de los problemas que aparecen cuando uno menos los necesita: en el momento en que el plan funciona bien y uno empieza, sin quererlo, a confiar en que seguirá funcionando bien.

La estructura que Helga había construido para absorber el valor desviado dependía de tres entidades jurídicas en jurisdicciones distintas, conectadas entre sí por relaciones comerciales documentadas y por flujos de facturación que eran reales en su forma aunque no completamente reales en su sustancia. La entidad central era una empresa de consultoría registrada en Luxemburgo que facturaba servicios de asesoría a Polaris y a dos de sus clientes; las otras dos eran una sociedad de inversión en las Islas del Canal y una empresa de importación de materiales industriales en Liechtenstein que existía desde 2008 y que tenía, por tanto, suficiente historia para no parecer reciente.

El problema era la entidad de Luxemburgo. Su directora nominal era una mujer de nacionalidad luxemburguesa que Helga había contratado a través de un despacho de servicios corporativos con la precaución habitual: la mujer firmaba lo que le enviaban, cobraba sus honorarios con puntualidad y no preguntaba nada que no debiera preguntar. Pero en marzo de 2012 esa mujer enfermó, y su incapacidad temporal activó un protocolo del despacho de servicios corporativos que requería nombrar un director sustituto con carácter urgente, lo cual a su vez requería una documentación que debía ser firmada por alguien con poder notarial suficiente en un plazo de diez días hábiles.

Helga no podía ser esa persona. Su nombre en la documentación de Luxemburgo habría creado un vínculo directo entre Polaris y la entidad luxemburguesa que hasta ese momento era exactamente el vínculo que la estructura había sido diseñada para no tener.

Necesitaba un nombre. Un nombre limpio, con presencia verificable en el sector, sin antecedentes de ningún tipo, cuya firma en un documento de designación temporal de director de una empresa de consultoría luxemburguesa fuera completamente irrelevante para cualquier investigador que pudiera llegar a mirarla.

El análisis duró menos de lo que debería haber durado. Eso, comprendería Helga meses después, era ya una señal que no supo leer en el momento.

Franco Van Basten tenía cuarenta y dos años, nacionalidad belga, residencia en Amberes, oficio de tallador de diamantes con taller propio en la Hoveniersstraat, sin antecedentes de ningún tipo, sin relación formal documentada con Polaris Diamond Consult, y una firma que aparecía ocasionalmente en documentación sectorial relacionada con su trabajo porque era uno de los talladores independientes de mayor reputación en el barrio.

Cumplía todos los criterios.

Lo que no estaba en ningún análisis era la conversación que debería tener con él. Franco no podía saber para qué firmaba realmente. Eso era condición no negociable. Pero tampoco podía firmar sin ninguna explicación, porque eso no era el tipo de hombre que era. Necesitaba una versión de la verdad

que fuera suficientemente real para que él la aceptara y suficientemente incompleta para que no viera lo que no debía ver.

Helga tardó tres días en construir esa versión. Era la parte del trabajo que más le costaba: no el diseño técnico, sino la ingeniería de lo que decía y lo que callaba cuando hablaba con personas que le importaban.

Lo llamó un miércoles por la tarde.

—¿Tienes tiempo mañana por la noche? —preguntó.

—Puedo hacer tiempo —dijo Franco—. ¿Qué pasa?

—Necesito pedirte un favor. Prefiero explicártelo en persona.

—¿Es algo complicado?

—No especialmente. Pero es importante para mí.

—¿Importante como en urgente, o importante como en que no quieres decirlo por teléfono?

Helga hizo una pausa de un segundo.

—Las dos cosas —dijo.

Quedaron en Chez Jules a las ocho. Franco llegó puntual, con el jersey azul marino y una expresión de atención tranquila que era su modo de estar presente en las conversaciones que consideraba que la requerían. Pidieron las papas fritas de costumbre y Helga fue directa, porque con Franco las introducciones largas nunca habían funcionado.

—Tengo una empresa en Luxemburgo que forma parte de la estructura de servicios de Polaris —dijo—. La directora nominal está de baja médica y el despacho que la gestiona me pide un sustituto temporal, entre cuatro y ocho semanas. Alguien cuyo nombre sea reconocible en el sector y que no tenga vínculo formal con Polaris.

Franco la miró.

—¿Por qué sin vínculo formal con Polaris?

—Porque la empresa luxemburguesa factura servicios a Polaris, y si el director nominal tiene vínculo formal con Polaris el regulador luxemburgués puede interpretarlo como una relación de partes vinculadas que requiere declaración adicional. Es un problema burocrático, no sustantivo.

—¿Y qué implicaría para mí exactamente?

—Firmar dos o tres documentos administrativos durante el período. Nada operativo, nada que requiera decisiones de tu parte. La empresa factura servicios de asesoría y no tiene actividad que requiera gestión activa.

Franco tomó un tenedorcillo, pinchó una papa frita sin comérsela, y la depositó de nuevo en el plato con la lentitud de quien piensa con las manos.

—¿Qué tipo de servicios de asesoría? —preguntó.

—Consultoría en procedimientos de certificación documental para operadores del sector de bienes de alto valor.

—O sea, lo mismo que hace Polaris.

—En esencia, sí. Es una extensión de la estructura de servicios.

—¿Y por qué no usas a alguien de dentro del sector? ¿Alguien que ya tenga relación de negocios con esa empresa luxemburguesa?

Era una pregunta buena. Franco siempre hacía las preguntas buenas, no porque fuera desconfiado sino porque pensaba con claridad y la claridad produce preguntas que apuntan al centro de las cosas.

—Porque cualquier persona con relación de negocios directa con la empresa luxemburguesa también tiene relación indirecta con Polaris, y eso recrea el problema que intento evitar. Tú eres del sector, tienes reputación, pero no tienes ninguna relación formal con ninguna de las dos entidades.

—¿Y si alguien me pregunta sobre la empresa luxemburguesa?

—La respuesta es que eres director nominal temporal de una consultora luxemburguesa, designado como medida de continuidad administrativa a petición de un cliente de Polaris. Es la verdad.

—¿Es toda la verdad?

Helga sostuvo su mirada sin desviarla.

—Es la parte de la verdad que es relevante para lo que te estoy pidiendo.

Franco dejó el tenedorcillo sobre el borde del plato y se recostó levemente en el taburete, con los brazos apoyados sobre la barra de formica y esa manera que tenía de ocupar el espacio sin expansión innecesaria.

—Helga —dijo.

—Dime.

—¿Hay algo que no me estás contando?

La pregunta llegó con la sencillez directa de siempre, sin acusación, sin suspicacia calculada. Era simplemente Franco preguntando lo que notaba, porque ese era su modo de estar en las conversaciones con personas que le importaban: sin rodeos, sin estrategia, con la misma honestidad que aplicaba a todo lo demás.

Helga no desvió los ojos.

—La estructura de servicios de Polaris es compleja —dijo—. No te la explico completa porque no es necesario que la entiendas completa para hacer lo que te pido, y porque explicártela requeriría un nivel de detalle sobre mis operaciones que prefiero mantener reservado, incluso contigo.

—¿Por qué incluso conmigo?

—Porque mezclar lo personal con lo profesional crea un tipo de exposición que prefiero evitar. No es desconfianza. Es precaución.

Franco la miró durante un momento sin decir nada. Afuera pasó un tranvía, y la luz de los faros barrió brevemente el interior de Chez Jules antes de disolverse.

—¿Y esa precaución también aplica cuando me pides que firme documentos de una empresa que no conozco? —dijo.

—Entiendo la contradicción —dijo Helga—. Me pides que confíe y al mismo tiempo te digo que la precaución me impide explicártelo todo. Lo entiendo si no te parece razonable.

—No es que no me parezca razonable —dijo Franco—. Es que me parece que estás siendo algo más que precavida.

—¿Qué crees que estoy siendo?

Franco lo pensó un momento, con la honestidad de quien no responde antes de saber lo que va a responder.

—Creo que hay algo en lo que trabajas que es más complicado de lo que has dejado ver en todos estos años. Y creo que este favor forma parte de eso. No sé qué parte, ni si es importante o marginal. Pero está ahí.

El silencio que siguió duró lo suficiente para que los dos lo sintieran.

—¿Y aun así me lo harías? —preguntó Helga finalmente.

—Te voy a hacer una pregunta antes de responder eso —dijo Franco—. Y quiero que la respondas sin la arquitectura que usas cuando no quieres que alguien entienda demasiado.

—De acuerdo.

—¿Esto puede causarme un problema real?

Helga midió cada sílaba de lo que respondió.

—En mi evaluación, no. No existe ningún escenario que yo pueda prever en que tu firma en ese documento te genere ninguna consecuencia. Y no te pediría algo que creyera que puede causarte un problema real.

—¿En tu evaluación?

—En mi evaluación.

Franco repitió las palabras en voz baja, casi para sí mismo, como si les estuviera midiendo el peso.

—Eso es una respuesta muy precisa —dijo.

—Sí.

—Más precisa de lo que sería si la respuesta fuera simplemente no.

—Sí —repitió Helga.

Franco asintió muy despacio. Tomó de nuevo el tenedorcillo, se comió la papa frita que había dejado antes, y luego miró a Helga con la expresión de alguien que ha llegado a una conclusión y ha decidido aceptarla.

—Cuando mi padre me enseñaba a tallar —dijo— había piezas que me dejaba terminar solo aunque veía que iba a cometer un error. Le pregunté una vez por qué no me corregía antes de que ocurriera. Me dijo que hay cosas que solo se aprenden haciéndolas mal. Que la corrección antes del

error no enseña nada porque el que aprende no entiende todavía qué es lo que se está evitando.

Helga lo escuchó sin interrumpirlo.

—No sé si esto es un error —continuó Franco—. No tengo suficiente información para saberlo, y tú no me la vas a dar esta noche. Pero te conozco desde hace seis años. He aprendido a distinguir cuando estás siendo precavida y cuando estás siendo algo diferente a precavida. Esta noche es lo segundo. Y aun así te voy a decir que sí, porque si en algún momento esto resulta ser algo que no debería haber firmado, prefiero ser yo quien cargue con eso que no haberte ayudado cuando me lo pediste.

Helga no respondió de inmediato. No porque no tuviera qué decir, sino porque lo que acababa de escuchar no era el tipo de cosa que se responde con las fracciones de verdad que había preparado para esa conversación.

—Franco —dijo finalmente.

—Dime.

—Gracias.

Era la respuesta más corta y más honesta que tenía disponible. Franco la miró un momento y luego asintió, con la sencillez de quien recibe un agradecimiento y lo toma por lo que es sin añadirle nada.

—¿Cuándo necesitas los documentos? —preguntó.

—La semana que viene.

—De acuerdo. Mándamelos cuando lleguen.

Siguieron cenando. Hablaron de otras cosas: de una exposición que habría en el MAS el mes siguiente, de un libro que Helga había empezado y no había terminado, del tiempo que en Amberes ese marzo no terminaba de decidir entre invierno y primavera. La conversación fue normal de la manera en que son normales las conversaciones entre dos personas que acaban de decirse algo importante y han decidido, por acuerdo tácito, no seguir tirando del hilo esa noche.

Los documentos llegaron de Luxemburgo la semana siguiente. Franco los firmó ante notario en Amberes sin hacer preguntas adicionales, con la puntualidad y la falta de drama que aplicaba a todo lo que consideraba un compromiso asumido, y los devolvió al despacho de servicios corporativos.

Helga los recibió confirmados tres días después y archivó la gestión en el expediente correspondiente con el mismo orden metódico con que archivaba todo lo demás.

En abril, cuatro semanas después, la directora nominal de Luxemburgo se reincorporó. Franco dejó de ser director sustituto sin que ningún evento marcara el final de ese período. Sin ceremonia, sin consecuencias visibles, con la absoluta normalidad de algo que en apariencia no había sido nada.

Esa misma semana, sin que ninguno de los dos lo supiera, la investigación de Navarre y Lamaitre había alcanzado un nivel de detalle que por primera

vez incluía el nombre de la entidad luxemburguesa entre las estructuras bajo análisis. El nombre de Franco Van Basten aparecería en su base de datos seis semanas después, en una nota marginal de un analista de apoyo que había rastreado la documentación de constitución del período de sustitución.

Navarre subrayó el nombre con su bolígrafo, anotó una pregunta al margen, y continuó con el expediente.

Esa noche, sin saber nada de lo que ocurría en La Haya, Franco y Helga cenaron juntos en un restaurante de la Vlaamsekaai que ninguno de los dos había visitado antes. Comieron bien, hablaron de cosas que no tenían que ver con el trabajo de ninguno de los dos, y cuando salieron a la calle con el frío de abril sobre el Escalda, Franco la tomó de la mano con la naturalidad de quien lleva tiempo pensando en hacerlo y ha decidido simplemente que es el momento.

Helga no retiró la mano.

Caminaron así hasta la parada del tranvía, y Helga miró las luces del puerto reflejadas en el río y pensó, sin buscarlo, en lo que Franco había dicho en Chez Jules: *prefiero ser yo quien cargue con eso que no haberte ayudado cuando me lo pediste.*

Él había elegido cargar. Sin saber con qué.

Y ella lo había dejado elegir.

Ese era el peso que ningún modelo había previsto. No la decisión técnica de usar su nombre, que tenía su lógica y su justificación y su evaluación de riesgo. Sino el momento exacto en que Franco le dijo que sabía que había algo que no le contaba, y ella no lo corrigió, y él decidió confiar de todas formas.

Ese momento no estaba en ningún modelo.

Y los momentos que no están en ningún modelo son los únicos que, con el tiempo suficiente, se vuelven irreversibles.

## CAPÍTULO 11

### La convergencia

*La Haya, Bruselas, Amberes. Otoño de 2012.*

La conferencia se llamaba Foro Europeo de Integridad Financiera y se celebraba cada dos años en Bruselas, en el Palais des Congrès, con la participación de reguladores, auditores, fiscales y analistas de una docena de países que durante tres días intercambiaban metodologías, compartían casos anonimizados y escuchaban ponencias sobre tendencias emergentes en crimen financiero transnacional. Era el tipo de evento que producía documentos de conclusiones que nadie leía completos y conversaciones de pasillo que valían más que cualquier ponencia.

Navarre asistía desde hacía ocho años porque era el tipo de persona que aparece en los eventos de su sector con la regularidad de quien considera

que el contacto directo con otros profesionales es parte del trabajo y no una obligación social que hay que gestionar.

Lamaitre asistía por primera vez, porque hasta ese año su trabajo había sido suficientemente autónomo para no requerir el tipo de red que esos foros construyen, pero el caso diamantífero había llegado a un punto en que necesitaba perspectivas externas que sus propios modelos no podían generar.

Se encontraron el primer día, en la pausa del mediodía, en la cola del bufé que el Palais des Congrès servía con la abundancia característica de los organismos institucionales belgas que consideran que la comida es un componente no negociable de cualquier evento serio.

Navarre la reconoció porque había buscado su fotografía en la página web del Banco Nacional antes de venir, lo cual era un hábito profesional que aplicaba a cualquier persona cuyo nombre conocía pero cuya cara no. Lamaitre lo reconoció porque él llevaba su credencial con el nombre en un lugar visible y ella había aprendido a leer credenciales a distancia sin que pareciera que las leía.

—Navarre —dijo ella, antes de que él dijera nada.

—Lamaitre —respondió él, con algo que no llegaba a ser sorpresa pero se le acercaba—. No esperaba encontrarla aquí.

—Ni yo a usted. Aunque debería haberlo esperado. —Tomó un plato y siguió avanzando en la cola—. ¿Cuántas veces ha venido a este foro?

—Esta es la octava.

—¿Y vale la pena?

—Las conversaciones de pasillo valen la pena. Las ponencias dependen del año.

—¿Y este año?

—Esta mañana hubo una sobre estructuras de blanqueo en mercados de materias primas que tenía dos ideas genuinamente nuevas y cuarenta minutos de relleno. Proporción aceptable.

Lamaitre sonrió levemente, con la expresión de quien reconoce una forma de evaluar las cosas que es parecida a la propia.

—¿Tiene mesa? —preguntó Navarre.

—Todavía no.

—La mía tiene dos sillas libres.

Se sentaron junto a una ventana que daba al jardín interior del Palais, con los platos y los vasos de agua y el murmullo de doscientas personas hablando de dinero y de cómo evitar que desaparezca sin rastro. La conversación comenzó con la cortesía profesional de dos personas que se conocen por nombre y expediente pero no por historia, y fue derivando, con la naturalidad de las conversaciones que tienen dirección propia, hacia el caso

que los dos llevaban meses trabajando desde lados distintos del mismo animal.

Fue Navarre quien llegó primero al punto.

—Tengo entendido que trabaja en estructuras de blanqueo en mercados de bienes tangibles —dijo.

—Desde hace dos años. Con foco en el Benelux desde hace uno.

—¿Y el sector diamantífero?

Lamaitre dejó el tenedor sobre el plato con el movimiento de alguien que ha decidido que la comida puede esperar.

—¿Qué sabe usted del sector diamantífero? —dijo.

—Lo suficiente para tener un expediente abierto desde hace dieciocho meses que no termina de convertirse en un caso —dijo Navarre—. ¿Y usted?

—Lo suficiente para tener un modelo estadístico que identifica una intervención sistemática en el flujo de valor del mercado belga que ningún organismo de control ha detectado de manera independiente. —Hizo una pausa—. ¿Tiene tiempo esta tarde?

—Toda la tarde —dijo Navarre.

A las cuatro, cuando las ponencias de la tarde habían comenzado y el Palais zumbaba con el sonido contenido de las salas en uso, Navarre y Lamaitre se instalaron en una sala de trabajo lateral que Lamaitre había reservado con la previsión de quien llega a los eventos sabiendo que las conversaciones importantes no ocurren en las salas principales.

Tenían sobre la mesa los portátiles de los dos, varios folios impresos con datos que cada uno había traído sin saber que el otro traía los suyos, y dos cafés que nadie había pedido formalmente pero que un auxiliar del Palais había depositado con discreción sobre la mesa en algún momento de la primera hora.

Lamaitre fue la primera en desplegar sus datos, con la eficiencia de quien ha organizado una presentación en su cabeza aunque no en ningún soporte.

—Mi modelo trabaja sobre desviaciones del comportamiento esperado en flujos de valor documentados —dijo—. Lo que estoy viendo en el sector diamantífero belga desde 2009 es una serie de desviaciones que individualmente permanecen dentro del margen de tolerancia del sistema de control, pero que en conjunto, cuando se agrega la información de múltiples operadores y múltiples períodos, representan una cantidad significativa de valor que no tiene destino trazable en los registros formales.

—¿Cuánto valor? —preguntó Navarre.

—Depende de los supuestos del modelo. En el escenario conservador, entre cuatro y seis millones de euros acumulados desde 2009. En el escenario más amplio, hasta once.

Navarre abrió su portátil y giró la pantalla hacia ella.

—Esto es lo que tenemos nosotros —dijo—. Tres operadores con concentración anómala de discrepancias documentales. Dos importadoras medianas. Y una consultora de Amberes.

Lamaitre miró la pantalla. Leyó el nombre de Polaris Diamond Consult y el de Helga Dunstadt sin cambiar la expresión, pero con la atención enfocada de quien acaba de ver algo que esperaba ver y cuya aparición confirma más de lo que desmiente.

—Polaris aparece en mis datos desde hace catorce meses —dijo—. Es el nodo con mayor concentración relativa de anomalías, pero también el más difícil de aislar porque opera como consultora, no como operador directo. Sus huellas están en la documentación de sus clientes, no en sus propias operaciones.

—¿Qué sabe de la directora?

—Helga Dunstadt. Treinta y dos años. Alemana. Cuatro años en Nordia Transit antes de fundar Polaris. Reputación sectorial sólida, sin incidencias previas de ningún tipo. —Lamaitre hizo una pausa—. Lo que me llama la atención no es lo que hay en su expediente. Es la calidad de la arquitectura que sus datos sugieren.

—¿A qué se refiere?

—A que lo que estoy viendo no es el trabajo de alguien que encontró una oportunidad y la aprovechó. Es el trabajo de alguien que estudió el sistema durante años, identificó sus vulnerabilidades estructurales, y diseñó una intervención que explota exactamente esas vulnerabilidades de la manera más eficiente posible. —Lamaitre miró a Navarre—. ¿Ha visto algo así antes?

Navarre pensó un momento antes de responder.

—Una vez. En 2007, un esquema de facturación triangular en el sector farmacéutico portugués. Pero ese tenía cuatro personas involucradas y dejó rastros en tres jurisdicciones distintas. Lo que usted describe es una sola persona.

—Eso es lo que los datos sugieren. Aunque no puedo descartarlo completamente.

—¿Tiene algo sobre el nombre Van Basten?

Lamaitre lo miró.

—¿Franco Van Basten?

—Apareció en nuestra base de datos en junio. Director nominal temporal de una de las entidades asociadas a la estructura. Tallador de diamantes, Amberes. Sin antecedentes.

—No está en mis modelos —dijo Lamaitre—. Pero si fue director nominal de una entidad de la estructura, su presencia ahí es o bien una coincidencia o bien un recurso de contingencia.

—¿Cuál cree usted?

—Creo que alguien con la arquitectura que estoy viendo no tiene coincidencias. Creo que ese nombre fue puesto ahí deliberadamente, en un momento específico, para resolver un problema específico. —Hizo una pausa —. Lo que no sé es si Van Basten lo sabe.

—¿Y si no lo sabe?

—Entonces es el eslabón más vulnerable de toda la cadena —dijo Lamaitre —. Y si hay alguien más en el sistema que sabe que ese nombre está ahí y que Van Basten no sabe por qué, eso lo convierte en un riesgo que no depende de Dunstadt.

Navarre anotó algo en su bloc con la caligrafía pequeña de sus notas de trabajo.

—¿Podemos construir un caso a partir de lo que tenemos? —preguntó.

Lamaitre se levantó, fue a la pequeña ventana de la sala lateral, y miró el jardín interior un momento antes de responder. Era el tipo de pausa que Navarre había aprendido a respetar: no indecisión, sino el tiempo que necesitaba para formular con precisión lo que ya sabía.

—Técnicamente, sí —dijo, sin volverse—. Con lo que tenemos cada uno y lo que tendríamos si combinamos nuestros datos formalmente, podemos construir un expediente que un fiscal podría llevar a instrucción. No es un caso perfecto; hay lagunas, especialmente en la conexión entre las anomalías documentales y el destino final del valor desviado. Pero es suficiente para iniciar una investigación formal con medidas cautelares.

—¿Pero? —dijo Navarre, porque había un pero en la manera en que ella había dicho todo lo anterior.

Lamaitre se volvió hacia él.

—Pero exponer públicamente una intervención de esta escala en el sistema de certificación diamantífero europeo significa admitir que ese sistema fue manipulado sistemáticamente durante tres años por una sola persona sin que ninguno de los organismos de control lo detectara. —Se sentó de nuevo —. El Consejo Mundial del Diamante, las certificadoras de primera línea, la aduana belga, Europol. Nadie lo vio. Y si nadie lo vio es porque el sistema tiene vulnerabilidades estructurales que esta persona identificó y explotó. Vulnerabilidades que siguen ahí.

—Eso no es razón para no perseguir el delito —dijo Navarre.

—No es razón jurídica. Pero es razón política. Y la política y la jurisprudencia no siempre van en la misma dirección. —Lamaitre lo miró directamente—. Estoy diciéndole lo que voy a encontrar cuando lleve esto a mis superiores. No lo que yo opino que debería ocurrir.

—¿Y qué opina usted que debería ocurrir?

—Opino que deberíamos construir el caso completo antes de tener esa conversación. Con las lagunas cerradas, con el destino del valor trazado, con la conexión entre Dunstadt y las entidades receptoras documentada de

manera que no admita interpretación alternativa. Si llegamos a ese punto, la presión política para no actuar tiene que superar la evidencia. Y eso es mucho más difícil de sostener.

—¿Cuánto tiempo necesita para cerrar sus lagunas?

—Tres meses. Quizás cuatro. Depende de si el Banco Nacional aprueba la colaboración formal con Europol, que requiere un protocolo que tardará lo que tarde.

—Yo puedo mover el protocolo desde mi lado —dijo Navarre—. ¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, ninguno de los dos actúa de manera que pueda alertar a Dunstadt de que existe una investigación. Si sospecha que la están mirando, va a modificar sus patrones de operación y vamos a perder seis meses de trabajo.

—De acuerdo —dijo Navarre—. ¿Confía en la discreción de su equipo?

—Confío en mi equipo —dijo Lamaitre—. ¿Y usted en el suyo?

—En Hooft sí. El resto no sabe suficiente del caso para que sea un riesgo.

—Bien. —Lamaitre cerró su portátil y recogió sus folios—. Entonces quedamos en esto: compartimos datos con protocolo de confidencialidad estricto, trabajamos en paralelo hacia el cierre de las lagunas de cada uno, y nos reunimos en un mes para evaluar el estado. ¿Le parece?

—Me parece —dijo Navarre.

Se dieron la mano con la formalidad breve de dos personas que han llegado a un acuerdo de trabajo y que saben que el acuerdo es el comienzo de algo más largo y más complicado que la conversación que acaban de tener.

Navarre tomó el tren de regreso a La Haya esa noche, con su bloc lleno de notas y la certeza, nueva y concreta, de que lo que hasta ese día había sido una hipótesis con nombre provisional era ya, con los datos combinados de los dos, algo que merecía otro nombre.

En el trayecto pensó en Helga Dunstadt, a quien no había visto nunca y de quien sabía lo que los documentos decían y lo que los documentos sugerían, que eran dos cosas muy distintas. Pensó en el tipo de paciencia que requería construir lo que ella había construido: cuatro años en Nordia Transit aprendiendo el sistema desde dentro, tres años construyendo Polaris, otro año antes de empezar a mover nada. Siete años de preparación para una operación que llevaba tres en ejecución y que todavía no había dado ninguna señal visible de inestabilidad.

Pensó también en Franco Van Basten, en ese nombre subrayado en su bloc desde junio, en la pregunta al margen que todavía no tenía respuesta: ¿sabe lo que firmó?

Y pensó en lo que Lamaitre había dicho con la precisión de quien mide cada palabra: si no lo sabe, es el eslabón más vulnerable de toda la cadena.

En Amberes, a esa misma hora, Helga Dunstadt revisaba el cierre mensual de Polaris Diamond Consult en su despacho de la Italielei, con la luz del escritorio como única iluminación y el ruido sordo de la ciudad de noche al otro lado de la ventana. Los números del mes estaban dentro de los parámetros. El sistema seguía absorbiendo. Nada en ninguna de sus líneas de información sugería ninguna perturbación.

Cerró el portátil a las once y cuarto, apagó la luz del despacho, y fue a casa por la ruta de siempre, cruzando el Barrio Diamantífero con sus portones cerrados y sus cámaras en ángulo preciso, pensando en la conversación que tendría con Franco el fin de semana, en el libro que había empezado y no había terminado, en si el tiempo terminaría por decidirse entre otoño e invierno antes de que noviembre acabara.

No pensaba en La Haya.

No tenía razón para hacerlo.

Todavía.

## CAPÍTULO 12

### La venganza de Monet

*Amberes, Bélgica. Enero–marzo de 2013.*

Monet lo supo en enero, por una vía que no era la que Helga habría predicho si hubiera podido predecirlo.

No lo supo porque alguien se lo dijera. Lo supo porque llevaba veintidós años en un mercado donde la información viaja de manera lateral, por rutas que no tienen nombre ni protocolo, y donde un hombre con los contactos correctos y la paciencia suficiente puede reconstruir la arquitectura de una operación que nadie le ha explicado simplemente observando los movimientos de las piezas durante el tiempo necesario. Monet era ese hombre.

Y los movimientos que había observado durante los últimos dos años, combinados con una conversación de noviembre con un intermediario de Rotterdam que sin querer reveló más de lo que pretendía sobre los flujos documentales de ciertos operadores del sector, le habían dado suficiente para construir una imagen que no era completa pero que era legible.

Alguien había usado su red. No directamente, no de manera que pudiera rastrear con documentación, pero sí de manera que sus operaciones habían servido de cobertura para flujos que él no había autorizado ni diseñado ni conocía en su totalidad. Y ese alguien tenía un nombre que ya conocía.

Llamó a Ruben, el intermediario que en su momento había conectado a Helga con él, un miércoles por la mañana. Ruben contestó con la prontitud de quien sabe que no contestar a Monet no es una opción viable.

—Necesito que me cuentes todo lo que sabes sobre Dunstadt —dijo Monet, sin preámbulo.

—¿Helga Dunstadt? ¿De Polaris?

—Esa.

—No sé mucho —dijo Ruben—. Fue ella quien me buscó, hace años. Me preguntó por usted con una discreción que me pareció profesional. Le di su nombre porque lo que me describió tenía sentido y parecía saber de lo que hablaba.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces nada. Que yo sepa, usted y ella tienen su relación de trabajo y punto. Yo no he vuelto a hablar con ella.

—¿Y en el sector? ¿Qué se dice de Polaris?

—Que es sólida. Que Dunstadt conoce el sistema mejor que la mayoría de los consultores que llevan el doble de tiempo. Que sus clientes la recomiendan. —Una pausa—. ¿Hay algún problema?

—Todavía no lo sé —dijo Monet—. Si lo hay, te aviso.

Colgó sin esperar respuesta.

Pasó las siguientes dos semanas hablando con tres personas más, cada una en conversaciones breves y aparentemente casuales que no mencionaban el nombre de Helga directamente pero que estaban diseñadas para extraer información sobre los flujos documentales de sus clientes y sobre los movimientos de valor que esos flujos habían generado en los últimos dos años. Lo que obtuvo de esas conversaciones fue suficiente para cerrar el mapa que había empezado a construir en noviembre.

La conclusión era la que había sospechado desde el principio: Helga había usado la cobertura que sus operaciones y sus contactos proporcionaban sin informarle. Sin preguntarle. Sin reconocerle el nivel de inteligencia suficiente para que su participación, aunque fuera indirecta, requiriera su conocimiento.

Un domingo por la tarde llamó a su socio de mayor confianza, un hombre de nombre Luc que operaba desde Lieja y que en veinte años de relación había aprendido que cuando Monet llamaba un domingo era porque la conversación no podía esperar al lunes.

—Tengo una situación —dijo Monet.

—Cuénteme —dijo Luc.

—Alguien que conozco del sector ha estado usando mi entorno sin mi conocimiento. No de manera directa. De manera indirecta, como cobertura para una estructura que yo no diseñé y cuyo alcance completo no conozco todavía.

—¿Quién?

—No importa el nombre por ahora. Lo que importa es cómo respondo.

Luc tardó un momento.

—¿Quiere recuperar lo que le corresponde o quiere establecer un límite?

—Las dos cosas no son mutuamente excluyentes —dijo Monet—. Pero si tengo que elegir una prioridad, es el límite.

—¿Y cuál es la forma más eficiente de establecerlo?

—La que cause el mayor impacto con el menor ruido posible —dijo Monet—. Y que no pueda rastrearse hasta mí con ninguna documentación que alguien pueda usar después.

—¿Cuánto tiempo tiene?

—El que haga falta. Pero prefiero antes de marzo.

—Déjeme hacer algunas llamadas —dijo Luc—. Le confirmo en tres días.

—Bien —dijo Monet, y colgó.

Fue a la ventana de su apartamento de Zurenborg y miró la fachada art nouveau del edificio de enfrente durante un momento, con las manos en los bolsillos y la expresión del hombre que ha tomado una decisión y la ha delegado con la precisión suficiente para que no requiera más atención de su parte hasta que esté ejecutada. Luego fue a prepararse una cena sencilla, porque era domingo y los domingos cenaba en casa.

Luc llamó el miércoles con la confirmación. La conversación duró cuatro minutos. Monet hizo dos preguntas de detalle, recibió dos respuestas satisfactorias, y cerró el asunto.

Helga lo supo antes de que nadie se lo dijera.

Era un miércoles de marzo, a las seis de la tarde, cuando su teléfono sonó con el número de Pieter, un conocido del sector que rara vez llamaba sin motivo. Contestó con la normalidad de siempre.

—Helga —dijo Pieter, con una voz que tenía algo que no era su tono habitual.

—Dime.

—He recibido una llamada de la policía esta tarde. Sobre Franco Van Basten.

Helga no dijo nada.

—Han encontrado... hubo un accidente esta mañana. En el Escalda. —Una pausa incómoda—. Helga, lo siento. Sé que eran... que se conocían bien.

—¿Qué tipo de accidente? —dijo Helga. Su voz era completamente plana.

—No tengo muchos detalles. La policía está investigando. Me llamaron porque Franco me había dado como contacto de referencia para asuntos del gremio, hace tiempo. —Otra pausa—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo Helga—. Gracias por avisar.

Colgó.

Estuvo de pie en el despacho de la Italielei durante un tiempo que no midió, con el teléfono en la mano y la luz del escritorio proyectando su sombra larga sobre la pared del fondo. El ruido de la ciudad al otro lado de la ventana era el mismo de siempre. La normalidad específica de las seis de la

tarde en Amberes en marzo, que es la hora y el mes en que la oscuridad llega antes de que uno esté listo para ella.

Esa noche llamó a Monet.

Él contestó al tercer tono, con la misma voz de siempre, sin ninguna variación que indicara que la llamada lo sorprendía o lo inquietaba.

—Señorita Dunstadt —dijo.

—Monet —dijo Helga. No había saludo en su voz. Tampoco acusación directa, porque la acusación directa en ese mundo no producía ningún resultado útil —. Necesito entender qué ocurrió.

—¿A qué se refiere?

—Se refiere a lo que usted ya sabe que me refiero.

Hubo una pausa de tres segundos.

—Las consecuencias de las decisiones no siempre son predecibles —dijo Monet—. Incluso para las personas más cuidadosas.

—Lo que ocurrió no fue una consecuencia no predecible —dijo Helga—. Fue una decisión.

—¿Tiene pruebas de eso?

—No. Y usted lo sabe.

—Entonces estamos teniendo una conversación sobre una hipótesis.

—Estamos teniendo una conversación sobre lo que los dos sabemos que ocurrió y sobre el hecho de que yo entiendo por qué ocurrió.

Otra pausa. Más larga.

—¿Y qué entiende? —dijo Monet.

—Entiendo que usé recursos que formaban parte de su entorno sin comunicárselo —dijo Helga—. Entiendo que eso, en su código de funcionamiento, no es aceptable independientemente del resultado. Y entiendo que lo que hizo fue su manera de comunicar eso.

—¿Y le parece una manera proporcionada?

—Le parece una manera irreversible —dijo Helga—. Que no es lo mismo que proporcionada.

—No —admitió Monet—. No es lo mismo.

—¿Por qué Van Basten? —dijo Helga, y era la primera vez en toda la conversación que su voz tenía algo que no era completamente plano—. Él no sabía nada. No era parte de ninguna estructura. Firmó unos documentos porque yo se lo pedí y él confiaba en mí. No tenía ninguna relación con su entorno.

—Tenía su nombre en un documento de una entidad que formaba parte de una estructura que operaba con mis recursos sin mi conocimiento —dijo Monet—. Eso lo conectaba con mi entorno independientemente de lo que él supiera o no supiera.

—Era un nombre nominal en un documento administrativo temporal —dijo Helga—. Duró seis semanas.

—Lo sé. Y si me hubiera informado de que ese nombre iba a estar ahí, y por qué, y durante cuánto tiempo, habría sido una variable que yo habría podido gestionar. No me informó. Por tanto, era una variable que no podía gestionar. —Una pausa—. En mi entorno, las variables que no puedo gestionar no son aceptables.

—Él no era una variable —dijo Helga.

El silencio que siguió a esa frase fue diferente a los anteriores. Más largo. Con una textura distinta.

—No —dijo Monet finalmente, y en su voz había algo que no era remordimiento pero que tampoco era la neutralidad completa de antes—. Para usted no lo era. Para mí, en ese momento, sí. Esa es la diferencia entre los dos mundos en los que usted ha operado simultáneamente durante años, señorita Dunstadt. En el mío, las personas que aparecen en la documentación de una estructura son variables. Siempre. Sin excepción. Si no quería que eso aplicara a alguien en particular, no debería haberlo puesto en la documentación.

Helga no respondió.

—Lo que construyó —continuó Monet, con una voz que era casi reflexiva— es notable. No lo digo como consuelo. Lo digo como evaluación profesional. La arquitectura, la paciencia, la escala. Es el trabajo más limpio que he visto en este sector en veinte años. Precisamente por eso, lo que hice no fue contra usted. Fue para establecer que nadie, independientemente de lo notable que sea lo que construya, opera dentro de mi entorno sin que yo lo sepa. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —dijo Helga.

—¿Y ahora?

—Ahora nada. No tengo ninguna acción disponible que no me cause más daño del que ya existe. Y usted lo sabe también.

—Sí —dijo Monet—. Lo sé. —Una pausa final—. Lamento que la persona que eligió fuera alguien que le importaba. Eso no estaba en mis cálculos.

—No —dijo Helga—. Tampoco en los míos.

Colgó.

Estuvo sentada frente a su escritorio durante una hora sin encender el portátil ni hacer ninguna llamada. La ciudad seguía con su ruido de noche, y la luz del escritorio seguía proyectando su sombra sobre la pared, y en algún lugar del Barrio Diamantífero el taller de la Hoveniersstraat estaba cerrado con el letrero de Van Basten & Zn. Diamantslijpers inmóvil en la puerta.

A las diez de la noche fue a De Tweesprong. Sabía que estaría cerrada a esa hora, pero fue de todas formas, porque a veces uno va a los lugares no

porque espere encontrar algo sino porque necesita estar en el lugar donde algo ocurrió para entender que ocurrió de verdad.

La librería tenía la persiana metálica bajada y una luz interior tenue que sugería que el propietario seguía adentro, como siempre, durmiendo en su silla o haciendo lo que hacía cuando no había nadie mirando. Helga se quedó en la acera durante un momento, con las manos en los bolsillos y el frío de marzo sobre la calle lateral de la Nationalestraat, mirando la persiana como si la persiana fuera a decirle algo que todavía no sabía.

No le dijo nada.

Volvió al día siguiente, cuando la librería estaba abierta. El propietario la miró desde su silla con el ojo que tenía por costumbre abrir para los clientes que conocía.

—Hace tiempo que no venía —dijo.

—Sí —dijo Helga.

—¿Y el otro? El tallador.

Helga lo miró.

—No va a venir más —dijo.

El propietario la observó con la sabiduría discreta de los hombres viejos que han visto suficiente para no necesitar que les expliquen las cosas.

—Lo siento —dijo, con sencillez.

—Gracias.

—¿Busca algo en particular?

Helga miró los estantes durante un momento.

—Un atlas —dijo—. De rutas comerciales medievales. Como el que teníamos antes.

—Lo recuerdo —dijo el propietario—. Se lo llevaron los dos juntos, a medias.

—Sí. ¿Puede buscar otro?

—Puedo intentarlo. Tarda.

—No importa —dijo Helga—. Tengo tiempo.

Salió a la Nationalestraat con las manos vacías y el frío de marzo en la cara. Caminó sin dirección fija durante media hora, por calles del centro que conocía desde hacía nueve años, hasta que llegó al Escalda sin haber planeado llegar al Escalda. Se detuvo en el borde del muelle y miró el río, que era ancho y oscuro y se movía con la indiferencia del agua ante todo lo que ocurre en sus orillas.

Pensó en la conversación de Chez Jules del año anterior. En la pregunta de Franco: *¿hay algo que no me estás contando?* En su propia respuesta: *en mi evaluación, no existe ningún escenario que yo pueda prever en que tu firma en ese documento te genere ninguna consecuencia.*

El escenario no estaba en su evaluación porque su evaluación no incluía la variable de Monet descubriendo la estructura y reaccionando de la única manera que Monet reaccionaba ante lo que interpretaba como falta de respeto. No lo había incluido porque la probabilidad era baja. Y la probabilidad baja, como sabía desde los doce años y los libros de la biblioteca municipal de Duisburg, no es probabilidad cero.

Franco no había elegido estar en el modelo.

Ella lo había puesto ahí.

Y él, con los ojos más abiertos de lo que ella había calculado, había decidido confiar de todas formas. Había dicho, con la sencillez que lo caracterizaba en todo: *prefiero ser yo quien cargue con eso que no haberte ayudado cuando me lo pediste.*

Él había elegido cargar.

Sin saber con qué.

El río seguía moviéndose. Las luces del puerto se reflejaban en el agua con la calidad específica de las noches de marzo en las ciudades portuarias, que es una luz que no termina de ser reflejo ni de ser brillo sino algo entre las dos cosas. Helga estuvo de pie en el muelle durante un tiempo que no midió, con el viento del Escalda en la cara y las manos en los bolsillos, y luego se dio la vuelta y caminó de regreso al centro, por las mismas calles de siempre, hacia la parada del tranvía cuatro.

La factura, comprendió en algún punto de ese camino, no siempre llega a quien la genera.

A veces llega a quien menos razón tiene de recibirla.

Y eso, que en cualquier análisis de riesgo es simplemente una variable de consecuencias no previstas, en la vida real no tiene nombre técnico.

Tiene solo el peso de saber que fue una decisión tuya, y que la tomaste, y que no puedes deshacerla.

## CAPÍTULO 13

## La verdad sin uso

*La Haya, Bruselas, Amberes. Primavera–verano de 2013.*

El expediente llegó al estado de completitud en abril, cuatro meses después de lo que Lamaitre había estimado en el Palais des Congrès. El retraso tenía dos causas: la primera, que cerrar las lagunas sobre el destino final del valor desviado requirió un nivel de colaboración entre jurisdicciones que ningún protocolo existente facilitaba con la velocidad necesaria; la segunda, que en enero había ocurrido algo que no estaba en ningún modelo ni en ningún cronograma, y que Navarre tardó tres semanas en incorporar a la investigación con la distancia analítica que el trabajo requería.

La muerte de Franco Van Basten no había sido un accidente. Lo determinó la policía belga en diez días, con una eficiencia que contrastaba con la duración de la investigación, porque los casos que parecen accidentes y no lo son dejan una clase específica de rastro que los investigadores con experiencia identifican con rapidez aunque no puedan siempre documentarlo con la precisión que los fiscales requieren. El caso quedó abierto, con un sospechoso probable que los investigadores belgas conocían por nombre y reputación y que no tenían manera de conectar formalmente con el evento sin una cadena de pruebas que se deshacía exactamente en el punto donde habría resultado útil.

Navarre leyó el informe de la policía belga en una tarde de febrero, con la pipa apagada sobre el escritorio porque había olvidado encenderla. Lo leyó dos veces. Luego llamó a Lamaitre.

—Van Basten —dijo, cuando ella contestó.

—Lo vi esta mañana —dijo Lamaitre.

—¿Cambia algo en nuestra investigación?

Hubo una pausa breve.

—Cambia lo que entendemos sobre la estructura —dijo Lamaitre—. Si lo que sugiere el informe belga es correcto, hay un tercer actor en este caso que no habíamos documentado con suficiente precisión. Alguien que sabía que Van Basten estaba en la documentación luxemburguesa y que tenía razones para actuar sobre eso.

—Monet —dijo Navarre.

—Probablemente. Pero probablemente no es suficiente para el fiscal.

—No. —Navarre miró el informe—. ¿Y Dunstadt? ¿Cree que lo sabía de antemano?

Lamaitre tardó en responder más de lo habitual.

—No lo creo —dijo finalmente—. Lo que creo es que puso a Van Basten en una posición que calculó como de riesgo mínimo, y que ese cálculo no incluyó la variable de que alguien más en la estructura tuviera acceso a esa información y razones para usarla. Eso no la exime de la responsabilidad de haberlo puesto ahí. Pero no es lo mismo que haberlo previsto.

—No —dijo Navarre—. No es lo mismo.

Cerró el expediente de Van Basten, lo puso en la carpeta reservada para los elementos que no podía incorporar formalmente a la investigación principal, y volvió al trabajo.

En abril, cuando el expediente estuvo completo, Navarre lo leyó de principio a fin en una sola sesión de seis horas, con el café frío a su lado y el bloc llenándose con la caligrafía pequeña de los días de concentración máxima. Era un expediente sólido: la arquitectura de la intervención de Helga estaba documentada desde los primeros experimentos en Nordia Transit hasta las operaciones de escala de Polaris, con la cadena de valor trazada desde las

anomalías documentales hasta las entidades receptoras en tres jurisdicciones. Cualquier fiscal competente podría llevarlo a instrucción.

Lo presentó a su superior directo esa tarde.

El superior de Navarre era un hombre de nombre Hendrik Brouwer que llevaba veintiséis años en Europol y que había aprendido, en ese tiempo, a distinguir los expedientes que eran lo que parecían de los que eran algo más complicado.

—Es sólido —dijo Brouwer, devolviendo el expediente sobre la mesa—. Técnicamente, es uno de los mejores que has traído en los últimos cinco años.

—Gracias —dijo Navarre, con la neutralidad de quien sabe que hay un pero y está esperando que llegue.

—Pero hay un problema que no está en el expediente.

—Lo sé.

—Cuéntame lo que sabes.

Navarre abrió su bloc.

—El sistema de certificación diamantífero europeo tiene vulnerabilidades estructurales que Dunstadt identificó y explotó durante tres años sin que ningún organismo de control lo detectara de manera independiente. Exponer públicamente la operación significa exponer esas vulnerabilidades de manera que el mercado no puede ignorar. Las consecuencias en términos de confianza en el sistema de trazabilidad, en el valor de los certificados de origen, en la estabilidad de precio de las partidas certificadas en los últimos tres años, son calculables y significativas.

—¿Cuánto significativas?

—Lamaitre estima que una exposición pública no gestionada podría generar una corrección de entre el ocho y el quince por ciento en el valor de mercado de partidas certificadas por los organismos involucrados. En un mercado de ochenta mil millones anuales, eso es una cifra que los actores institucionales no van a ignorar.

Brouwer asintió con la expresión del hombre que esperaba ese número y que no por haberlo esperado lo encuentra más fácil de manejar.

—¿Y el Banco Nacional belga?

—Lamaitre tiene el mismo problema con sus superiores. Me lo comunicó la semana pasada. Le pidieron que esperara instrucciones antes de proceder.

—¿Y qué instrucciones espera?

—Las que le permitan archivar el caso sin que parezca que lo están archivando —dijo Navarre, sin intentar suavizarlo.

Brouwer lo miró durante un momento.

—Eso es una lectura muy directa de la situación.

—Es la lectura correcta.

—Sí —dijo Brouwer—. Lo es. —Se levantó, fue a la ventana, y estuvo un momento con las manos en los bolsillos mirando el canal—. Marko, este expediente va a subir. Va a llegar a personas que tienen conversaciones con personas del sector que este expediente afecta directamente. Y esas personas van a pedir tiempo. Y el tiempo en estos casos funciona como lo que es: una forma de no decidir hasta que la presión para decidir disminuya.

—¿Y cuándo disminuye esa presión?

—Cuando el expediente deje de ser urgente. Cuando el mercado haya absorbido la existencia de la investigación sin que esta se haga pública. Cuando los actores involucrados hayan tenido tiempo de hacer los ajustes necesarios para que la exposición del sistema sea mínima.

—Lo que está describiendo —dijo Navarre— es que el sistema que Dunstadt manipuló se convierte en la razón por la que Dunstadt no puede ser juzgada.

Brouwer lo miró desde la ventana.

—Lo que estoy describiendo es la realidad operativa de una investigación que afecta a instituciones con las que Europol necesita mantener relaciones de colaboración a largo plazo. —Hizo una pausa—. No te estoy diciendo que no proceda. Te estoy diciendo lo que va a ocurrir cuando procedas, para que no te sorprenda.

—¿Y si no me importa que ocurra?

—Entonces procede. Y documenta cada paso del proceso de manera que quede claro que la decisión de no actuar, si esa decisión se toma, no fue tuya.

Navarre recogió el expediente de la mesa.

—¿Eso es un consejo o una instrucción?

Brouwer volvió a su silla.

—Es las dos cosas —dijo.

La reunión con los supervisores de Lamaitre en el Banco Nacional tuvo lugar una semana después, en Bruselas, en una sala de juntas con vistas al parque y una mesa de madera clara sobre la que cuatro hombres de entre cincuenta y sesenta años revisaron el expediente con la atención de quien lee algo que entiende perfectamente y que preferiría no haber entendido.

El director de análisis de riesgo del Banco, un hombre de apellido Descamps que había pasado treinta años construyendo relaciones con los actores del mercado financiero europeo, fue el primero en hablar cuando terminaron de leer.

—El trabajo es impecable, Diana —dijo, con la cordialidad de quien entrega un elogio que sirve de colchón—. Metodológicamente impecable.

—Gracias —dijo Lamaitre, con la misma neutralidad que Navarre había usado con Brouwer.

—El problema no es el trabajo. Es lo que el trabajo implica si se hace público.

—El problema —dijo Lamaitre— es que una persona manipuló el sistema de trazabilidad diamantífera europea durante tres años, desvió un valor que estimamos entre cuatro y once millones de euros, y utilizó de manera indirecta a una persona que no sabía lo que firmaba y que ahora está muerta. Ese es el problema central. Lo que implica procesarlo es una consecuencia del problema, no el problema en sí.

Descamps la miró con la paciencia de quien ha escuchado argumentos morales en reuniones de gestión durante tres décadas y ha aprendido a respetarlos sin dejar que determinen el resultado.

—Tienes razón en lo que describes —dijo—. El problema es que el sistema de trazabilidad diamantífera no es solo un mecanismo de control. Es un instrumento de confianza institucional sobre el que descansa el valor de una cantidad de partidas certificadas que circulan en este momento en el mercado europeo y global. Si ese instrumento es cuestionado públicamente, la respuesta del mercado no va a ser proporcional a la magnitud real de la intervención de Dunstadt. Va a ser proporcional al miedo, que es una variable que no controla ningún organismo regulador.

—¿Y la persona muerta? —dijo Lamaitre—. ¿Esa variable también se gestiona?

Nadie respondió de inmediato. El silencio en la sala de juntas tuvo la calidad específica de los silencios que contienen algo que todos saben y que nadie quiere ser el primero en nombrar.

—La muerte de Van Basten —dijo finalmente Descamps— es un asunto que corresponde a la policía belga, no al Banco Nacional. Nuestro mandato es la estabilidad financiera, no la investigación criminal.

—El expediente que tienen frente a ustedes conecta las dos cosas —dijo Lamaitre.

—El expediente conecta las dos cosas de una manera que, si se hace pública, desestabiliza la primera sin garantizar que la segunda sea resuelta. —Descamps juntó las manos sobre la mesa—. Lo que te voy a pedir, Diana, es que nos des tiempo. Treinta días para evaluar con los organismos del sector cuál es la manera de proceder que minimiza el daño sistémico sin comprometer la esencia de la investigación.

—Treinta días en los que Dunstadt sigue operando.

—Treinta días en los que evaluamos las opciones disponibles.

Lamaitre miró a Descamps, luego a los otros tres hombres en la mesa, luego de nuevo a Descamps.

—De acuerdo —dijo—. Treinta días. Con la condición de que cualquier decisión que se tome en ese período sea documentada y no pueda ser atribuida a una iniciativa unilateral mía.

—Por supuesto —dijo Descamps.

Lamaitre llamó a Navarre esa misma tarde, desde el coche camino a la estación de Bruselas-Central.

—Treinta días —dijo, cuando él contestó.

—Lo mismo que Brouwer —dijo Navarre.

—¿Coincidencia?

—No creo en las coincidencias en estas circunstancias. Creo que hablaron antes de que habláramos nosotros con ellos.

Lamaitre miró por la ventana del coche el tráfico de Bruselas en la tarde, con esa calidad de luz de mayo que hace que todo parezca más limpio de lo que es.

—¿Qué hacemos con los treinta días? —preguntó.

—Documentamos —dijo Navarre—. Todo. Cada conversación, cada instrucción, cada solicitud de espera. De manera que si esto termina en un archivo sin resolución, quede claro exactamente quién tomó cada decisión.

—¿Y Dunstadt?

Navarre tardó un momento.

—Dunstadt va a saber que existe la investigación antes de que termine el mes —dijo—. No porque se lo vayamos a decir. Sino porque tiene suficiente inteligencia estructural del sistema para detectar que algo ha cambiado en el patrón de atención que reciben sus operaciones. Cuando lo detecte, va a modificar sus patrones. Y cuando modifique sus patrones, la ventana para actuar se va a cerrar.

—¿Y si la reunimos antes de que eso ocurra?

—¿Con qué propósito?

—Con el propósito de establecer que sabemos —dijo Lamaitre—. No como acusación formal. Como comunicación. Que ella sepa que nosotros sabemos, y que nosotros sepamos que ella sabe que sabemos. Y ver qué hace con esa información.

Navarre estuvo un momento en silencio.

—Es un movimiento inusual —dijo.

—Es un caso inusual —dijo Lamaitre—. Y tenemos treinta días en los que no podemos hacer nada formal. Pero nadie nos impide tener una conversación.

La reunión con Helga Dunstadt se celebró dos semanas después, en las oficinas de Polaris Diamond Consult en la Italielei, sin registro oficial, sin presencia de abogados, sin ningún elemento que le diera a ese encuentro la forma de un acto procesal. Navarre y Lamaitre llegaron a las once de la mañana. Helga los recibió con la puntualidad de siempre, les ofreció café con la naturalidad de quien recibe a clientes habituales, y los condujo a la sala de reuniones que tenía junto al despacho principal.

La sala era pequeña y funcional: una mesa, cuatro sillas, una ventana que daba a la Italielei con el tráfico moderado de una mañana de martes. Sobre

la mesa, Helga había puesto tres vasos de agua además del café, lo cual era el tipo de detalle que Navarre catalogó como señal de que ella sabía que la reunión iba a durar más que un intercambio breve.

Navarre dejó sobre la mesa, sin decir nada, tres páginas del expediente. No las páginas más comprometedoras; las que describían la arquitectura general de la intervención con suficiente precisión para que cualquier persona con el conocimiento del sistema que Helga tenía entendiera exactamente qué representaban.

Helga las tomó. Las leyó con la calma de quien lee algo que no le resulta completamente sorpresivo pero cuya existencia en papel tiene un peso distinto al de la misma información en abstracto. Las dejó sobre la mesa con la misma calma.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Dieciocho meses de investigación activa —dijo Navarre—. Con datos que cubren desde 2009.

—¿Cuánto tienen?

—Suficiente para instrucción —dijo Lamaitre—. Con lagunas que podríamos cerrar con tiempo adicional, pero suficiente para instrucción.

Helga asintió muy despacio, como quien confirma una evaluación que había hecho antes de que llegaran.

—¿Y por qué están aquí en lugar de en el juzgado? —preguntó.

Navarre la miró directamente.

—Porque el sistema que usted manipuló tiene suficientes defensores en suficientes posiciones de poder como para que el camino entre este expediente y un juzgado sea más complicado de lo que debería ser.

—¿Me están diciendo que no van a proceder?

—Le estamos diciendo que el proceso de decisión sobre cómo proceder está en manos que no son las nuestras —dijo Lamaitre—. Y que quisimos que supiera que existe el expediente antes de que esas manos tomaran su decisión.

—¿Por qué?

Lamaitre consideró la pregunta con la honestidad que le era característica.

—Porque me parece que alguien que construyó lo que usted construyó merece saber que fue visto —dijo—. Independientemente de lo que ocurra después.

Helga las miró a los dos durante un momento. Luego miró las tres páginas sobre la mesa, el café que ninguno de los tres había tocado, la ventana con el tráfico de la Italielei al fondo.

—Van Basten —dijo finalmente, con la voz que tienen las palabras que se han sostenido mucho tiempo antes de pronunciarse.

—Está en el expediente —dijo Navarre—. Como víctima de una consecuencia de la estructura, no como partícipe. El informe belga es claro en ese punto.

—¿Y Monet?

—Monet es una hipótesis bien fundamentada que no tenemos manera de convertir en imputación formal en este momento —dijo Navarre—. Eso puede cambiar. O puede no cambiar.

Helga asintió. No preguntó más sobre Monet, lo cual era la respuesta que Navarre había esperado: ella sabía que él sabía, y los dos sabían que esa cadena terminaba donde terminaba.

—¿Qué esperan de mí ahora? —preguntó.

—Nada —dijo Lamaitre—. Esta no es una negociación ni una advertencia formal. Es una conversación entre tres personas que conocen los mismos hechos desde perspectivas distintas.

—¿Y si continúo operando?

—Eso depende de las decisiones que tomen otras personas en las próximas semanas —dijo Navarre—. No de nosotros.

Helga recogió las tres páginas, las alineó con precisión sobre la mesa, y las devolvió a Navarre.

—Me parece que el café ya está frío —dijo.

—No importa —dijo Navarre, tomando las páginas.

Se levantaron. Helga los acompañó hasta la puerta de la oficina con la misma naturalidad con que los había recibido, como si la conversación que acababan de tener fuera del tipo que termina con una despedida ordinaria y no con el peso específico de tres personas que saben que lo que no se dijo en esa sala es más grande que lo que sí se dijo.

En el ascensor, cuando las puertas se cerraron, Lamaitre miró a Navarre.

—Es la persona más inteligente que he conocido en mi vida —dijo.

Navarre no respondió. Miró los números del panel mientras el ascensor bajaba, con la pipa en el bolsillo que no encendió porque estaban en un interior, pensando en la pregunta que había escrito en su bloc seis meses atrás en el tren de regreso a La Haya: *¿qué tipo de persona construye algo así, y por qué?*

Ahora sabía el tipo de persona. Seguía sin saber completamente el por qué.

Y tenía la sensación, que no podía documentar ni incluir en ningún expediente, de que el por qué era la parte más importante de todo.

Afuera, en la Italielei, llovía sobre Amberes con la lluvia de junio que no tiene la paciencia de la de octubre pero tampoco la brevedad de la de mayo. Navarre levantó el cuello del abrigo y Lamaitre abrió su paraguas, y caminaron en silencio hasta el coche con el expediente bajo el brazo de Navarre y la certeza compartida, aunque ninguno de los dos la formulara en

voz alta, de que lo que habían construido durante dieciocho meses de trabajo iba a terminar de una manera que ninguno de los dos habría elegido.

Y que eso no era culpa del expediente.

Era culpa del sistema que el expediente describía.

El mismo sistema que Helga Dunstadt había comprendido, desde una habitación con libros subrayados en un barrio cansado del norte de Duisburg, mejor que cualquiera de las personas que lo administraban.

## CAPÍTULO 14

## El silencio

*Amberes, Bélgica. Otoño de 2013.*

Los treinta días se convirtieron en noventa. Los noventa en seis meses. En septiembre de 2013, cuando el verano europeo terminaba con esa transición gradual que en Amberes no tiene fecha precisa sino una acumulación de tardes que van perdiendo luz hasta que un día uno se da cuenta de que ya es otoño, el expediente de Polaris Diamond Consult seguía abierto en los servidores de Europol y del Banco Nacional de Bélgica, clasificado con el estado de investigación en curso, que en la práctica significaba que nadie lo había cerrado formalmente porque cerrarlo requería una decisión que nadie estaba dispuesto a tomar, y nadie lo había llevado al fiscal porque llevarlo requería la misma decisión por caminos distintos.

Navarre había documentado cada semana de ese período con la meticulosidad que Brouwer le había recomendado: cada solicitud de espera, cada consulta con organismos del sector, cada conversación en la que alguien con autoridad suficiente le había pedido, con la cortesía permanente de las instituciones que no quieren dejar rastro de sus preferencias reales, que esperara un poco más. El resultado era una carpeta paralela al expediente principal que era, en sí misma, un documento sobre la manera en que los sistemas institucionales digieren las verdades que no pueden manejar: no rechazándolas, sino demorándolas hasta que pierden urgencia.

Lamaitre había hecho lo mismo desde Bruselas, con la misma meticulosidad y la misma frustración contenida que Navarre reconocía en sus llamadas semanales, que eran más cortas que al principio no porque hubiera menos que decir sino porque lo que había que decir era siempre una variante de lo mismo.

—¿Algo nuevo? —preguntaba Navarre.

—Nada nuevo —decía Lamaitre—. ¿Y desde tu lado?

—Nada nuevo.

Era una conversación que los dos tenían con la regularidad de un ritual, y que cumplía la misma función que los rituales: no producir resultados sino mantener la estructura mientras los resultados no llegaban.

En octubre, Brouwer llamó a Navarre a su despacho.

—Siéntate —dijo, con la brevedad de quien tiene algo que decir y no necesita preámbulo.

Navarre se sentó.

—El expediente va a ser reclasificado —dijo Brouwer—. No archivado. Reclasificado como investigación de seguimiento a largo plazo, con revisión anual. Lo cual significa que sigue abierto en términos formales pero que no tiene recursos activos asignados.

—¿Y en términos prácticos?

—En términos prácticos, que no se va a actuar sobre él en el horizonte previsible.

Navarre miró a Brouwer durante un momento.

—¿Puedo preguntar qué cambió?

—No cambió nada. Eso es exactamente el problema. —Brouwer se recostó en su silla—. Los treinta días se convirtieron en seis meses y en seis meses nadie con autoridad suficiente encontró una manera de proceder que no implicara consecuencias sistémicas que nadie quiere asumir. En ese contexto, mantener el expediente en estado activo indefinidamente genera más fricción institucional de la que genera valor investigativo.

—¿Y si Dunstadt reanuda las operaciones a escala?

—Si hay evidencia nueva de actividad de escala, el expediente se reactiva —dijo Brouwer—. Eso está documentado. No es un archivo definitivo.

—Es un archivo indefinido —dijo Navarre—. Que es funcionalmente lo mismo.

Brouwer no respondió a eso. Que no respondiera era, en sí mismo, una respuesta.

—Hay algo más —dijo Brouwer, después de un momento—. Quiero que vayas a Amberes. A verla.

Navarre lo miró.

—¿Con qué propósito?

—Con el propósito de cerrar el ciclo de la investigación de una manera que quede documentada. Que ella sepa que el expediente existe, que sabe que existe, y que sabe que nosotros sabemos que sabe. Eso ya ocurrió en junio. Lo que no ha ocurrido es la conversación de cierre.

—¿Y qué se dice en una conversación de cierre de este tipo?

—Lo que consideres necesario —dijo Brouwer—. No es una instrucción sobre el contenido. Es una instrucción sobre el hecho de que ocurra.

Navarre llamó a Lamaitre esa tarde.

—Brouwer quiere que vayamos a verla —dijo.

—Descamps me pidió lo mismo esta mañana —dijo Lamaitre—. Con las mismas palabras que imagino usó Brouwer: cerrar el ciclo.

—¿Coincidencia?

—No creo en las coincidencias en estas circunstancias —dijo Lamaitre, repitiendo lo que Navarre le había dicho en mayo con la misma entonación exacta.

—¿Cuándo?

—La semana que viene. Si ella acepta reunirse.

Helga aceptó sin demora, lo cual no sorprendió a ninguno de los dos. La reunión se fijó para un jueves de octubre, de nuevo en las oficinas de Polaris Diamond Consult, de nuevo sin registro oficial, sin abogados, sin ningún elemento procesal. Pero esta vez con una diferencia que Navarre notó desde que entró: Helga había reorganizado la sala de reuniones. No de manera dramática; simplemente había cambiado la disposición de las sillas, de manera que los tres quedaban en lados distintos de la mesa triangular en lugar de los dos investigadores frente a ella. Era un detalle menor que significaba algo que no era menor: ella no iba a sentarse en el lado del interrogado.

El café estaba caliente esta vez. Tres tazas, preparadas antes de que llegaran.

—¿Cómo está Polaris? —preguntó Navarre, cuando se sentaron, porque le pareció que era el lugar correcto para empezar.

—Bien —dijo Helga—. El tercer trimestre cerró dentro de los parámetros habituales.

—¿Parámetros habituales de qué período? —preguntó Lamaitre, con una neutralidad que no era inocente.

Helga la miró.

—Del año en curso —dijo—. Polaris opera con los mismos procedimientos de siempre.

—¿Sin modificaciones recientes?

—Con las modificaciones que cualquier empresa hace en respuesta a los cambios del entorno regulatorio —dijo Helga—. Nada que no esté documentado en los registros habituales.

Era una respuesta que decía exactamente lo necesario y nada más. Navarre la registró y no la presionó, porque presionarla en ese punto no conducía a ningún lugar que el expediente no hubiera recorrido ya.

—El expediente va a ser reclasificado —dijo Navarre, cambiando el registro —. Como investigación de seguimiento a largo plazo. Eso significa que sigue existiendo pero que no tiene recursos activos asignados en el horizonte próximo.

Helga los miró a los dos.

—¿Me están diciendo que no van a actuar?

—Te estamos diciendo que la decisión sobre cómo actuar no ha sido tomada todavía de manera que implique acción inmediata —dijo Lamaitre.

—Lo cual es una manera de decir que no van a actuar.

—Es una manera de decir que el proceso institucional tiene sus propios tiempos —dijo Navarre—. Y que esos tiempos no dependen de nosotros.

Helga asintió con la expresión de quien recibe una confirmación que no necesitaba pero que tiene un peso distinto cuando llega en voz alta.

—¿Y qué esperan de mí?

—Que operes dentro de los parámetros legales —dijo Lamaitre—. Lo cual es lo que esperamos de cualquier operador del sector.

—¿Y si no lo hago?

—El expediente se reactiva —dijo Navarre—. Con los recursos que requiera.

—De acuerdo —dijo Helga.

Bebió de su café. Navarre bebió del suyo. Lamaitre hizo lo mismo. Afuera, en la Italielei, el tráfico de la mañana de octubre seguía con su ritmo habitual, ajeno a la conversación que ocurría al otro lado del cristal.

—Hay algo que quiero preguntar —dijo Helga, después de un momento—. Y no es una pregunta procesal.

—Adelante —dijo Navarre.

—¿Entienden lo que construí?

Los dos la miraron. Era una pregunta que ninguno esperaba, formulada con una franqueza que salía del registro de la conversación anterior.

—Entendemos la arquitectura —dijo Lamaitre—. La documentamos con suficiente detalle para poder describirla a un fiscal que nunca ha visto nada parecido.

—No me refiero a la arquitectura —dijo Helga—. Me refiero al principio. A la idea de que el valor no reside en el objeto sino en la narrativa que lo rodea, y que quien controla la narrativa controla el valor. ¿Entienden que eso no es un descubrimiento mío? Que lleva siglos siendo verdad y que el sistema existe precisamente porque nadie tiene incentivo para nombrarlo con claridad.

Lamaitre la miró durante un momento.

—Lo entiendo —dijo—. Es el principio sobre el que descansa cualquier sistema de certificación. Y es también el principio que hace que esos sistemas sean vulnerables a quien tenga la paciencia de estudiarlo.

—¿Y les parece mal?

—Me parece mal el uso que hizo de él —dijo Lamaitre—. No el principio en sí.

—¿Y Franco Van Basten? —dijo Helga, con la misma voz directa de antes, sin variación en el tono que indicara que la pregunta le costaba más que las anteriores, aunque les costara más.

El silencio que siguió fue diferente al de la sala de juntas de Bruselas. En Bruselas había sido el silencio de las instituciones que no quieren nombrar lo

que saben. Este era el silencio de dos personas que saben que no tienen una respuesta que sea útil para quien pregunta.

—Franco Van Basten no eligió estar en la estructura —dijo Navarre finalmente—. Eso está documentado en el expediente. Y la persona responsable de que estuviera no es usted, aunque usted sea responsable de haberlo puesto en una posición que lo hizo posible.

—Esa distinción —dijo Helga— es jurídicamente relevante. No es la única distinción que existe.

—No —dijo Navarre—. No es la única.

Nadie dijo nada más sobre Franco Van Basten. No porque no hubiera más que decir, sino porque lo que había que decir no tenía lugar en esa sala en ese formato, y los tres lo sabían.

—¿Hay algo más que necesiten de mí? —preguntó Helga.

—No —dijo Lamaitre—. Creo que hemos cubierto lo que necesitábamos cubrir.

Se levantaron. Helga los acompañó hasta la puerta con la misma naturalidad de siempre, y en el umbral Navarre se volvió hacia ella con algo que no había planeado decir y que dijo de todas formas porque le pareció que la situación lo requería.

—Una pregunta —dijo.

—Diga.

—¿Valió la pena?

Helga lo miró durante un momento. No era una pregunta que alguien le hubiera hecho antes en esos términos, y Navarre lo sabía, y ella sabía que él lo sabía.

—Es la pregunta equivocada —dijo finalmente.

—¿Cuál es la correcta?

Helga miró un punto entre los dos, o quizás más allá de los dos, hacia algún lugar de la Italielei que no era visible desde ese ángulo.

—Si volvería a hacerlo —dijo.

—¿Y la respuesta?

Helga los miró a los dos, a Navarre y a Lamaitre, con la misma calma con que había mirado todo en esa sala, en esa conversación, en todos los años de trabajo que habían conducido a ese momento.

—No lo sé —dijo.

Cerró la puerta.

En el ascensor, Lamaitre se apoyó en la pared metálica y estuvo un momento con los ojos cerrados, no de cansancio sino de algo más difícil de nombrar.

—No lo sé —repitió, en voz baja, como si la frase necesitara ser dicha una segunda vez para ser completamente comprendida.

—Es la respuesta más honesta que le he escuchado —dijo Navarre.

—Es la respuesta más honesta que he escuchado en todo el caso —dijo Lamaitre.

El ascensor llegó a la planta baja. Las puertas se abrieron sobre el vestíbulo de mármol gris del edificio de la Italielei, con la luz de octubre entrando por los ventanales y el tráfico de Amberes al otro lado del cristal.

Salieron a la calle. El aire tenía el frío específico de octubre en el norte de Bélgica, que no es todavía el frío del invierno sino su anuncio, la manera en que el clima prepara el terreno antes de actuar.

Caminaron hasta el coche sin decir nada. Navarre guardó el expediente en el maletín, Lamaitre guardó su bloc, y estuvieron un momento de pie junto al coche antes de entrar, mirando la fachada del edificio donde Polaris Diamond Consult ocupaba su despacho en el segundo piso con la discreción de las empresas que no necesitan anunciarse porque su reputación las precede.

—¿Qué escribes en el informe de cierre? —preguntó Lamaitre.

Navarre pensó un momento.

—Que la investigación fue completada con suficiente evidencia para instrucción —dijo—. Que la decisión de no proceder fue tomada por razones de impacto sistémico que exceden el mandato de la unidad investigadora. Y que el expediente queda abierto para reactivación ante nueva evidencia.

—¿Y de la conversación de hoy?

—Que se realizó una reunión de cierre con la persona investigada. Que la persona investigada fue informada del estado del expediente. Y que la reunión concluyó sin acuerdos formales.

—¿Sin acuerdos formales —repitió Lamaitre—. Eso es una manera muy precisa de describir lo que acaba de ocurrir.

—Es la única manera que tengo disponible —dijo Navarre.

Entraron al coche. Navarre condujo por la Italielei hacia el norte, en dirección a la autopista, con el expediente en el maletín en el asiento trasero y Amberes retrocediendo por los retrovisores con la familiaridad de una ciudad que había aprendido a conocer desde la distancia de los documentos y que ahora conocía también de otra manera, más difícil de archivar.

En el segundo piso del edificio que quedaba atrás, Helga Dunstadt estaba sentada en su despacho frente al portátil encendido, con el café de la reunión todavía en la mesa y los tres vasos de agua sin tocar. Miraba la pantalla sin leer lo que había en ella, pensando en la pregunta de Navarre: ¿valió la pena?

Y en su propia respuesta: es la pregunta equivocada.

Y en la pregunta correcta, la que ella había formulado en su lugar: ¿volvería a hacerlo?

Y en su respuesta a esa: no lo sé.

Era verdad. No lo sabía. Y no saberlo era, comprendía ahora con la claridad de las comprensiones que llegan cuando ya no cambian nada, la única cosa en toda la arquitectura de los últimos nueve años que no había podido calcular de antemano.

Todo lo demás había sido calculable. El sistema, los márgenes, los umbrales, los actores, las reacciones. Calculable y calculado, con la paciencia de la niña de Marxloh que aprendió a mirar cuarenta minutos sin impacientarse antes de entender lo que miraba.

Todo menos esto.

Todo menos no saber si volvería a hacerlo, que era la única pregunta que importaba y que importaba precisamente porque no tenía respuesta disponible.

Cerró el portátil.

Fue a la ventana y miró la Italielei en la tarde de octubre, con el tráfico y el frío y la luz que se iba antes de que uno estuviera listo para que se fuera.

En algún lugar de la ciudad, en la Hoveniersstraat, el taller de Van Basten & Zn. Diamantslijpers había reabierto bajo la gestión del socio de Franco, que llevaba el letrero de madera pintada con la misma tipografía artesanal y que tallaba con competencia pero sin la clase específica de atención que Franco ponía en cada piedra, que era la atención de alguien que cree que lo que hace importa en términos concretos y no abstractos.

Eso Helga no podía saberlo. Pero lo suponía.

Y la suposición era suficiente.

## EPÍLOGO

## El precio invisible

*Amberes, Bélgica. 2014–2016.*

Polaris Diamond Consult apareció en un perfil de la revista sectorial *Diamond Intelligence Quarterly* en marzo de 2014, bajo el título "Las consultoras que están redefiniendo el mercado de trazabilidad en el Benelux." El perfil ocupaba dos páginas y media, con una fotografía de las oficinas de la Italielei tomada desde el exterior y una cita de Helga Dunstadt sobre la importancia de los procedimientos de certificación en un mercado que evoluciona más rápido que sus instrumentos de control. La cita era técnicamente precisa y completamente inocua, del tipo que las revistas sectoriales reproducen porque sus lectores esperan ese lenguaje y ese tono.

Nadie en la redacción de *Diamond Intelligence Quarterly* sabía que la persona que hablaba de la importancia de los procedimientos de

certificación era también la persona que había demostrado, durante tres años, que esos procedimientos tenían vulnerabilidades estructurales que ningún organismo de control del sector había sido capaz de identificar de manera independiente.

El expediente de Europol seguía clasificado como investigación de seguimiento a largo plazo. La revisión anual que Brouwer había mencionado en octubre de 2013 se había producido en noviembre de ese año, con el resultado de que no había evidencia nueva de actividad de escala y que por tanto no había justificación para la reasignación de recursos. La segunda revisión, en noviembre de 2014, produjo el mismo resultado. La tercera estaba programada para noviembre de 2015.

Navarre la realizó con Hooft, en una tarde de jueves, con el expediente abierto en la pantalla y los datos de actividad de Polaris del último año sobre la mesa.

—¿Algo? —preguntó Navarre.

—Nada que exceda los parámetros legales —dijo Hooft—. Facturación dentro del rango histórico. Clientes estables. Sin incorporaciones nuevas que llamen la atención. Sin anomalías documentales en las operaciones que hemos podido revisar.

—¿Y las que no hemos podido revisar?

—Son las que siempre han sido difíciles de revisar —dijo Hooft—. Las que pasan por las jurisdicciones con menor protocolo de intercambio de información. Pero sin evidencia específica de anomalía, no hay base para solicitar acceso extraordinario.

—De acuerdo —dijo Navarre—. Documentamos que la revisión se realizó sin evidencia nueva de actividad irregular y que el expediente se mantiene en el estado actual.

—¿Algo más?

—No —dijo Navarre—. Eso es todo.

Hooft cerró su portátil y se fue. Navarre se quedó solo en el despacho con el expediente abierto en la pantalla, y estuvo un momento mirando el nombre de Helga Dunstadt en el encabezado del documento con la atención de quien ha mirado ese nombre durante tres años y sigue sin poder reducirlo completamente a lo que los documentos dicen que es.

Pensó en la pregunta que ella había formulado en octubre del año anterior: ¿volvería a hacerlo? Y en su respuesta: no lo sé.

Cerró el expediente. Fue al balcón, encendió la pipa con el ritual de siempre, y miró el canal de La Haya en la tarde de noviembre con el frío específico del norte de Holanda que ya no era otoño sino su sucesor.

En Bruselas, Lamaitre había pedido el traslado a la unidad de análisis macroeconómico en enero de 2014, seis meses después de la reunión de cierre en Amberes. Era un traslado lateral en términos de jerarquía y

significaba, en términos prácticos, que el caso diamantífero dejaba de ser su responsabilidad directa. Lo había solicitado sin explicar la razón, porque la razón no tenía la forma de las razones que se ponen en los formularios de solicitud de traslado: no era agotamiento, no era conflicto de interés, no era ninguna de las categorías disponibles en el sistema de recursos humanos del Banco Nacional. Era que había llegado al límite de lo que podía sostener dentro de una investigación que sabía lo que era y no podía ser lo que debería ser, y que seguir dentro de ella requería una forma de resignación que no estaba dispuesta a cultivar.

Su sucesor en el seguimiento del caso diamantífero era un analista de treinta y ocho años que llegó al expediente sin la historia de los dieciocho meses anteriores y que lo leyó con la distancia de quien estudia un caso cerrado, no uno vivo.

Lamaitre, en su nueva unidad, trabajaba sobre modelos de riesgo sistémico en mercados de materias primas a escala europea, que era un trabajo más abstracto y más amplio que el anterior y que le permitía aplicar lo que había aprendido en el caso diamantífero a marcos que no tenían la densidad emocional de ese caso específico. Era un trabajo que hacía bien, con la misma intensidad de siempre, y que no le recordaba a Franco Van Basten cada vez que veía el nombre de una entidad luxemburguesa en un flujo de datos.

Eso era suficiente.

En Amberes, Helga Dunstadt dirigía Polaris Diamond Consult con la misma meticulosidad de siempre y con una diferencia que nadie en el sector podía ver porque no tenía forma visible: el plan que había construido durante nueve años y ejecutado durante tres había terminado. No porque alguien lo hubiera detenido sino porque ella lo había detenido, en algún momento de los meses que siguieron a la reunión de octubre de 2013, sin dramatismo ni decisión singular, de la misma manera en que había cruzado todos los umbrales importantes de su vida: gradualmente, sin ceremonia, hasta que un día lo que era dejó de ser y lo que venía después empezó.

Lo que venía después era una empresa que funcionaba legalmente, con clientes reales, con una reputación construida sobre años de trabajo real que no necesitaba ningún componente adicional para sostenerse. El botín, que era la palabra que Navarre habría usado en el expediente si hubiera tenido dónde usarla, estaba completamente integrado en estructuras que no producían ninguna señal de alerta en ningún sistema de control conocido. No había rastro visible, no había acusación pendiente, no había consecuencia legal en ningún horizonte previsible.

Era, en todos los términos que el plan había definido desde el principio, un éxito completo.

Lo que no estaba en ninguna definición del éxito era el segundo cajón del escritorio del despacho de la Italielei, donde Helga guardaba el atlas de rutas comerciales medievales que el propietario de De Tweesprong había

encontrado en los distribuidores de segunda mano en enero de 2014, nueve meses después de que ella le pidiera que lo buscara.

Era un atlas distinto al que habían comprado a medias en 2005: más pequeño, con los mapas en una tinta que era azul todavía, sin las esquinas gastadas de aquel. Pero era un atlas del mismo tipo, con las mismas rutas trazadas con la misma precisión de los cartógrafos que dibujaban territorios que nunca habían visitado a partir de los relatos de quienes sí los habían recorrido.

El propietario se lo había entregado con la discreción de siempre, sin preguntar nada, con la sabiduría específica de los libreros de segunda mano que han aprendido que los libros que la gente busca durante meses tienen historias que no les corresponde conocer.

Helga lo había puesto en el segundo cajón del escritorio y no lo había abierto todavía.

No porque no quisiera. Sino porque abrirlo requería algo que seguía siendo, dos años después, más difícil que cualquier otra cosa que hubiera hecho en su vida: el tiempo sin estructura que la ausencia de Franco había dejado y que ningún plan podía llenar porque los planes no llenan ese tipo de espacio.

Había aprendido eso de la misma manera en que había aprendido todo lo demás: observando, registrando, esperando a entender antes de actuar. Lo que había entendido era que la ausencia no se gestiona como una variable. La ausencia simplemente está, con la permanencia de las cosas que no tienen forma de ser resueltas, solo de ser sostenidas.

Un martes de octubre de 2015, Helga llegó al despacho de la Italielei a las ocho de la mañana, preparó el café, encendió el portátil, y antes de abrir el correo y los archivos del día fue al segundo cajón del escritorio y sacó el atlas.

Lo llevó a la mesa, lo abrió en la doble página central que mostraba las rutas de la Ruta de la Seda, y lo leyó durante veinte minutos con la misma atención con que habría leído cualquier documento que le pareciera estructuralmente importante.

Las rutas eran las de siempre: el paso de las especias, el paso de las piedras preciosas, el paso de la seda que le daba el nombre a toda la red. Los territorios que conectaban eran los de siempre: la India, Persia, el Levante, Venecia, Génova, Brujas, Amberes. La lógica era la de siempre: el valor que viajaba de un punto a otro cambiando de forma sin cambiar de naturaleza, transformado por las manos y las narrativas que lo rodeaban en cada etapa del recorrido.

Todo lo de siempre. Y sin embargo distinto, porque lo leía sola y esa soledad no era la soledad funcional de quien trabaja sin interrupción sino la otra, la que tiene textura y peso y no desaparece cuando uno cierra el libro.

Cerró el atlas. Lo volvió al segundo cajón. Abrió el correo.

Tenía doce mensajes de clientes, tres de proveedores de servicios, uno de un organismo sectorial sobre una actualización de procedimientos de certificación, y uno de una dirección que no reconoció de inmediato y que resultó ser, cuando lo abrió, el despacho de administración del edificio de la Hoveniersstraat donde Franco había tenido el taller durante quince años.

El mensaje era breve y administrativo: el socio que había gestionado el taller desde la muerte de Franco había decidido no renovar el arrendamiento, y el despacho quería saber si había alguna persona o entidad que pudiera tener interés en los objetos que quedaban en el local antes de que el propietario del edificio procediera al vaciado.

Helga leyó el mensaje dos veces.

Luego respondió, con la brevedad y la precisión de siempre, que sí, que había un objeto en el local que le interesaba recuperar, y que podía pasar a recogerlo cuando fuera conveniente para el despacho.

El objeto era el atlas de rutas comerciales medievales que había estado en el taller durante diez años, rotando entre el segundo cajón del escritorio de Franco y el segundo cajón del escritorio de Helga según el sistema de turnos que habían establecido el día en que lo compraron a medias en De Tweesprong.

El sistema de turnos no había terminado formalmente nunca. Simplemente había dejado de funcionar cuando una de las dos personas que lo mantenían dejó de estar disponible para mantenerlo.

Helga fue al taller un jueves por la tarde, acompañada por el administrador del edificio, que abrió la puerta con una llave nueva porque la cerradura había sido cambiada y que tuvo la consideración de quedarse en el pasillo mientras ella entraba.

El taller estaba vacío de las herramientas y los equipos de trabajo, que el socio se había llevado. Quedaban algunas cajas con documentación administrativa, los estantes vacíos, la silla junto a la ventana central con la tapicería desgastada en el lugar donde Franco había apoyado los codos durante años, y el escritorio contra la pared norte con los cajones cerrados.

Helga fue al escritorio. Abrió el segundo cajón.

El atlas estaba ahí, con la cubierta de tela marrón gastada en las esquinas y los mapas en la tinta que había sido azul y se había convertido en algo entre el verde y el gris. El mismo que habían encontrado juntos en De Tweesprong en 2005, el mismo que había rotado entre los dos durante diez años, el mismo que Franco sostenía cuando hablaba de las rutas que conectaban los territorios antes de que existieran los estados nación.

Lo tomó con las dos manos.

Lo abrió en la doble página central.

Las rutas eran las mismas de siempre.

Estuvo un momento de pie junto al escritorio, con el atlas abierto y la luz de la tarde de octubre entrando por las ventanas orientadas al norte que los talladores prefieren porque no produce reflejos ni sombras engañosas. La misma luz que Franco había tenido durante quince años para mirar las piedras con la atención de quien busca el plano de clivaje, el lugar donde la estructura quiere separarse naturalmente.

Cerró el atlas.

Salió del taller.

Agradeció al administrador su tiempo, bajó los tres escalones a la acera de la Hoveniersstraat, y caminó por el Barrio Diamantífero con el atlas bajo el brazo y el frío de octubre en la cara, entre las fachadas discretas y los portones de seguridad y las cámaras en ángulo preciso de un barrio que se tomaba a sí mismo muy en serio porque tenía cosas que proteger.

Lo que no estaba en ningún registro de ese barrio, en ningún archivo de ningún organismo de control, en ningún expediente clasificado como investigación de seguimiento a largo plazo, era lo que Helga Dunstadt llevaba bajo el brazo y lo que ese objeto representaba en la única contabilidad que importaba: la que no tiene columna de activos ni columna de pasivos, sino solo una cifra que no varía con el tiempo ni puede ser desviada hacia ninguna entidad en ninguna jurisdicción.

El crimen había sido perfecto.

La factura no tenía fecha de vencimiento.

Y el atlas, que había empezado como la excusa de un encuentro y se había convertido en la medida exacta de lo que se puede construir y lo que no se puede recuperar, pesaba en sus manos lo que pesan las cosas que no tienen precio asignable en ningún sistema de certificación conocido.

Pesaba lo que pesa la verdad cuando uno la sostiene sin poder ponerla en ningún lugar.